PEDRO MATA

TEATRO TRÁGICO

SEGUNDA EDICIÓN

EDITORIAL PUEYO
ARENAL, 6,—MADRID

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign

https://archive.org/details/teatrotragicoenl00mata

TEATRO TRÁGICO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

NOVELAS

Ganarás el pan... (Quinta edición.)
La Catorce. (Sexta edición.)
Corazones sin rumbo. (Duodécima edición.)
Un grito en la noche. (14 edición.)
Muñecos. (Sexta edición.)
Irresponsables. (Sexta edición.)
El hombre de la Rosa Blanca. (Sexta edición.)

EN PREPARACIÓN

Madrid, 1920.

TEATRO

El deber. Comedia en dos actos. (En colaboración.)
La otra. Comedia en un acto. (Idem.)
En la boca del lobo. Drama en un acto.
La Goya. Drama en tres actos.
La sombra. Comedia en tres actos. (En colaboración.)
Uno menos. Drama en un acto.
El torrente. Comedia en cuatro actos.

VERSOS

Para ella y para ellas. (Cuarta edición.)

[2]

PEDRO MATA

TEATRO TRÁGICO

MADRID
EDITORIAL PUEYO
CALLE DEL ARENAL, 6.

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.
Copyright by Pedro Mata. 1922.

Imp. Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid.

EN LA BOCA DEL LOBO

PERSONAJES

ENRIQUETA.
PACA.
MANOLO.
UN INSPECTOR DE POLICIA.
UN AGENTE.
UN SERENO.

La acción en un hotelito de las afueras de Madrid.

ACTO UNICO

Alcoba elegante. Puerta izquierda y en el foro balcón practicable con cortinas y stor. En el ángulo de la izquierda una cama de madera con dosel y cortinas de encaje sujetas con cintas de raso. Foro derecha, al lado del balcón, un secreter de señora con figuras y «bibelots». Izquierda, primer término, una «chaise longue». Muebles claros, de estilo moderno. Una lámpara eléctrica colgada del centro de la habitación.

Al levantarse el telón, la escena está a obscuras sin más claridad que la que entra por los cristales del balcón.

ESCENA PRIMERA

Se abren lentamente las maderas del balcón y, al resplandor de la luna, se ve entrar a MANOLO, mal vestido, calzado con alpargatas, la gorra echada sobre la cara, subido el cuello y una faca entre los dientes. Entra muy quedo, cauto y receloso. Observa bien la habitación, y muy despacio se acerca hasta la puerta y escucha. Luego vuelve al balcón, lo entorna, se dirige al secreter, examina los cajones y, al ver que están cerrados, trata de forzar las cerraduras con la faca. Suena un timbre. MANOLO se estremece, avanza de nuevo hacia la puerta, escucha, vuelve a estremecerse, mira azorado a todas partes y por fin, resueltamente, se esconde tras las cortinas de la cama.

ESCENA SEGUNDA

ENRIQUETA y PACA

La primera muy elegante, con salida de teatro, boa y manguito, un conjunto exagerado y llamativo de gran cocotte. PACA al entrar da luz.

PACA

¿Cómo ha venido tan pronto la señorita?

ENRIQUETA

Porque no hay función.

PACA

¿Y eso? ¿Qué ha ocurrido?

ENRIQUETA

Lo que tenía que ocurrir; lo que yo te decía.

PACA

¿Ha tronado la Empresa?

ENRIQUETA

(Sentándose en la «chaise longue»). Naturalmente. Pero, señor, si no podía suceder otra cosa. Si era imposible que ese hombre saliera adelante con esa lista de compañía.

PACA

Era mucho gasto.

ENRIQUETA

Enorme. Yo calculo que le costaba levantar el telón más de dos mil pesetas. ¡Y habia noche que entraban trescientas en taquilla!

PACA

Ha sido un mal negocio.

ENRIQUETA

Un desastre.

PACA

¡Pobre hombre!

ENRIQUETA

Le está bien empleado ¡por imbécil! ¿Quién le manda meterse en lo que no entiende? ¡Si no entendía una palabra de estas cosas! Y además, si esto en Madrid no es negocio. Si está visto que aquí no resulta

eso de los *Music Halls*. No gusta. No hay ambiente, ni afición, ni costumbre... ¡Si aquí no tiene nadie dos pesetas!

PACA

¡Es verdad!

ENRIQUETA

Hay que ver el publiquito de los *Music Halls*. Cuatro viejos hipócritas que no se atreven a alternar con una; cuatro señoritos que se figuran que nos volvemos locas con dos botellas de Champagne, y media docena de chicos de familia, horteras y empleados que van a darse una ración de vista con su pesetita a palo seco. Y con un publiquito así quieren hacer negocio... Sí, sí, negocio... No le hacemos nosotras y le va a hacer el empresario. Toma, hija. *(Le da el boa y el velo que traía a la cabeza y que Paca deja sobre una silla.)*

PACA

¿Y ha perdido mucho?

ENRIQUETA

Dicen que cuarenta mil duros.

PACA

¡Qué barbaridad!

ENRIQUETA

Y lo que le ha comido Conchita Pérez.

PACA

Ah, ¿sí?

ENRIQUETA

Otra fortuna. Para esa sí que ha sido la parte agradable del negocio. Por supuesto que ha hecho bien. Yo en su lugar habría hecho lo mismo. Es decir, yo me hubiera portado mejor. Yo no le habría consentido hacer el primo de esa manera. Si está conmigo, esos cuarenta mil duros no se los deja en el teatro... Me los como yo.

PACA

¡Qué lástima!

ENRIQUETA

(Levantándose.) ¡Qué quieres, hija! No está la suerte para quien la busca.

PACA

La verdad, señorita, que la de usted no es muy buena.

ENRIQUETA

No me quejo tampoco. Mientras tenga para comer... Bien sabe Dios que no me tira el dinero. Si por algo le quiero es únicamente por vivir tranquila.

PACA

¿Y qué va a hacer ahora la señorita?

ENRIQUETA

¡Bah! Ya saldrá otro contrato.

PACA

¿Pero la han pagado?

ENRIQUETA

¡Qué van a pagar, si se ha fugado el empresario!

PACA

¡Anda salero!

ENRIQUETA

Sí, ya se decía esta tarde. Yo lo que siento es no haberlo creído. Siquiera me hubiera evitado el viaje de la noche.

PACA

¿La señorita va a tomar algo?

ENRIQUETA

No, no tengo gana. ¡Como es tan temprano!

PACA

¡Claro!

ENRIQUETA

¿Qué hay?

PACA

Pues, el medio pollo que sobró de la cena, jamón en dulce y del otro..., un poco de embuchado...

ENRIQUETA

¿Quedan medias noches?

PACA

No, señorita.

ENRIQUETA

¿Y galletas?

PACA

Tampoco. Se acabaron todas esta mañana.

ENRIQUETA

Entonces, nada; me voy a acostar. ¡Qué gusto! ¡Voy a dormir toda una noche!

PACA

¿Quiere la señorita que la desnude?

ENRIQUETA

No, gracias; puedes acostarte.

PACA

Todavía tardaré un ratito. Estoy planchando unas cosas.

ENRIQUETA

Déjalo para mañana.

PACA

No; quiero acabar hoy. Me falta ya poco.

ENRIQUETA

Como gustes.

PACA

¿Desea algo más la señorita?

ENRIQUETA

No, nada... Hasta mañana.

PACA

Buenas noches, señorita; que usted descanse.

ENRIQUETA

Buenas noches. *(Vase Paca.)*

ESCENA TERCERA

ENRIQUETA y MANOLO

ENRIQUETA se quita el abrigo, luego el collar y las pulseras y lo deja sobre el secreter; se dirige al balcón y al ir a cerrarlo ve detrás de la cortina de la cama a MANOLO. Se queda paralizada por el terror, da un paso hacia atrás y hace un gesto como para gritar. En este momento aparece MANOLO con la faca en la mano y un dedo en los labios.

MANOLO

(Avanzando hacia ella, en voz baja, con tono muy enérgico.) ¡Chiss! ¡Ni una palabra...! ¡Ni un grito! *(Enriqueta, aterrada, sigue retrocediendo y Manolo avanzando en actitud amenazadora.)* ¡Chiss!

ENRIQUETA

(Tratando de rehacerse, en voz baja pero enérgica.) ¿Quién es usted? ¿Qué quiere usted?

MANOLO

(Cogiéndola por una muñeca.) ¡A ver, pronto...! ¡Todo lo que usted tenga!

ENRIQUETA

¡Por Dios! *(Cayendo de rodillas.)*

MANOLO

¡Pronto...! El dinero... ¿Dónde tiene usted el dinero?

ENRIQUETA

(Señalando el secreter.) Ahí.

MANOLO

¿Dónde?

ENRIQUETA

Ahí, en ese mueble.

MANOLO

¡Las llaves!

ENRIQUETA

No sé..., no las tengo..., no sé dónde están.

MANOLO

(Con acento imperioso.) Las llaves. *(Inclinándose sobre ella y amenazándola con la faca.)*

ENRIQUETA

(Se lleva las manos a la cabeza, instintivamente, como para cubrirse y le mira fijamente. De pronto, echándose hacia atrás con un gesto de asombro.) ¡Manolo! ¡Manolo! ¡Tú!

MANOLO

(Se queda un momento aturdido y la mira también fijamente.) ¡Enriqueta!

ENRIQUETA

(Con un atisbo de esperanza.) Sí, Enriqueta... Y tú, Manolo.

MANOLO

(Sombríamente.) Sí, Manolo.

ENRIQUETA

(Incorporándose.) ¡Tú...! ¡Tú...!

MANOLO

Sí, yo... Bueno, ¿y qué? Acabemos; Enriqueta, necesito dinero.

ENRIQUETA

Yo te daré todo el que tengo, pero no me hagas daño.

MANOLO

Venga.

ENRIQUETA

¿No me harás daño?

MANOLO

No.

ENRIQUETA

Guarda esa faca..., me da frío.

MANOLO

(Guarda la faca.) ¿Qué dinero tienes?

ENRIQUETA

Muy poco.

MANOLO

¿Cuánto?

ENRIQUETA

No sé..., veinticinco o treinta duros.

MANOLO

Algo más tendrás.

ENRIQUETA

No... ¡Por la gloria de mi madre!

MANOLO

No mientas.

ENRIQUETA

No miento.

MANOLO

¿De verdá?

ENRIQUETA

Te lo juro. ¡Por mi salvación, por mis hijos, no tengo más en casa!

MANOLO

¡Estás apañá! ¿Y pa eso tanto postin? Bueno, dámelos.

ENRIQUETA

Ahi están. *(Señalando el secreter.)*

MANOLO

¿Y las llaves?

ENRIQUETA

Debajo de la almohada. *(Manolo se dirige a la cama, busca las llaves, vuelve con ellas al secreter y abre los cajones. Ella, señalando uno.)* Ahí, en ese. *(Manolo saca unos billetes y unos duros y se los guarda. Después sigue revolviendo cajones.)* Es inútil; no te molestes. No hay un perro más. *(Manolo, después de convencerse de que, en efecto, no hay más dinero, se fija en el collar y en las pulseras y se lo guarda.)* Te advierto que ese collar es falso.

MANOLO

Es lo mismo. *(Se lo guarda y avanza hacia Enriqueta.)* Dame las sortijas.

ENRIQUETA

(Retrocediendo.) ¡Manolo!

MANOLO

Dame esas sortijas.

ENRIQUETA

(En voz baja, con ira reconcentrada.) ¡Infame! ¡Canalla! ¡Granuja!

MANOLO

¡Chiss! No chilles..., trae... *(La coge las manos y la va quitando las sortijas.)* Los pendientes.

ENRIQUETA

(Retrocediendo.) ¿También?

MANOLO

(Con mucha calma.) También.

ENRIQUETA

¿Pero no me vas a dejar nada?

MANOLO

¡Bah! Tú lo has de ganar mejor que yo.

ENRIQUETA

No... no..., los pendientes no...

MANOLO

Trae.

ENRIQUETA

(Con energía.) ¡No!

MANOLO

¡Chiss!... No grites..., trae *(Cogiéndole la cabeza.)*

ENRIQUETA

(Se tapa las orejas con las manos y forcejeando cae en la «chaise longue».) ¡No! ¡No! *(Él la sujeta y a viva fuerza trata de arrancarle un pendiente.)* ¡Ay!

MANOLO

¡Chiss!

ENRIQUETA

Quita... No me hagas daño. Yo me los quitaré.

MANOLO

Es lo mejor. *(Soltándola.)*

ENRIQUETA

Toma. *(Quitándose un pendiente y dándoselo.)* Y toma. *(Dándole el otro. Se inclina sobre la cabecera de la «chaise longue» y llora. Él, de pie ante ella, la*

contempla un rato con las manos en los bolsillos. Luego se encoge de hombros y da unos paseos por la habitación. Pausa. Ella, llorando.) ¡Granuja! ¡Infame! *(Levantando la cabeza.)* ¡Ladrón!

MANOLO

(Deteniéndose, amenazador.) ¡Enriqueta!

ENRIQUETA

¡Parece mentira...! ¡Tú...! ¡Tú!

MANOLO

¿Qué quieres? Esa es la vida. Ya comprenderás que no lo hago por gusto. Cuando un hombre se ve como me veo yo, tirao en el arroyo, muerto de hambre acosao como un perro...

ENRIQUETA

Se trabaja, se pide limosna, pero no se...

MANOLO

No se roba. ¡Dilo! Si ya no me importa que me lo digan... ¡Ya no me da vergüenza! Lo único que quie-

ro es vivir y ser libre. *(Bajando la voz y acercándose a ella.)* Vengo fugao de Ocaña.

ENRIQUETA

¿Tú?

MANOLO

Sí, nos fugamos tres...: uno que le llaman el «Manco», otro que le dicen el «Niño de la Gloria» y yo... Fuimos juntos hasta cerca de Extremadura. Ellos se marcharon al monte y yo me volví pa Madrid.

ENRIQUETA

¡Derechito a mi casa!

MANOLO

No. Bien sabe Dios que nunca me figuré que fuera tuya. Hacía cuatro noches que venía rondando estos hoteles. Había visto que la mujer que vivía en éste solía venir a las dos, a las tres de la madrugá. A las once de la noche se apagaba tó... A las doce no pasaba un alma... El sereno está siempre allí lejos...; ese balcón abierto, siempre abierto... Era una tentación demasiao grande.

ENRIQUETA

¿Y no me conociste?

MANOLO

No..., no me fijé... Además, estaba loco, no veía... Me azaré.

ENRIQUETA

Mal camino llevas.

MANOLO

El que quiso mi suerte.

ENRIQUETA

¿Tu suerte o tú?

MANOLO

¡Mi suerte! *(Pausa.)*

ENRIQUETA

Pero una vez que me conociste, una vez que supiste que era yo... no debías haberte portado de ese modo. *(Manolo se encoge de hombros.)* Al fin y a la postre era una amiga tuya.

MANOLO

¡Ja, jay...! ¡Amiga mía! ¿Tú?

ENRIQUETA

¿Lo dudas?

MANOLO

En estas cosas no hay amigos, nincha. Ca uno va a lo suyo. Yo me llevo lo que me llevo, porque puedo, porque soy el más fuerte, y tú te achantas y te haces la chiquita porque no te queda más remedio. ¡Si pudieses gritar!

ENRIQUETA

Ya ves cómo no grito.

MANOLO

Porque sabes que te cortaría el cuello.

ENRIQUETA

Sea lo que sea, ya ves que no grito.

MANOLO

¡Y tú que grites!

ENRIQUETA

Eres peor de lo que yo creía.

MANOLO

Ni peor ni mejor. Soy como soy, como el mundo ha querido que fuese. Necesito dinero.

ENRIQUETA

Y yo te lo doy. Ahí lo tienes; llévatelo. Pero no me quites las alhajas.

MANOLO

No te ocupes de eso.

ENRIQUETA

Déjame siquiera los pendientes. Es el único recuerdo que tengo de mi hermana.

MANOLO

Ya te mandaré la papeleta.

ENRIQUETA

¡Manolo...! ¡Manolo, por tu madre!

MANOLO

Se murió.

ENRIQUETA

Por lo que más quieras.

MANOLO

No quiero a nadie.

ENRIQUETA

¡Por mí!

MANOLO

¿Por ti? ¿Qué tengo yo que ver contigo?

ENRIQUETA

Acuérdate de cuando éramos chicos.

MANOLO

¿Pa qué?

ENRIQUETA

¿No te acuerdas?

MANOLO

Me acuerdo de una golfa que andaba tirá por las calles vendiendo *La Corres* y ramitos de rosas.

ENRIQUETA

Y que muchos días te dió de comer.

MANOLO

A fuerza de mamporros. ¿Te acuerdas? Ni una sola vez me diste un perro chico de buena voluntad.

ENRIQUETA

Pero tú te lo llevabas.

MANOLO

¡A ver! Pa eso era hombre.

ENRIQUETA

Si; para eso eras hombre.

MANOLO

¡Psch! Después de tó, mira, hombres y mujeres tós somos iguales, tós vamos buscando siempre la misma cosa: dinero, dinero y dinero. No hay más que una diferencia: que nosotros lo sacamos a fuerza de golpes y vosotras a fuerza de caricias. No varía más que la manera. En el fondo tó es lo mismo. No hay

diferencia. Y de haberla sería a favor de los golpes. En los golpes siquiera hay nobleza, se va cara a cara: —«¿Me lo das?» —«No.» —«¿No?» —«¡Toma...! ¡Pum! ¡Paf! ¡Duro...!» Vosotras... vosotras a traición, engañando, la mentira en los ojos, la mentira en los labios, siempre la mentira. Y además los golpes se curan. La traición, cuando va por derecho, no se cura en jamás. Pero en fin, ¡tú qué sabes de estas cosas si no has querido a nadie en este mundo!

ENRIQUETA

Te iba a querer a ti.

MANOLO

No. Ya sabes que tú y yo no nos hemos resultao nunca.

ENRIQUETA

A pesar de lo cual me has sacado todo el dinero que has podido.

MANOLO

Pero nunca te he pedido un beso.

ENRIQUETA

Es que yo tampoco te lo hubiera dado.

MANOLO

¡Bah!

ENRIQUETA

¿Yo...? ¿A ti?

MANOLO

No presumas ni te pongas tonta. Si yo hubiera querío me lo hubieras dao. Si no por las buenas, por las malas. Ya sabes tú que a mí no se me pone na por delante.

ENRIQUETA

Ya lo sé.

MANOLO

Que no, que no; que no me has resultado tú nunca. Eras tú mu orgullosa y mu postinera y te gustaban mucho los señoritos. Tirabas pa arriba. Nunca quisiste na con nosotros los pobrecitos golfos.

ENRIQUETA

¡Pobrecitos!

MANOLO

Pues, mira, pué que no seamos tan malos como parecemos.

ENRIQUETA

Sobre todo tú.

MANOLO

Yo...

ENRIQUETA

Como que por bueno te ves como te ves.

MANOLO

¡Qué sabes tú de estas cosas!

ENRIQUETA

¿Por qué has estado preso?

MANOLO

Por mi mala pata.

ENRIQUETA

Bueno, pero...

MANOLO

Na..., cosas de la vida. Una noche de juerga en un colmao..., una copa de más..., un señorito que se puso tonto y que le di en la cara... Y yo... ¡yo tan primo que me dejé coger!

ENRIQUETA

¿Y te condenaron?

MANOLO

A doce años. ¡Doce años! *(Sentándose al lado de Enriqueta.)* Me mandaron a Ocaña. ¡Qué vida, negra! Un día y otro día, y otro, y siempre lo mismo, y siempre igual. Ni un amigo, ni un querer, ni una mujer que de mí se acordara..., ni una carta, ni una alegría, ni un rayo de sol... Y así un año, y otro año y otro... ¡Qué vida, negra, qué vida más triste! Al principio, yo no pensaba más que en huir, fuese como fuese, corriendo, matando..., ¡como fuese! Después, poco a poco, me fuí haciendo... Vino la calma y la mala intención..., la hipocresía sorda, la paciencia del gato que espera y espera... Y un día, cuando estaba yo más contento, uno de esos días buenos en que no se acuerda uno de na, vino un compañero y me dijo: «¿Te quiés escapar?»—«¿Cómo?»—le pregunté. —«Búscame luego, acuéstate a mi lao, hazte el dormío y yo te lo diré.» Fuí y me lo dijo. Me explicó el plan. Eramos tres: yo, él y otro, el Niño de la Gloria, un gachó de una vez.

ENRIQUETA

¿Y huisteis?

MANOLO

A la noche siguiente. Saltamos un patio. En aquel patio estaban de obras en una alcantarilla..., nos metimos en ella, y ale..., ale..., ale...

ENRIQUETA

¿Y todo salió bien?

MANOLO

¡Psch! Así, así.

ENRIQUETA

¿Qué pasó?

MANOLO

Na... Al salir, ya en la boca, encontramos un hombre..., un pocero..., dormío..., quiso gritar y...

ENRIQUETA

¡Le matasteis!

MANOLO

No, yo no.

ENRIQUETA

¡Pero ellos!

MANOLO

No sé..., creo que sí..., no sé...

ENRIQUETA

¡Infames!

MANOLO

¡Qué remedio! *(Levantándose.)* Seguimos alante, a campo traviesa..., y corriendo, corriendo, llegamos al Tajo..., y siempre alante, alante, por el cauce alante... Al amanecer, en un barranco, vimos una cueva y en ella nos metimos. En ella estuvimos to el día, y cuando fué de noche, otra vez alante, alante por el cauce... Y así, durmiendo de día, escondidos en los barrancos, en los huecos de las peñas, entre las matas de los montes, llegamos cerca de Extremadura. El Manco era de allí, de un pueblo de Cáceres que le llaman Portezuelo, en mitá de la Sierra... Conocía muy bien aquello y estaba seguro de que allí no le cogerían nunca. Pero yo no quise seguir con ellos.

ENRIQUETA

¿Por qué?

MANOLO

Porque no; porque no me entraba a mí lo que querían.

ENRIQUETA

¿Qué querían?

MANOLO

Irse al monte.

ENRIQUETA

¿A qué?

MANOLO

Echarse al campo a...

ENRIQUETA

¡Ah!

MANOLO

Sí. Yo no quise. Yo no sirvo pa eso. Además, yo creía que en ninguna parte se estaba más seguro que en Madrid.

ENRIQUETA

Y viniste a Madrid.

MANOLO

No, no tan pronto. Nosotros no tenemos billete de primera. Viajamos a pie y a escondías. Al principio yo no quería viajar más que de noche, pero el hambre me hizo viajar de día. Luego vi que de día se va más seguro. Pero de tos modos, ¡qué sustos, qué fatigas, qué miedo...! Siempre la persecución, siempre el acoso, ¡siempre el tricornio de la Guardia Civil...! En Navalmoral me cogieron y me metieron en la cárcel. Me tuvieron tres días y me soltaron. Entavia no sé por qué me cogieron ni por qué me soltaron... Pero aquello me dió mucho miedo, ¡mucho miedo, nincha! Ya no me atrevía a ir por los pueblos, sobre to por los pueblos grandes y por las carreteras por

donde pasa la Guardia Civil... Iba por los caminos, por los despoblaos, a campo traviesa. Un día, ¡esto sí que es terrible! *(Acercándose a ella.),* en la puerta de una taberna, unos hombres leían un periódico. ¿Qué dirás que leían?

ENRIQUETA

No sé.

MANOLO

La captura de mis dos compañeros. Los perseguía la Guardia Civil. Tuvieron un encuentro. Al Niño de la Gloria le habían matao... Al Manco le habían cogío... ¡Qué horror! Y aquellos hombres no tuvieron una sola palabra de piedad. Al contrario. «Es natural —dijeron—, tenía que ser. To el que se escapa le cogen.» —«¿Pero no eran tres?» —«Sí, tres.» —«Y al otro, ¿no le han cogío?» —«Le cogerán también; to el que se escapa, tarde o temprano le cogen.» ¿Comprendes? *(Prendiendo a Enriqueta de la muñeca.)* ¿Te calculas lo que pasó por mí? ¡Qué miedo, ninchа, qué miedo! ¡En la vía he tenío más miedo! Salí de allí. Tenía ocho pesetas. Me compré un revólver; mírale *(Enseñándole uno.);* me lo compré, te lo juro, me lo compré pa matarme.

ENRIQUETA

Pero no te mataste.

MANOLO

¡Me faltó el valor! ¡Es tan hermosa la vida a los veinticinco años! *(Levantándose.)* No, no me maté. Seguí vagando como un miserable, muerto de hambre y muerto de miedo. En fin, ¡pa qué seguir! Llegué a Madrí. Hace ocho días que estoy en Madrí. Me tiraba esto, mis recuerdos, mis quereres, mis calles, mi cielo, mi Madrí. Aquí que hagan de mí lo que quieran, que me maten, que me cojan..., es decir, que me cojan, no. Yo no vuelvo a presidio. ¡Y si vieras qué fatigas estoy aquí pasando! *(Abatido.)* Quisiera ir a mis barrios y no me atrevo; quisiera ver a mis amigos, ¡y no me atrevo! Quisiera ver a una mujer, verla na más, a una mujer a quien he querío con toa mi alma, y no me atrevo tampoco. Y huyo de mis barrios pa que no me conozcan, y huyo de mis amigos pa que no me traicionen, y huyo de las mujeres pa que no me vendan. Y voy por las calles sin saber ande ir... Hace tres días que no como, Enriqueta, ¡tres días que no tengo qué comer! Hace tres noches que no duermo, ¡tres noches sin dormir! ¡Ni sé cómo tengo cuerpo pa resistirlo...! ¿Y te extraña entavía que robe? ¿Que salte por un balcón con la faca en la mano? ¡Y qué quiés que haga! Cuando a un hombre se le acosa y se le persigue como a un perro rabioso, cuando se le cierran todas las puertas, cuando por única contestación a su afán de vivir, a su necesidad de vivir, a su derecho incuestionable de vivir, se le dice: enciérrate en un presidio donde no hay amigos, ni mujeres, ni alegrías, ni libertad, ni sol, o

déjate matar, o mátate tú, o muérete de hambre, ¿qué va a hacer este hombre? di, ¡qué quieres que haga! Tú no sabes lo que es el hambre, Enriqueta. Ojalá que no lo sepas nunca. *(Pausa.)* Y a propósito. Tú tendrás algo que darme de comer... Aunque sólo sea un pedazo de pan.

ENRIQUETA

(Levantándose vivamente.) Voy por ello.

MANOLO

(Cortándola el paso y sujetándola.) No, nincha, no; tú no sales de aquí.

ENRIQUETA

Pero...

MANOLO

Perdona, negra, pero no me fío de ti.

ENRIQUETA

Entonces...

MANOLO

Di que lo traigan. Llama a la criá. Que lo traigan aquí.

ENRIQUETA

Pero, ¿y tú...?

MANOLO

Yo me escondo. Tú te concretas a pedir lo que sea y na más. Porque, claro es, que como te escurras, yo te salto los sesos. Llama. *(Enriqueta toca el timbre. Manolo se esconde detrás de las cortinas.)*

ESCENA IV

DICHOS y PACA

PACA

¿Llamaba la señorita?

ENRIQUETA

Sí; parece que tengo apetito. ¿Hay algo que comer?

PACA

Lo que le dije antes a la señorita.

ENRIQUETA

Ah, sí; es verdad... Tengo la cabeza... Tráelo.

PACA

¿Todo?

ENRIQUETA

Todo...: una botella grande de vino, postre, queso... fruta, si la hay.

PACA

Si, señorita.

ENRIQUETA

La botella de anís.

PACA

(Asombrada.) ¡Pero señorita!

ENRIQUETA

Anda.

PACA

Bueno. *(Hace un gesto de asombro y vase.)*

MANOLO

(Sacando la cabeza por la cortina.) Enriqueta.

ENRIQUETA

Qué...

MANOLO

Vete hacia el balcón, que yo te vea bien.

ENRIQUETA

(Obedeciendo.) ¿Aquí?

MANOLO

Más cerca... Ahí... ahí estás bien... Y procura hablar poco.

(Pausa larga hasta que vuelve PACA con una bandeja que deja sobre el velador. Extiende una servilleta y comienza a colocar los platos.)

ENRIQUETA

Déjalo... yo lo arreglaré.

PACA

Pero...

ENRIQUETA

Yo me serviré, mujer. Vete. Ya te llamaré si te necesito.

PACA

Está bien, señorita. *(Vase.)*

MANOLO

(Asomando la cabeza.) ¿Se marchó?

ENRIQUETA

Sí; puedes salir.

(MANOLO sale, se dirige a la puerta y la cierra con pestillo. Luego se acerca al velador y examina los platos que ENRIQUETA deja sobre la servilleta.)

MANOLO

¡Camará, qué bien te tratas! ¿Y to esto es lo que a ti te sobra? No te cuidas mal.

ENRIQUETA

No hay más remedio.

MANOLO

Haces bien. Di que sí. Lo que no saques ahora que eres guapa y joven, no lo sacarás nunca.

ENRIQUETA

Come.

MANOLO

Pero que ahora mismo. Tengo un hambre horrorosa. *(Se sienta en la «chaise longue» y se pone a comer con verdadera ansia. Enriqueta se sienta enfrente de él. De pronto se inclina, coge la botella y escancia una copa.)* Gracias. *(Vuelve a comer.)* Pero qué cosas, ¿eh? Quién iba a decir que nos íbamos a encontrar...

ENRIQUETA

Ya, ya...

MANOLO

Has prosperao.

ENRIQUETA

¡Psch!

MANOLO

Estás bien instalá. *(Mirando alrededor.)* Tiés una casa preciosa. ¿Es tuya?

ENRIQUETA

Sí.

MANOLO

¿Pero tuya de verdá?

ENRIQUETA

Mía.

MANOLO

¿Y cómo te ha venío a ti esto?

ENRIQUETA

Me la regaló un hombre que me quiso mucho.

MANOLO

¡Ah! *(Sigue comiendo.)*

ENRIQUETA

(Escanciándole una copa.) Bebe.

MANOLO

Pero tú trabajas en un teatro.

ENRIQUETA

Trabajé hasta ayer. Ha tronado la Empresa.

MANOLO

Sí, ya lo he oído cuando se lo contabas a la criá.

ENRIQUETA

Come.

MANOLO

Pero que está muy bueno.

ENRIQUETA

Y bebe. *(Llenándole la copa.)*

MANOLO

(Después de beber.) De forma y manera que has tenido un hombre...

ENRIQUETA

Sí.

MANOLO

¿Y te quiso mucho?

ENRIQUETA

Mucho.

MANOLO

¿Y tú a él?

ENRIQUETA

¿Yo? ¡Con locura!

MANOLO

Ah, ¿sí?

ENRIQUETA

Con locura, con delirio, con ceguedad. No he querido a nadie más que a él, ni querré a nadie más. Antes de él ninguno; con él sólo él; después todos iguales. Se acabaron los hombres para mí.

MANOLO

¡Sí que le has querido!

ENRIQUETA

¿Y cómo no quererle si fué lo único bueno que encontré en la vida? *(Levantándose.)* A los doce años me tuve que marchar de casa de mi madre porque el hombre que vivía con ella me mataba a golpes. Me vi hecha una golfa, tirá por las calles; asediá por los hombres, por todos los hombres, golfos y señoritos, señoritos y golfos; unos porque era guapa, otros por sacarme el dinero. Por todas partes no encontré más que insultos y desprecios y porrazos y humillaciones. Ni una caricia, ni un halago, ni una palabra buena. Y una noche que andaba hecha una golfa, tirá por las calles, vendiendo la *Corres* y ramitos de rosas, él me recogió. Me recogió como se recoge un trapo que se cae de un balcón y me llevó a su casa, ¡a su casa!,

a nuestra casa desde aquella noche. Y fué el único hombre bueno que para mí hubo; el único que tuvo para mí palabras buenas y acciones buenas y caricias dulces... El único que me quiso de veras, muy de veras, mucho y muy de verdad, como nadie en el mundo; más que mi padre, más que mi madre, más que Dios... ¡que me dejó tirá por las calles...! *(Llorando.)* Me lo dió todo, todo lo que tenía...; me dió su alegría, me dió su ternura, me dió su cariño, me dió su dinero..., me dió un hijo; ¡ya ves si me querría que hasta un hijo me dió...! Por eso, aunque esta casa está lejos de todas partes, aislada y sola, quiero vivir en ella, porque esta casa era suya y estos muebles eran suyos y todo son aquí recuerdos suyos...; porque él vivía en este cuarto y se dormía en esta cama y se sentaba en esta «chaise longue»... y todo me habla aquí de él...: los muebles, las paredes, los cuadros... todo lo que hay aquí... todo aquí me habla de él. *(Se deja caer abatida sobre la butaca. Pausa.)*

MANOLO

Y si tanto le querías, ¿por qué reñisteis?

ENRIQUETA

(Levantando la cabeza.) No reñimos.

MANOLO

Siempre serías tú quien le dejara.

ENRIQUETA

No le dejé.

MANOLO

¿Te abandonó él?

ENRIQUETA

Tampoco.

MANOLO

¿Se murió?

ENRIQUETA

Le mataron.

MANOLO

(Quedando suspenso.) ¡Le mataron!

ENRIQUETA

(Sordamente.) Sí, le mataron. Me le mataron. ¡De noche y a traición!

MANOLO

Oye, ¿quién?

ENRIQUETA

No sé.

MANOLO

¿No lo sabes?

ENRIQUETA

No.

MANOLO

¿No cogieron al otro?

ENRIQUETA

No sé.

MANOLO

¡Es raro! Estas cosas se saben siempre.

ENRIQUETA

Yo no estaba entonces en Madrid.

MANOLO

No importa...; los periódicos...

ENRIQUETA

No supe nada.

MANOLO

Es raro. *(Pausa.)* ¿Fué en riña?

ENRIQUETA

Fué a traición.

MANOLO

¿Cómo sabes que fué a traición?

ENRIQUETA

Porque a un hombre como aquel no había quien le matara cara a cara.

MANOLO

¡Ah! *(Pausa.)* ¿Y qué era?

ENRIQUETA

¿Quién...? ¿él...? Un hombre.

MANOLO

¿Rico?

ENRIQUETA

Sí.

MANOLO

¿Joven?

ENRIQUETA

Joven.

MANOLO

Joven, rico y valiente... ¡Sí que fué una lástima!

ENRIQUETA

(Llenándole la copa.) Bebe.

MANOLO

Gracias. *(Bebe.)* Y... ¿cómo se llamaba?

ENRIQUETA

(Mirándole fijamente.) Federico Aldán.

MANOLO

(Levantándose bruscamente, con tono sombrío de sorpresa y temor.) Federico... ¡Aldán!

ENRIQUETA

(Con mucha calma.) ¿Le conociste?

MANOLO

(Azorado.) No... nunca.

ENRIQUETA

Como te ha sorprendido.

MANOLO

(Dominándose.) No; es que me suena el nombre. Yo he oído contar esa historia.

ENRIQUETA

¿Dónde?

MANOLO

Donde se cuentan esas historias; en presidio.

ENRIQUETA

¡Ah!

MANOLO

Sí. Me lo contó uno que lo vió.

ENRIQUETA

Entonces sabrás quién era el otro.

MANOLO

No... eso no... ¡yo qué voy a saber!

ENRIQUETA

¿No lo sabes?

MANOLO

Que no.

ENRIQUETA

¿No te lo dijo?

MANOLO

Es que no se supo quién era... No le cogieron.

ENRIQUETA

¡Ah!

MANOLO

(Levantándose de nuevo.) Huyó.

ENRIQUETA

(Llenándole de nuevo la copa.) Bebe.

MANOLO

(Rechazándola.) No; quita. No quiero más vino. Hace mucho tiempo que no le bebo y se me podría subir a la cabeza. Y esta noche necesito tener la cabeza muy firme.

ENRIQUETA

Este vino no hace daño; es bueno.

MANOLO

Si que es bueno.

ENRIQUETA

Puedes beberle sin cuidado. Bebe.

MANOLO

Bebe tú también.

ENRIQUETA

¿Por qué no? *(Se lleva la copa a los labios, bebe un sorbo y se la devuelve a Manolo.)* Toma.

MANOLO

Va por ti. *(Se bebe la copa, después se queda un rato como pensativo, se registra los bolsillos y hace un gesto de disgusto.)*

ENRIQUETA

(Asustada.) ¿Qué buscas?

MANOLO

No... nada... no te asustes. Creí que tenía...

ENRIQUETA

¿El qué?

MANOLO

Tabaco.

ENRIQUETA

Yo tengo.

MANOLO

¿Tienes?

ENRIQUETA

Voy por él. *(Se dirige al secreter y vuelve con una cajetilla, que entrega a Manolo.)* Toma.

MANOLO

(Sacando un cigarro y devolviendo la cajetilla a Enriqueta.) Gracias.

ENRIQUETA

(Rechazándola.) Quédate con ella.

MANOLO

¡Gracias, nincha! Eres muy buena. Dios te lo pague.

ENRIQUETA

Otra vez harás tú algo por mí.

MANOLO

Oye, que sí, que como esté en mi mano... Mira, la verdá. Cuando entré aquí venía dispuesto a to... ciego, desesperao... Ahora no sé... parece que estoy más tranquilo... mejor... no sé si es que he comío bien o que he tenío con quien hablar... o las dos cosas... lo cierto es que me encuentro bien... muy a gusto... Yo no soy malo, Enriqueta, no soy malo... *(Súbitamente.)* Pa que veas que no lo soy, te voy a devolver to lo tuyo. Toma. *(Vaciando sobre la «chaise longue» el contenido de los bolsillos.)* Tus pendientes... tus sortijas. Cuéntalas. ¿Falta alguna?

ENRIQUETA

No.

MANOLO

Toma: tus pulseras... tu collar... El dinero... bueno, el dinero me lo llevo porque me hace falta.

ENRIQUETA

Llévatelo.

MANOLO

¿Me lo das de buena voluntá?

ENRIQUETA

De corazón.

MANOLO

(Tratando de estrecharle las manos.) ¡Gracias! ¡Gracias!

ENRIQUETA

(Retirándose.) Te voy a dar una copita de aguardiente.

MANOLO

(Vivamente.) No..., aguardiente no.

ENRIQUETA

Te advierto que es riquísimo. *(Llenando una copa.)*

MANOLO

No, no... Se me sube en seguida a la cabeza.

ENRIQUETA

Total, por una copa...

MANOLO

Que no tomo aguardiente.

ENRIQUETA

Como quieras. *(Deja la copa sobre la mesa.)* Te advierto que es riquísimo.

MANOLO

(Vacila un momento y por fin se bebe la copa.) Sí que es bueno.

ENRIQUETA

¿Quieres otra?

MANOLO

No... *(Pausa.)* Vaya, me voy.

ENRIQUETA

¿Adónde vas?

MANOLO

(Con amargura.) ¡Dónde quieres que vaya! ¡Por el mundo!

ENRIQUETA

¿A estas horas? Es una locura. ¿No comprendes que te pueden coger?

MANOLO

¿Y qué voy a hacer?

ENRIQUETA

Quédate aquí. Saldrás mañana de día.

MANOLO

No... no... Es preciso que me vaya.

ENRIQUETA

Yo creo que estás aquí mejor.

MANOLO

No... no..., me voy. Es necesario que me vaya. No sé qué tengo. Me está entrando así como soñera.

ENRIQUETA

Razón demás.

MANOLO

No. Si me quedara me dormiría. Y no quiero, no me quiero dormir... Adiós. *(Se dirige al balcón, pero al llegar a él se detiene, vuelve al lado de Enriqueta y la coge de una muñeca.)* Me voy por donde vine: por el balcón. No creo que a última hora se te ocurra hacer ninguna tontería. Te va en ello la vida, ¿sabes? *(Sacando el revólver del bolsillo.)* A mí no me cogen vivo. Por lo menos yo me cargo a alguien, y claro es

que la primerita serías tú... ¿te enteras? Apaga la luz y vuelve aquí. *(Enriqueta obedece.)* Adiós, Enriqueta, adiós... Él te pague lo que has hecho por mí. *(Se dirige al balcón, lo abre, mira y retrocede bruscamente.)* ¡Maldita sea la...!

ENRIQUETA

¿Qué?

MANOLO

(Señalando al foro.) ¡El sereno y los guardias...! ¡Maldita sea la...!

ENRIQUETA

¿Lo ves?

MANOLO

Mala pata tengo. *(Vuelve al centro de la habitación y se sienta en la butaca. Enriqueta permanece delante del balcón iluminada por la luna. Manolo empieza a dar cabezadas. De pronto se estremece como si despertara.)* Enriqueta.

ENRIQUETA

Qué...

MANOLO

Cierra ese balcón y enciende la luz.

ENRIQUETA

¿Para qué?

MANOLO

Porque me duermo.

ENRIQUETA

(Indiferente.) Duerme.

MANOLO

(Levantándose.) No. Enciende. *(Enriqueta da luz; él, hablando consigo mismo.)* No hay más remedio. Me tengo que ir por la puerta.

ENRIQUETA

Por la puerta sí que no puede ser.

MANOLO

¿Por qué?

ENRIQUETA

Porque no. Porque está la doncella y la cocinera y el portero... y el perro del portero.

MANOLO

¿Tiés perro?

ENRIQUETA

Así de grande. *(Señalando la altura de la cadera. Manolo hace un gesto de disgusto.)* No hay más remedio que salir por ahí. *(Señalando el balcón.)*

MANOLO

¡Pero si por ahí no pué ser!

ENRIQUETA

O esperar a que sea de día.

MANOLO

No, eso no.

ENRIQUETA

(Indiferente.) Tú verás. *(Pausa.)*

MANOLO

Pero acompañándome tú...

ENRIQUETA

Tendríamos que pasar por el cuarto de las criadas y te verían.

MANOLO

Estarán ya dormidas.

ENRIQUETA

No..., tienen que venir por esto. *(Señalando la mesa.)*

MANOLO

Es verdad. *(Abatido.)* Entonces, ¿qué hago?

ENRIQUETA

Esperar.

MANOLO

¡Esperar! ¡Es lo que más trabajo me ha costado en la vida!

ENRIQUETA

¡Sí que cuesta! *(Manolo da unos paseos por la habitación y se sienta en la cama. Enriqueta se sienta en la «chaise longue» y le observa. Manolo vuelve a*

dar cabezadas; apoya los brazos en la cabecera y se recuesta. Enriqueta saca del manguito un carnet y escribe con lápiz unas líneas.)

MANOLO

(Sin moverse.) Enriqueta.

ENRIQUETA

Qué...

MANOLO

¿Qué haces?

ENRIQUETA

Nada. *(Guardando el carnet y quedándose con la hoja escrita.)*

MANOLO

(Incorporándose.) Oye, ¿por qué no llamas a la criá pa que se lleve esto y se acueste?

ENRIQUETA

(Levantándose y dirigiéndose a la puerta.) ¡Paca! *(Volviéndose a Manolo.)* Cierra esa cortina.

PACA

(Desde la puerta.) Señorita...

ENRIQUETA

Adelante.

ESCENA V

DICHOS Y PACA

ENRIQUETA

Llévate esto.

PACA

Y decía la señorita que no tenía apetito... ¡Anda, que si lo llega a tener! ¡Jesús! ¿Pero se ha bebido usted toda la botella?

ENRIQUETA

Tenía mucha sed. *(Indicándole con un gesto el papel que dejó sobre la bandeja.)*

PACA

Sí, sí, ya lo veo... *(Mirando recelosa hacia la cama.)*

ENRIQUETA

Puedes acostarte.

PACA

(Con un gesto de inteligencia.) Sí, sí, señorita... Ahora mismo.

ENRIQUETA

Adiós; buenas noches.

PACA

Buenas noches. *(Váse llevándose la bandeja.)*

ESCENA VI

ENRIQUETA Y MANOLO

ENRIQUETA

(Acercándose a la cama.) Ya está... Puedes salir.

MANOLO

(Levantándose.) ¡Eres muy buena! ¿Quiés ver? *(Señalando al balcón. Enriqueta se asoma.)* ¿Están?

ENRIQUETA

Están. *(Manolo hace un gesto de contrariedad y vuelve a sentarse en la cama. Enriqueta se sienta de nuevo en la «chaise longue». Pausa.)*

MANOLO

¡Enriqueta!

ENRIQUETA

¡Qué...!

MANOLO

¿Qué haces?

ENRIQUETA

Nada.

MANOLO

Ven aquí.

ENRIQUETA

(Obedeciendo.) Ya estoy aquí.

MANOLO

Bien.

ENRIQUETA

¿Qué quieres?

MANOLO

Nada; que estés aquí.

ENRIQUETA

Ya estoy.

MANOLO

Siéntate.

ENRIQUETA

(Sentándose.) ¿Así?

MANOLO

Así. *(Pausa larga. Manolo cierra los ojos. Enriqueta le contempla ansiosamente. Al cabo de un rato, Manolo da un ronquido. Enriqueta se levanta.)*

ESCENA FINAL

Se abre la puerta sigilosamente y por las cortinas asoma la cabeza de Paca. Cambia una mirada con Enriqueta, y volviéndose, hace una seña con la mano como llamando a alguien. Entran de puntillas el SERENO, un INSPECTOR y un AGENTE y avanzan hacia la cama.

ENRIQUETA

(Señalando a Manolo con fiero ademán.) ¡Ese es! *(Manolo se despierta, trata de incorporarse pero el Agente y el Sereno se arrojan sobre él y lo sujetan.)*

INSPECTOR

(Apuntándole con el revólver.) No te muevas.

MANOLO

Ya, ¿pa qué? *(A Enriqueta, con ira.)* ¡Golfa!

AGENTE

¡A callar!

INSPECTOR

¿Cómo te llamas?

MANOLO

(Irguiendo la cabeza.) Manuel Marín.

ENRIQUETA

(En medio de la habitación, dirigiéndose a Manolo con voz enronquecida.) Manuel Marín, Manuel Marín, ¿sabes quién mató a Federico Aldán?

MANOLO

(Aterrado.) No... yo, no.

ENRIQUETA

(Rabiosa.) ¡Tú...! ¡Tú...! ¡Me lo mataste tú...! ¡De noche y a traición!

MANOLO

¡De noche y a traición! ¡Como tú a mí!

ENRIQUETA

(Fieramente.) ¡Lo mismo!

TELON

LA GOYA

PERSONAJES

CARMEN LA GOYA, bailarina.
CHARITO, ídem.
LINA DEL VALLE, ídem.
AGUSTÍN RIANSAR, marqués de Riansar.
RAMIRO SANDOVAL.
BRUNO CARACCIOLO, marido de la Goya.
BLACKFACE, clown.
FRED, domador.
LUIS, criado de Sandoval.
RICHARD, chauffeur.
M. GUILLAUME.
UN CAMARERO.
OTRO.

La acción en Hulania, país del Norte de Europa.

Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Un bar. En el foro una puerta vidriera de dos hojas. Otra a la izquierda y otra en el ángulo de la derecha, ambas con portier caído. A la derecha, ocupando la parte del foro desde la puerta, el ángulo y todo el lado derecho un mostrador de madera muy alto. Delante de este mostrador tres o cuatro banquetas altas. En primer término de la escena una mesa de madera y otra igual en el ángulo de la izquierda. Sobre la puerta del foro un reloj. En el centro aparato de luz eléctrica encendido. Las siete de la tarde.

ESCENA PRIMERA

FRED y BLACKFACE, sentados ante la mesa del ángulo de la izquierda, hablan, fuman y beben cerveza. FRED viste batín, botas de montar y fez y lleva en la mano un látigo corto y fuerte. BLACKFACE viste de clown. Sentadas ante el mostrador en las banquetas altas, CHARITO y LINA con trajes de cupletistas. Detrás del mostrador un CAMARERO de americana. OTRO de frac y calzón corto que va y viene por la escena.

BLACKFACE

Mi querido Fred, tú eres un niño muy bruto; muy bruto y muy niño; estás acostumbrado a estos buenos

públicos del Norte que admiran tu valor y temen tus puños; crees que todo el monte es orégano y te vas a llevar un disgusto.

FRED

¿Qué quieres decir?

BLACKFACE

Que te andes con ojo, porque el día menos pensado te van a meter un estilete entre dos costillas que te van a dejar seco.

FRED

¿Lo dices por el italiano?

BLACKFACE

Precisamente.

FRED

Bah, yo no tengo miedo a los italianos. Una vez en Hamburgo luché con tres.

BLACKFACE

¿En un circo?

FRED

En el muelle. Tres cargadores de carbón. Luché con los tres y a los tres los vencí.

BLACKFACE

¡Toma!, con once luchó el Cid en Zamora.

FRED

¿Quién era el Cid?

BLACKFACE

Un español mucho más bruto todavía que tú.

FRED

¡Oh!, un español... Tampoco me preocupan los españoles.

BLACKFACE

Pues mira, por si acaso procura no tropezarte con ninguno.

FRED

Perdona, mi querido Blackface; olvidaba que a pesar de tu mote eres español. Conste que no he querido ofenderte.

BLACKFACE

Hombre, desde luego.

FRED

Y a propósito, ¿de qué sitio de España eres tú?

BLACKFACE

De la propia Caleta.

FRED

Caleta... Caleta... ¿Dónde está eso de Caleta?

BLACKFACE

En el camino de la gloria: en Málaga.

FRED

Oh, Málaga... buen vino... buenas mujeres... ¡Buenas mujeres las malagueñas!

BLACKFACE

¡Tú qué sabes!

FRED

¡A juzgar por la muestra!

BLACKFACE

¿Por la Goya? ¡Bah! Esa tiene ya de malagueña lo que yo de obispo.

FRED

Perdona, ella misma me ha dicho...

BLACKFACE

¿Que nació allí? Sí, es verdad. Pero también nací yo, y ya ves... Si yo no lo dijera, ¿adivinaría alguien que soy español?

FRED

Tú bien; pero ella...

BLACKFACE

Ella como yo, como tú, como esas *(Señalando a Charito y Lina.)*, como las fieras de tu *ménagerie*... Hemos rodado tanto por el mundo, que ya no somos ninguno de ninguna parte.

FRED

Sea de donde sea, me gusta mucho.

BLACKFACE

Mi querido Fred, vas por muy mal camino. Esa Goya te va a costar muchos disgustos.

FRED

¿Por qué?

BLACKFACE

Porque tú eres un niño, vas de buena fe, te estás encariñando y esa mujer no tiene corazón. Es una mala hembra.

FRED

¡Blackface!

BLACKFACE

¡Una mala hembra! Te lo digo porque te quiero. Si no te quisiera ¡qué me importaría! Los hombres para esa son juguetes de un día. No le interesa más que el dinero.

FRED

Yo tengo dinero.

BLACKFACE

¡Pobre Fred! ¡Qué sabes tú lo que es tener dinero!

FRED

Tengo ocho mil francos.

BLACKFACE

Esa se come en quince días tus ocho mil francos y para postre todas las fieras de tu *ménagerie.* Anda con cuidado, Fred, anda con cuidado... Además, ya te he dicho que el marido es un canalla, un miserable... ¡Si llega a sospechar!

FRED

Peor para él.

BLACKFACE

No, Fred, no. Si ese hombre fuera lealmente, cara a cara, yo no temería por ti. Al contrario. Eres tú más fuerte que él y más valiente. Pero ¿y si un día te encuentras con una cuchillada por la espalda?

FRED

¡Cómo! ¿Tú crees que él es capaz?

BLACKFACE

El es capaz de todo. Es un bandido.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS, AGUSTÍN por el foro, con gabán con el cuello subido, sombrero flexible y frac.

CHARITO

(Que volvió la cabeza al oír abrirse la puerta.)— ¡Marqués...! ¡marqués! *(Bajando precipitadamente de la banqueta y saliendo al encuentro de Agustín. Él se detiene. Ella acercándose.)* ¿Tanto he variado en un año, que ya no se acuerda usted de mí?

AGUSTÍN

Sí, espere usted...; ¿dice usted que hace un año?

CHARITO

En Trieste.

AGUSTÍN

(Con alegría.) ¡Charito!

CHARITO

¡La misma!

AGUSTÍN

(Estrechándole las manos.) ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Quién iba a decir que me la iba a usted a encontrar en Hulania? ¿Qué hace usted aquí?

CHARITO

Ya usted ve, trabajar. ¿Y usted?

AGUSTÍN

Yo llegué ayer mañana.

CHARITO

¿Por mucho tiempo?

AGUSTÍN

No sé; depende... ¿Quiere usted que nos sentemos?

CHARITO

Con muchísimo gusto.

AGUSTÍN

Aquí mismo, ¿verdad? *(Indicando la mesa del centro. El mozo acude, le quita el gabán y le dobla sobre la silla.)*

CHARITO

Donde usted quiera. *(Se sienta.)*

AGUSTÍN

¿Qué va usted a tomar?

CHARITO

Yo, si usted me lo permite, una caña de manzanilla. *(Al camarero.)* Manzanilla.

AGUSTÍN

Ah, pero, ¿cómo? ¿Hay manzanilla en Hulania?

CHARITO

De la propia Sanlúcar. La mandamos traer nosotras por una apuesta, y estos bárbaros se han aficionado a ella de tal modo, que se la sorben por cajas. Rara es la noche que no hay que llevarse a alguno en un serón.

AGUSTÍN

¿De modo que estamos en pleno españolismo?

CHARITO

Es lo que priva.

Entre tanto el camarero ha ido al mostrador, ha recogido una bandeja con una botella de manzanilla y dos cañas que deja sobre la mesa.

AGUSTÍN

¿Por qué no llama usted a su amiguita? Se ha quedado allí sola.

CHARITO

Se lo iba a proponer. *(A Lina, llamándola.)* ¡Lina! *(A Agustín.)* Es muy elegante, ¿verdad?

AGUSTÍN

Muy mona. ¿Española también?

CHARITO

No, mejicana. Baila la machicha.

Lina se acerca y Charito hace la presentación.

Mi compañera Lina del Valle... El señor Marqués de Riansar... *(Lina y Agustín se estrechan la mano. Después Lina se sienta. El camarero sirve otra caña.)*

AGUSTÍN

Usted me perdonará que me haya permitido...

LINA

Todo lo contrario..., es para mi un honor...

AGUSTÍN

Anoche tuve el gusto de verla a usted bailar y quedé encantado. Baila usted de una manera maravillosa.

LINA

Muchas gracias.

AGUSTÍN

Usted, seguramente, no se fijaría en mí.

LINA

Sí, señor, me fijé; estaba usted en una butaca de las primeras filas, a la izquierda.

AGUSTÍN

Justo.

LINA

Me fijé porque le había visto desembarcar por la mañana.

AGUSTÍN

¡Hombre!

LINA

Las ventanas del hotel dan sobre el puerto. Estaba yo asomada a la de mi cuarto cuando entró su *yacht*. Me llamó la atención porque, verdaderamente, tiene usted un *yacht* precioso.

AGUSTÍN

¿Le gusta a usted?

LINA

Es el barco más bonito que he visto en mi vida.

AGUSTÍN

Está desde luego a su disposición.

LINA

No se escurra usted, señor Marqués, no se escurra usted conmigo.

AGUSTÍN

¿Por qué?

LINA

Porque yo soy muy caprichosa y se expone usted a que le coja la palabra. Usted no sabe lo que me entusiasma el mar.

AGUSTÍN

Pues repito el ofrecimiento.

LINA

Es usted muy amable.

AGUSTÍN

Y usted muy bonita.

LINA

Gracias.

CHARITO

Si que debe de ser muy interesante un viaje en *yacht*.

AGUSTÍN

Pues nada, Charito, ya lo sabe usted; cuando usted quiera.

CHARITO

Esperaremos a que calme el tiempo, porque, hijo, lo que es hoy...

AGUSTÍN

Sí, hoy está duro.

CHARITO

Como que no se puede salir a la calle. Siempre nevando y nevando..., luego este ventarrón que parece que se la lleva a una... ¡Ay, Dios me dé mi tierra! ¡Sevilla de mi alma!

AGUSTÍN

¿No le gusta a usted esto?

CHARITO

¡A mí qué me va a gustar! Si desde que hemos venido no he entrado en calor. Siempre tiritando, muertecita de frío... Como los gatos, acurrucadita encima de la lumbre... ¡Jesús!

AGUSTÍN

La verdad que este país...

CHARITO

¡Calle usted, hombre! ¡Esto es para morirse!

AGUSTÍN

¿Llevan ustedes mucho tiempo aquí?

LINA

Pronto hará un mes.

AGUSTÍN

¿Y va bien?

LINA

Un negocio loco. Estos tíos son muy brutos y muy antipáticos, pero saben gastarse el dinero. Luego hemos caído con suerte.

AGUSTÍN

Es que valen ustedes muchísimo.

LINA

No, suerte..., que gusta lo español..., sobre todo la Goya.

AGUSTÍN

¿Sí, eh?

LINA

Un delirio. Ya vió usted el teatro anoche..., lleno... Pues todos los días igual... Ni una sola localidad desocupada.

CHARITO

Y a mí que esa mujer no...

AGUSTÍN

Está un poco *fané*.

CHARITO

Y tan *fané*. Pues hijo, los hombres, locos.

LINA

Baila bien.

CHARITO

¡Qué va a bailar, mujer, qué va a bailar! Si eso no es andaluz, ni gitano, ni flamenco, ni nada. Eso es un *pot-pourri* que ella se ha inventado para su uso particular. Si la ven en Sevilla la matan, ¿verdad, Marqués?

AGUSTÍN

Verdad, Charito.

CHARITO

Que no, que no, que no me digan a mí que eso es bailar.

AGUSTÍN

Creo que está casada.

CHARITO

Sí, con un chulo indecente. El italiano más sinvergüenza que se ha echado usted a la cara.

AGUSTÍN

Ah, ¿sí?

CHARITO

Un canalla. ¡Uf, qué asco de tío! *(Suena dentro un timbre.)*

BLACKFACE

(A Fred, que acaba de levantarse.) ¿Te vas?

FRED

Sí. *(Mirando el reloj del establecimiento.)* Es ya mi hora. Voy a trabajar.

BLACKFACE

Adiós, hijo; que los tigres te sean leves.

FRED

¿Los tigres? Yo no tengo miedo a los tigres.

BLACKFACE

Verdad; peor es la Goya y te atreves con ella.

FRED

¡Oh, la Goya... la Goya...! *(Vase izquierda.)*

ESCENA SEGUNDA

CHARITO, LINA, BLACKFACE, AGUSTIN y RAMIRO por foro, con análogo indumento al de Agustín.

AGUSTÍN

(Llamándole.) Ramiro...

RAMIRO

(Acercándose y dirigiéndose a Agustín.) Hombre, ¿usted aquí? Yo pensaba encontrarle dentro, en el teatro. Venía dispuesto a darle a usted todo género de explicaciones por mi tardanza, pero veo que no son necesarias. Le encuentro a usted muy bien acompañado.

AGUSTÍN

Sí, señor; yo no me privo de nada.

RAMIRO

Ya lo veo.

AGUSTÍN

Siéntese.

RAMIRO

(Sentándose.) ¿De modo que conocía usted a nuestra encantadora Lina?

AGUSTÍN

No; a esta señorita no tenía el gusto de conocerla.

CHARITO

Era a mí.

RAMIRO

¡Ah!

CHARITO

Somos viejos amigos.

RAMIRO

Habrá usted visto que estamos en pleno españolismo...: la Charito..., la Goya..., Blackface...

AGUSTÍN

Ah, pero... ¿Blackface es español?

RAMIRO

Como Tonny Grice; de Málaga.

AGUSTÍN

No sabía...

RAMIRO

Es un hombre muy agradable y muy inteligente. ¡Blackface! *(Llamándole.)*

BLACKFACE

(Acercándose.) Señor...

RAMIRO

Nuestro compatriota el señor Marqués de Riansar quiere conocerle a usted.

BLACKFACE

¡Oh señor Marqués, tanto honor...!

AGUSTÍN

He tenido el gusto de aplaudirle en varios sitios: en Trieste, en Strasburgo, en Génova, pero no sabía que fuera usted español.

BLACKFACE

(Sentándose.) Yo no soy ya de ninguna parte, señor Marqués. Salí de España a la edad de once años.

AGUSTÍN

¿Y no ha vuelto usted a ella?

BLACKFACE

Nunca.

AGUSTÍN

¡Qué raro!

BLACKFACE

No han venido las cosas así.

AGUSTÍN

Sin embargo, usted habla muy bien el español.

BLACKFACE

El idioma que aprendimos de niños no se olvida jamás. Es con el que se injuria y con el que se reza. Dicen que cuando uno se muere es también con el que se confiesa.

AGUSTÍN

¿Tendrá usted muchos deseos de ver su tierra?

BLACKFACE

Ninguno. La abandoné muy niño. No me llevé ninguna afección. No me dejé ningún recuerdo. Si volviese me encontraría en ella tan extranjero como en Berlín o en Londres.

AGUSTÍN

Pues yo, señor Blackface, le debo a usted momentos muy agradables de mi vida. Me ha hecho usted reír mucho.

BLACKFACE

Sí, señor marqués; esa es mi obligación. Hacer reír a los demás.

AGUSTÍN

Obligación muy divertida.

BLACKFACE

Hasta cierto punto.

AGUSTÍN

¡Hombre!

BLACKFACE

Crea usted, señor marqués, que hacer reír a costa del ridículo satisface muy poco. Es poco agradable

tener que pasarse la vida pisoteando la dignidad para que los demás se diviertan.

RAMIRO

Sí, eso es verdad.

Entre tanto, el camarero ha limpiado la mesa que ocupara Blackface.

BLACKFACE

Yo cuando empecé era muy alegre, muy alegre... Todo me divertía; todo me hacía reír. Después, poco a poco, fuí cambiando. Hoy no tiene usted idea del desprecio que yo siento por la Humanidad. Y como yo todos los del oficio, todos... Yo tuve un amigo... Oh, conoceréis seguramente la historia..., es muy vieja..., se ha contado hasta en letras de molde... Era un clown inglés; se llamaba Pick-Nite. Valía mucho, mucho... La mayoría de las cosas que yo hago las he aprendido de él. Pues bien; este hombre que arrebataba a las multitudes, que las desternillaba de risa, era en su vida íntima de un pesimismo abrumador. Yo no le vi reír jamás. Debía tener el alma de plomo. Se pasaba días enteros, semanas, sin hablar con nadie. Un día este pobre hombre se dió cuenta de que se le empezaba a meter en la cabeza la idea del suicidio y se fué a ver a un médico, a un especialista... El médico diagnosticó un caso de neurastenia y recetó un plan. Pero el tiempo pasaba y el pobre Pick-

Nite estaba cada vez peor, más triste, más pesimista, más negro... Un día el médico, desesperado al ver que todos los remedios eran inútiles, le dijo: «Señor mío, no se me ocurre más que una solución. Vaya usted esta noche al teatro y vea a Pick-Nite. Dicen que es un clown muy gracioso. Si Pick-Nite no le hace a usted reír ya no sé qué remedio aconsejarle.» —«Pues si no hay más remedio que ese, señor doctor, estoy perdido, porque Pick-Nite... Pick-Nite soy yo...» Ocho días después el pobre Pick-Nite se fué a un jardín de niños, a un jardín donde había muchos niños, una tarde espléndida de abril, se sentó en un banco y de cara al sol se pegó un tiro. Yo no le diré a usted, señor marqués, que termine como Pick-Nite, tampoco me atreveré a decirle que no.

AGUSTÍN

Tenéis unas ideas muy lúgubres, señor Blackface. Sois en verdad un clown muy poco alegre.

BLACKFACE

¡Qué queréis, señor marqués! He dado tanta alegría a mis contemporáneos, que me he quedado sin ella.

RAMIRO

Pero en vuestra vida tendréis alguna historia alegre, alguna aventura divertida.

BLACKFACE

Pocas.

CHARITO

¿No has querido nunca?

BLACKFACE

Una vez.

LINA

Ah, ¿sí?

CHARITO

Cuenta, cuenta...

RAMIRO

Sí, cuente usted; será seguramente muy interesante.

BLACKFACE

Tiene muy poco que contar. La conocí en Viena. Se llamaba Elsa Glebber. Era menuda, chiquitita, muy fina, muy delicada, muy vistosa; blanca como la nieve, rubia como esta caña de manzanilla. *(Levantando una en alto.)* Era *écuyère.* Nos quisimos tres meses.

CHARITO

Entonces no tendrías ideas lúgubres.

BLACKFACE

Entonces era la vida para mí toda de rosa.

CHARITO

¿Os quisisteis mucho? *(Suena un timbre dentro.)*

BLACKFACE

¡Mucho! Ella fué mi vida, mi alma, toda mi alma, toda mi vida. Fué mi hija, mi hermana, mi amante, mi novia..., todo lo que una mujer puede ser para un hombre. Pero una noche..., ella hacía ejercicios de volteo sobre un caballo en libertad. Yo sostenía uno de los aros... Al pasar junto a mí..., no sé cómo fué..., perdió pie..., resbaló..., cayó bajo las patas del caballo..., el animal se asustó..., le puso un casco sobre el cráneo... *(Charito y Lina hacen un gesto de horror.)*

VOZ

(Dentro.) ¡Monsieur Blackface!

BLACKFACE

(Levantándose.) Perdonadme, señores; me llaman a escena. *(Vase por izquierda secándose los ojos.)*

AGUSTÍN

¡Pobre hombre!

LINA

¡Pobre Blackface! *(Pausa. Se oye fuera aplausos y grandes carcajadas.)*

AGUSTÍN

¿Qué es eso?

CHARITO

La gente que ríe con Blackface. Siempre que entra en escena el público se ríe.

ESCENA CUARTA

CHARITO, LINA, AGUSTÍN, RAMIRO, CARMEN, BRUNO por la izquierda.

BRUNO

(A Carmen a media voz.) Imbecile! Crede che io sono un bambino...!, un inocente... Vuol farte una nuova scrittura...? Benissimo! Ma una condizione precisa..., duecenti franchi di piu e si non... Addio, mio caro! *(Saludando con la mano.)*

CARMEN

Bueno, hombre, bueno; cállate ya.

BRUNO

Miserabile...! Malcalzoni...! Birbante...! Per duecenti franchi...! Per una porcheria cosi! Poi che tu sei la unica, propriamente la unica che affolla tutto il teatro...! Bestia...! E finita la tua scrittura..., finita... Mai piu... *(Sentándose en la mesa del ángulo.)* Questa sera io partiró a Hamburga e lo acommoderó tutto bene... Jiustamente a una magnifica oferta.

CARMEN

Es inútil que te molestes, ya te he dicho que yo no trabajo en Hamburgo. *(Sentándose también.)*

BRUNO

Gran Dio..., e per che?

CARMEN

Porque no; porque no me gusta aquel público.

BRUNO

Ma si sonno duecenti franchi di piu!

CARMEN

Aunque fueran quinientos. Yo sólo trabajo donde me da la gana. Ya lo sabes.

BRUNO

Lo so..., lo so! So que tu sei una imbecile, ma per fortuna sono qua, tuo marito e si fara quello che io commande.

CARMEN

¡Bruno!

BRUNO

Lo che io commandero! Questa sera prendo il treno e vado a Hamburga. Ni anche una parola. *(Al camarero que se ha acercado.)* Un bok.

CARMEN

(Al camarero.) Yo no quiero nada. *(Vase el camarero al mostrador y vuelve con un bok.)*

CHARITO

(En voz baja.) Parece que hay bronca.

LINA

(En el mismo tono.) ¡Cuándo no es Pascua!

AGUSTÍN

(A Ramiro.) ¿Usted conoce a esa mujer?

RAMIRO

¿A la Goya? Sí.

AGUSTÍN

¿Me quiere usted presentar a ella?

RAMIRO

Con muchísimo gusto. *(Llamando al mozo.)*

AGUSTÍN

Bueno, ¿pero será ahora oportunidad?

RAMIRO

Sí, hombre...

AGUSTÍN

¿No se molestará el marido?

CHARITO

No, hijo; ese tiene el cutis de papel de lija. *(Se acerca el mozo y Ramiro le da una moneda.)*

AGUSTÍN

(Queriendo pagar él.) No, no; permítame usted.

RAMIRO

De ninguna manera.

BRUNO

(En tanto que el camarero cobra; a Carmen.) In due hore partirei per Hamburga, nell treno delle nuove.

CARMEN

Bruno, ¿por qué no me llevas a España?

BRUNO

¡Spagna...! ¡Spagna...! ¡Non mi parli di Spagna! ¡Non vuol niente di Spagna ni anche degli spagnoli!

RAMIRO

(Acercándose con Agustín y dirigiéndose a Carmen.) Carmencita, permítame que le presente a nuestro compatriota el señor marqués de Riansar... Carmen la Goya..., nuestra primera estrella... Su marido el señor Bruno Caracciolo...

BRUNO

(Levantándose y ofreciendo la mano a Agustín.) ¡Signore!

AGUSTÍN

(A Carmen.) No he podido resistir al deseo de conocer personalmente a tan bella compatriota...

BRUNO

Tante grazie, signore, tantisime grazie... Sedete cui *(Ofreciéndole una silla.)* Oh, carissimo... Precisamente Spagna, la vostra gentile Spagna e la mia seconda patria... Io adoro gli spagnuoli como ai mei proprie fratelli.

Charito y Lina se acercan y quedan en pie.

RAMIRO

Mi querido Agustín, le dejo a usted perfectamente instalado y me voy.

AGUSTÍN

¡Cómo!

RAMIRO

¡Sí; me olvidé decirle esta mañana que era sábado, y que los sábados como con mi embajador!

AGUSTÍN

Pero...

RAMIRO

¡Qué quiere usted...! Gajes del oficio... Crea usted que lo siento...

AGUSTÍN

Pero hombre, usted es un infame... Señora..., señoritas..., ¿ustedes ven lo que hace este hombre conmigo? Me deja abandonado en una población que no conozco... Además, a mí me da muchísima pena comer solo... ¿Quieren ustedes hacer el favor de acompañarme?

CHARITO

Con muchísimo gusto, marqués.

LINA

Desde luego.

AGUSTÍN

Y ustedes también. *(A Carmen y Bruno.)*

BRUNO

Oh, carísimo! Non sapete che io sono attormentato con questa cattiva idea della portenza ma o bisogno di partire questa sera per Hamburga.

AGUSTÍN

¿No puede usted aplazar el viaje?

BRUNO

¡Imposibile! Si trata de un affare molto serio e molto delicato. Ma la mia moglie vi fará el piacere della sua grata compagnia.

CARMEN

No, yo no puedo tampoco... Muchas gracias.

BRUNO

Ma perché? Volontieri! Io sono sodisfatto! Sei libera per fare il tuo cómodo.

CARMEN

No, esta noche, no..., me duele mucho la cabeza.

AGUSTIN

¿Me desprecia usted, señora?

CARMEN

No, no es eso...; es que estoy mala.

AGUSTIN

Siendo así... no insisto. *(Suena un timbre dentro.)*

CHARITO

(Levantándose.) Bueno, marqués, entonces...

AGUSTIN

(Volviéndose a ellas.) Lo que ustedes quiera

CHARITO

¿Nos espera usted aquí?

AGUSTIN

¿Se van ustedes?

CHARITO

Nuestro número va en seguida. Es cuestión de media hora.

AGUSTIN

Entonces aquí...

CHARITO

Hasta luego, marqués...

AGUSTIN

Adiós, Charito... Adiós, Lina... Adiós, Ramiro... *(Vanse Charito y Lina por la izquierda; Ramiro por el foro.)*

ESCENA FINAL

AGUSTÍN, CARMEN, BRUNO; luego por el foro, monsieur GUILLAUME.

BRUNO

Sei lei il propietario di questo magnifico *yacht* che ha fondeato ieri nel porto? Non si parla qui di altra cosa: veramente e admirábile.

Suena dentro al piano unas sevillanas con acompañamiento de castañuelas.

AGUSTIN

Sí; es muy bonito.

BRUNO

Pensa lei rimanere qui molti giorni?

AGUSTIN

¿Cómo?

BRUNO

Che si pensa stare qui molti die?

AGUSTIN

¡Ah!, no sé.

Entra M. Guillaume por foro y se dirige al mostrador.

BRUNO

(Levantándose y llamándole.) Monsieur Guillaume... Monsieur Guillaume... *(A Agustín.)* Scusi... c'e il impresario. *(Se dirige hacia él y, cerca del mostrador, quedan ambos hablando en voz baja con ademanes expresivos.)*

AGUSTIN

(A Carmen en voz baja.) ¿Por qué no has querido cenar conmigo?

CARMEN

(En el mismo tono.) Porque yo contigo no ceno más que a solas.

AGUSTIN

Ya comprenderás que no he venido más que a verte. Necesito verte.

CARMEN

Ven mañana a mi cuarto.

AGUSTIN

¿A qué hora?

CARMEN

A la que tú quieras. Toda la tarde estaré sola.

AGUSTIN

¿A las cuatro?

CARMEN

A la que tú quieras. *(Levantando la voz al ver que Bruno vuelve hacia ellos.)* Pues sí, señor marqués, crea usted que este país...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Cuarto de hotel. Al foro gran balcón con el stor corrido. Una puerta a derecha y otra a izquierda. En el ángulo chimenea encendida y delante de ella un sillón. A la derecha una mesa con los cubiertos en desorden como de haber comido en ella. En una de las esquinas, limpia de servicio, una cafetera sobre un infiernillo apagado y dos tazas. Cerca de la mesa dos sillones. Al lado del balcón unos baules y unas cajas de sombrero de señora. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

AGUSTIN, sentado en el sillón de cerca de la chimenea, fuma un cigarro. CARMEN, vestida de bata, delante de la mesita y de espaldas a Agustín, prepara la cafetera. Pausa larga.

CARMEN

(Sin volver la cabeza.) ¿Decididamente te vas?

AGUSTIN

(Sin moverse.) Por mi gusto me habría marchado esta tarde. Pero, ¿quién se embarca con el mar así? Aguardaré a mañana.

CARMEN

¿Y si el tiempo no abonanza?

AGUSTÍN

Me marcharé por tierra.

CARMEN

¿De manera que de todos modos te vas?

AGUSTÍN

De todos modos.

CARMEN

(Volviendo la cabeza.) ¿De veras?

AGUSTÍN

Toma, y tan de veras.

CARMEN

¿A que no?

AGUSTÍN

Mañana lo verás.

CARMEN

(Sigue avanzando hacia él haciendo con gran coquetería signos negativos con la cabeza. Él, sin cambiar de postura y mirándola, hace signos afirmativos. Ella llegando hasta él y poniéndole las manos en los hombros.) ¿Aunque yo te lo rogara?

AGUSTÍN

Aunque me lo pidieras de rodillas.

CARMEN

¿Así? *(Arrodillándose ante él.)*

AGUSTÍN

Levanta.

CARMEN

Mientras no me prometas...

AGUSTÍN

No seas niña; alza. *(Levantándose y levantándola a ella.)*

CARMEN

Tienes razón; no es de rodillas como se piden estas cosas. ¿Pero y si te lo rogara de otro modo? Si te

echara los brazos al cuello y te sujetara así... así... muy fuerte *(Abrazándole.)* ¿qué harías?

AGUSTÍN

Cogería tus manos, las desharía así *(Acompañando la acción a la palabra.)* y te diría: Carmencita mía de mi vida, yo te agradezco mucho lo que por mí haces, tu buena voluntad y tus buenos deseos, pero me voy.

CARMEN

(Retirándose.) ¿De verdad?

AGUSTÍN

(Con firmeza.) De verdad.

CARMEN

(Mirándole de alto a bajo y por fin encogiéndose de hombros.) Bueno, pues... vete.

AGUSTÍN

(Mirando el reloj y volviendo a sentarse.) Aún es temprano. Hasta las nueve no viene tu marido y todavía no he tomado café. Porque supongo que me darás café.

CARMEN

Ahora mismo. ¿Tienes una cerilla?

AGUSTÍN

Toma. *(Dándole una caja.)*

CARMEN

(Se dirige a la mesita y enciende el infiernillo.) Al menos dime por qué te vas.

AGUSTÍN

Porque sí.

CARMEN

¡Pobre razón es esa!

AGUSTÍN

Cualquiera otra que te diese te parecería más dura y más dolorosa.

CARMEN

Ya no. Lo que me duele es tu proceder. Las razones que para ello tengas, ¡qué me importa!

AGUSTÍN

Entonces, ¿para qué quieres saberlas?

CARMEN

Por curiosidad, por interés, por... la verdad, porque no comprendo tu proceder conmigo. Yo estaba aquí tranquila, sin acordarme para nada de ti; bien lo sabe Dios. Vienes, me buscas, me encuentras, pasas la tarde conmigo, amable, cariñoso, enamorado... al parecer y de pronto, sin que ocurra nada, sin motivo alguno que lo justifique, te pones serio, grave, arrugas el ceño y dices: «Me voy...» Ve con Dios si tan mal te encuentras y si verdaderamente tienes ganas de irte, pero antes contéstame siquiera a esta pregunta: Si no me querías, ¿por qué has venido? Si me quieres, ¿por qué te vas?

AGUSTÍN

He venido porque no podía vivir sin ti.

CARMEN

Entonces, ¿por qué te vas?

AGUSTÍN

Porque no puedo vivir contigo.

CARMEN

(Con ironía.) Muy ingenioso.

AGUSTÍN

No, nada de eso. *(Levantándose y avanzando hacia ella.)* Te aseguro que nunca te he hablado con más sinceridad. Me coges en el cuarto de hora de la sinceridad. *(Sentándose en el brazo de uno de los sillones, el más próximo a Carmen.)* Es más; si supiera que no te enfadabas...

CARMEN

¿Qué...?

AGUSTÍN

No, nada; te vas a enfadar.

CARMEN

No me enfado.

AGUSTIN

¿De veras?

CARMEN

Palabra.

AGUSTIN

Bueno, pues te voy a hablar con franqueza. Vas a saber lo que querías. Te lo voy a decir. *(Se sienta en el sillón. Carmen se acomoda en el otro dispuesta a escuchar.)* ¿Te acuerdas cuando nos conocimos? Fué en Málaga; en tu tierra.

CARMEN

(Con tristeza.) ¡Hace ocho años!

AGUSTIN

Justo; en un café cantante. Tú no tenías entonces dos pesetas. Bailabas con las castañuelas prestadas.

CARMEN

Tú en cambio tenías muchísimo dinero.

AGUSTIN

¡Mucho! Acababa de heredar de mi abuela.

CARMEN

Y te lo gastaste todo conmigo.

AGUSTIN

Todo, no...; bastante, nada más.

CARMEN

¿Era eso lo que me querías echar en cara?

AGUSTIN

¡Qué disparate! Al contrario. Aquella fué la época más feliz de mi vida.

CARMEN

Entonces...

AGUSTIN

Ay, Carmencita, Carmencita..., tú no tenías dinero, pero en cambio tenías otras cosas que valían más que todos los tesoros del mundo.

CARMEN

¡Diecisiete años!

AGUSTIN

Y una alegría que no te cabía en el alma.

CARMEN

¡Es verdad!

AGUSTIN

Eras encantadora, deliciosamente encantadora...; toda juventud, toda ingenuidad, toda ternura, toda amor. Te quise como no había querido a ninguna mujer; como no querré ya a ninguna mujer.

CARMEN

¡Agustín!

AGUSTIN

Calla, no me interrumpas; te he dicho que estoy en el cuarto de hora de la sinceridad. Fuí muy feliz contigo; todo lo feliz que puede ser un hombre. Pero aquella felicidad duró muy poco. Reñimos en imbécil; por una tontería.

CARMEN

Tú tuviste la culpa.

AGUSTIN

No, tú.

CARMEN

Tú.

AGUSTIN

Bien; no discutamos; ¡qué más da! Reñimos. Aquella misma tarde cogí el tren y huí. No quería volverte a ver; no quería saber más de ti.

CARMEN

Y tan bien lo cumpliste que ni siquiera te enteraste de que estuve enferma.

AGUSTIN

¿Estuviste enferma? *(Con interés.)*

CARMEN

Creyeron que me moría.

AGUSTIN

(Conmovido.) No supe nada.

CARMEN

Hiciste todo lo posible para no saberlo

AGUSTIN

Y tú todo lo posible por que no lo supiera.

CARMEN

¿Qué iba a hacer yo?

AGUSTIN

Llamarme.

CARMEN

¿Yo? No. Yo soy de las que se mueren, pero no se humillan.

AGUSTIN

Ese orgullo fué el que te perdió.

CARMEN

¿Para qué discutir? Sigue con tu historia.

AGUSTIN

Con la nuestra dirás.

CARMEN

Bien, con la nuestra; sigue.

AGUSTIN

Queda ya muy poco que contar. Cuando me separé de ti me fuí por el mundo. Recorrí medio mundo.

CARMEN

Gastándote el dinero de tu abuela.

AGUSTIN

Justo.

CARMEN

Divirtiéndote mucho.

AGUSTIN

A ratos.

CARMEN

Y olvidado de mí.

AGUSTIN

A veces.

CARMEN

¿Nada más que a veces?

AGUSTIN

Nada más.

CARMEN

Ahora sí que no eres sincero.

AGUSTIN

Te equivocas; más que nunca lo soy. No, no te rías. Te digo la verdad. Yo no te olvidé nunca. Cuando más lejos estabas de mis ojos, más adentro te sentía en mi corazón.

CARMEN

¿Por qué, pues, no me buscaste?

AGUSTIN

No te podía buscar.

CARMEN

¿No te dejó tu orgullo? Y hablas del mío.

AGUSTIN

No, no fué orgullo. Fué algo más hondo, más doloroso y más triste.

CARMEN

¿Qué fué?

AGUSTIN

¿Quieres saberlo?

CARMEN

Sí.

AGUSTIN

Fué... porque saber de ti era saber que me habías sustituído en tu corazón.

CARMEN

(Vivamente.) En mi corazón, no.

AGUSTIN

Peor aún.

CARMEN

¡Y qué iba a hacer!

AGUSTIN

No te recrimino. Pero así fué. Y esto no podía yo perdonártelo. Mi amor por ti era demasiado grande para que yo pudiera fríamente volver a besar unos labios que después que yo besaron otros hombres... Además me desconcertó un poco eso de la Goya... La Goya..., la Goya... Yo no sabía quién era la Goya. Tardé mucho tiempo en enterarme de que mi Carmen y la Goya eran una sola personalidad.

CARMEN

Necesitaba un nombre vistoso..., un nombre de cartel... Carmen Ruiz no decía nada.

AGUSTIN

No, si hiciste bien... Es un nombre bonito, muy español... La Goya... suena bien... ¿Quién te lo puso?

CARMEN

Un pintor valenciano que me quiso muchísimo.

AGUSTIN

¿Más que yo?

CARMEN

¡Mucho más!

AGUSTIN

¡Quiá!

CARMEN

¡Vaya!

AGUSTIN

¿Y tú?

CARMEN

¿Yo? Yo fuí una buena amiga para él.

AGUSTIN

¿Nada más?

CARMEN

Nada más.

AGUSTIN

¿No le quisiste?

CARMEN

No. Yo no he querido en el mundo a nadie más que a ti. Oh, puedes creerme o no creerme, lo que te parezca. Yo no he querido en el mundo a nadie más que a ti. *(Se levanta, se acerca a la mesa y de espaldas a Agustín coge la cafetera y prepara las tazas.)* Y sin embargo, aquel muchacho merecía que le hubieran querido. Valía mucho, mucho. *(Volviéndose a Agustín.)* ¡Mucho más que tú!

AGUSTIN

¿Tenía talento?

CARMEN

¡Pch!

AGUSTIN

¿Era guapo?

CARMEN

¡Pch!

AGUSTIN

¿Rico entonces?

CARMEN

Pobre como las ratas. Cuando pintaba compraba los colores al fiado. Nunca me pudo dar dinero. *(Cambiando de tono.)* Pero tampoco me humilló con él. No halagó jamás mi vanidad con galas y con joyas, pero tampoco hirió nunca mi orgullo de mujer. No me subió como tú hasta las nubes, pero tampoco me dejó caer de pronto para que me rompiera el corazón contra la realidad. Nunca me supo hacer dichosa, pero nunca tampoco me hizo sufrir.

AGUSTIN

Por eso no le amaste.

CARMEN

¿Porque no me hizo sufrir? Es posible.

AGUSTIN

Por eso en cambio te quise tanto yo. *(Levantándose y acercándose a ella.)* Porque eres la mujer a quien debo más alegrías y a quien debo también más sufrimientos; la única que me hizo dichoso y la única que me hizo sufrir; la que me enseñó que sólo cuando verdaderamente se sufre es cuando verdaderamente se ama.

CARMEN

Verdad; yo no supe lo que te quería hasta que me dejaste.

AGUSTIN

Yo no supe lo que te amaba hasta que te perdí.

CARMEN

Agustín... ¡mi Agustín! *(Cogiéndole las manos.)*

AGUSTIN

(Rechazándola dulcemente.) No, ya no..., ya no sufro. Ya me curé.

CARMEN

(Mirándole extrañada.) ¡Qué...!

AGUSTIN

(Indiferente, cogiendo la taza y sentándose de nuevo.) Que ya me curé.

CARMEN

¿Era eso lo que tenías que decirme?

AGUSTIN

He venido precisamente para eso.

CARMEN

¿Para decírmelo?

AGUSTIN

Para curarme. *(Carmen hace un gesto de extrañeza. El se levanta, deja la taza sobre la mesa y se acerca de nuevo a Carmen.)* Oye: cuando lejos de ti me di por primera vez cuenta de que te había perdido para siempre, creí volverme loco; después, pasado el primer arrebato, creí que me moría; después, más tranquilo, soñé con olvidarte. Las tres veces me equivoqué. Ni enloquecí, ni me morí, ni te olvidé. Fuí por el mundo de tumbo en tumbo y de caída en caída siempre con tu recuerdo por delante, cada vez más tenaz. Para aturdirme gasté el dinero a manos llenas, en el juego, en negocios, en mujeres... El juego, aunque te parezca extraño, nunca se me dió mal. Los negocios, quizá porque nunca lograron interesarme, la mayoría me salieron bien. Las mujeres... ¡oh! las mujeres... Siempre que salía de los brazos de una, salía diciendo: ¡Ah, mi Carmen, mi Carmen...! Como mi Carmen ninguna. Esta idea, apoderándose poco a poco de mi, llegó a obsesionarme de tal modo, que la vida se me hizo imposible. Yo no pensaba más que en ti..., yo no soñaba más que contigo; yo no vivía más que para

ti... No tienes idea de los disparates que hice para olvidarte... Con la fiebre de un anticuario que persigue una pieza que le falta en su colección recorrí el mundo buscando mujeres, mujeres y mujeres... Encontré muchas, pero entre tantas no encontré la mía, mi nena de diecisiete años, toda alegría, toda juventud, toda ingenuidad, toda ternura, toda amor. Y un día en que desesperado y loco ya me veía a dos pasos del alcohol, de la morfina o del revólver, caí de pronto en la cuenta de que mi enfermedad tenía remedio y de que el remedio estaba en mi mano. No eras tú a quien yo amaba; era a tu recuerdo; era a un ideal que yo me había forjado con recuerdos de ti, de tus ojos, de tus labios, de tu gracia, de tu alegría, de tu juventud... Para romper un ideal—pensé—no hay más que tenerle un momento en las manos. Vamos, pues, me dije, a romper mi ideal. *(Carmen ha escuchado el relato al principio fingiendo indiferencia mientras toma la taza de café; interesándose luego poco a poco hasta llegar a conmoverse. El continúa tratando de dar a sus palabras una frivolidad que está muy lejos de sentir.)* Al principio, ¿por qué negarlo?, tuve miedo; miedo de equivocarme una vez más; miedo de que fueras todavía como yo te soñaba. ¡Con qué miedo vine aquí! ¡Con qué miedo fuí al teatro! ¡Con qué miedo me senté en la butaca! ¡Con qué miedo esperé que las cortinas del telón se abriesen y aparecieras tú! Apareciste y me quedé tranquilo. Eras como mi razón me decía que tenías que ser. Más mujer, más hermosa, más distinguida, más elegante, más artista, ¡infinitamente más artista!, pero... pero no eras

mi nena..., no eras mi Carmen..., eras..., ¿cómo te diré yo?, eras la Goya.

CARMEN

(Sonriendo amargamente.) ¡Se rompió el ideal!

AGUSTIN

Se rompió en parte. Pero yo necesitaba romperle del todo, destrozarle, pulverizarle...

CARMEN

¿Y qué hiciste?

AGUSTIN

Me fui del salón al bar. Allí por unas botellas de Champagne, unos labios piadosos me dijeron todo lo que necesitaba saber.

CARMEN

¿Qué te dijeron? *(Levantándose.)*

AGUSTIN

Lo bastante para que se rompiese el ideal.

CARMEN

¡Agustín!

AGUSTIN

(Acercándose a ella y bajando la voz.) Todo..., todo..., tu vida de España... de tablado en tablado...

CARMEN

¡Oh! *(Volviendo la cara avergonzada.)*

AGUSTIN

Tu vida en París de cabaret en cabaret y de Music-Hall en Music-Hall...

CARMEN

¡Calla!

AGUSTIN

Tu vida por Europa.

CARMEN

¡Qué infamias te habrán dicho!

AGUSTIN

¡Muchas!

CARMEN

¿Y las creiste?

AGUSTIN

Unas sí y otras no... Por último, supe tu matrimonio con ese bandido, con ese miserable...

CARMEN

¡Agustín!

AGUSTIN

¡Con ese villano!

CARMEN

Agustín... es mi marido...

AGUSTIN

Es un villano. El hombre que explota a una mujer es un villano, sea su hermano o su padre, su amante o su marido. La villanía no reconoce parentescos.

CARMEN

No, Agustín, no, te han engañado.

AGUSTÍN

No le defiendas. ¡Es un miserable!

CARMEN

¡Agustín! *(Suplicando.)*

AGUSTÍN

Es lo único que no te perdono. ¿Cómo es posible que hayas caído tan bajo que quieras a ese hombre? *(Carmen se deja caer en el sillón.)* Cómo es posible, ¿di? Porque tú le quieres.

CARMEN

(Moviendo la cabeza negativamente.) No.

AGUSTÍN

(Extrañado.) ¡Cómo...!, ¿no le quieres...? Entonces, ¿por qué te casaste con él?

CARMEN

No lo sé.

AGUSTÍN

¿Por pasión? No. ¿Por conveniencia? Tampoco. ¿Por capricho...?

CARMEN

Déjame por Dios..., déjame. No me preguntes nada. *(Tapándose la cara con las manos.)*

AGUSTÍN

Es curioso. *(La contempla unos instantes y se pone a pasear con las manos en los bolsillos. Deteniéndose*

dose de pronto ante ella.) En fin; ya ves si hice bien en venir aquí. No podía vivir sin ti y ya puedo. Tenía un recuerdo que me abrumaba y le he arrojado lejos; un ideal que entorpecía mis pasos y lo he roto. Gracias a ti voy a vivir de nuevo. No dirás que no te he hablado con franqueza, que no he satisfecho plenamente tu curiosidad. Ya sabes por qué vine y por qué me voy. Vine porque no podia vivir sin ti. Me voy porque no puedo vivir contigo. *(Ella sigue con los ojos tapados con las manos. El la mira un momento, coge el gabán que está sobre una silla y vuelve al lado de ella.)* Adiós, Carmen... Confío en que ésta será nuestra última conversación... Seguramente no nos volveremos a ver más. Perdóname si alguna vez, sin querer o a sabiendas, he podido causarte un momento de dolor. Perdóname si algo he dicho que ha podido ofenderte. ¿Me perdonas?

CARMEN

Sí. *(Sin levantar la cabeza.)*

AGUSTÍN

¿No me guardas rencor?

CARMEN

(Encogiéndose de hombros.) ¿Por qué?

AGUSTÍN

Adiós, Carmen *(Tendiéndole la mano. Ella, sin mirarle, le tiende la suya. El la estrecha fuertemente muy emocionado.)* Adiós, adiós... *(Atraviesa la escena hacia la izquierda sin volver la cabeza.)*

CARMEN

(Levanta la suya y le sigue ansiosamente con la mirada. Cuando Agustín va a llegar a la puerta se pone bruscamente de pie y grita:) ¡Agustín!

AGUSTÍN

(Se estremece, se detiene en seco y gira en redondo.) ¿Qué?

CARMEN

Nada..., nada... *(Cae otra vez en el sillón, llorando.)*

AGUSTÍN

(Vacila un momento y luego se acerca a ella.) Carmen..., Carmen..., mi Carmen. *(Ella sigue llorando. El rodeándola el cuerpo con el brazo, con gran ternura.)* ¿Por qué lloras?

CARMEN

Por nada..., déjame. *(Llorando.)*

AGUSTÍN

(Quitándole las manos de la cara.) No quiero..., no quiero que me llores... No me llores tú... *(Inclinándose sobre ella hasta arrodillarse.)* Todo lo que he dicho es mentira..., todo ha sido mentira..., no me hagas caso... Es que estoy loco... ¡Si es que me tienes loco!

CARMEN

No, Agustín; has dicho la verdad.

AGUSTÍN

No era yo quien hablaba. Eran mi rabia y mi dolor. *(Levantándose.)*

CARMEN

Era la verdad. Ya no soy tu Carmen.

AGUSTÍN

Sí, lo eres; lo serás siempre que tú quieras.

CARMEN

No, ya no. Se rompió el ideal.

AGUSTÍN

¿Por qué lo rompiste?

CARMEN

¡Por qué lo dejaste tú romper!

AGUSTÍN

Porque era la única manera de olvidarte. Yo no podía vivir sin ti.

CARMEN

Ni yo tampoco. *(Levantándose.)*

AGUSTÍN

¿Qué dices?

CARMEN

Que yo no podía vivir sin ti. Tu recuerdo me ahogaba, me mataba. Y como tú quise aturdirme. Y como tú quise olvidar.

AGUSTÍN

¿Fué por eso?

CARMEN

Sólo por eso; nada más que por eso. Yo me veía lejos de ti, despreciada, odiada. Sabía que jamás, jamás volvería a ser tuya, que nunca más me vería en tus brazos. ¡Qué me importaba, pues, el mundo! ¡Qué me importaba ya nada! Sin ti mi vida no tenía ya

más que un objetivo: divertirme, aturdirme..., olvidar, olvidar...

AGUSTÍN

¡Pobre Carmen mía! *(Abrazándola.)*

CARMEN

Pero fuí en mi locura demasiado lejos. Ya no soy digna de ti.

AGUSTÍN

¡Siempre!

CARMEN

No, ya no. *(Llorando.)* Soy muy mala. He sido muy mala.

AGUSTÍN

Ese recuerdo lo borrarán mis besos.

CARMEN

No basta.

AGUSTÍN

Sí, tú lo verás. Te arrancaré de aquí. Te llevaré de nuevo a España, a nuestra tierra, bajo nuestro sol. Dejarás de ser la Goya y volverás a ser mi Carmen.

CARMEN

¡Ya no es posible!

AGUSTÍN

Ahí enfrente *(Señalando el balcón.)* tengo anclado el *yacht*. El tiempo es crudo, pero ¡qué importa!, ven. *(Cogiéndole las manos.)*

CARMEN

(Desprendiéndose.) No.

AGUSTÍN

(Insistiendo.) Ven.

CARMEN

(Con energía.) No.

AGUSTÍN

(Extrañado.) ¿No quieres?

CARMEN

No.

AGUSTÍN

¿Por qué?

CARMEN

Es tarde ya.

AGUSTÍN

Nunca es tarde para el amor.

CARMEN

Para el nuestro, sí. Hemos vivido demasiado de prisa.

AGUSTÍN

Pero si te adoro más que nunca.

CARMEN

En este momento, ¿pero y mañana? Cuando pase este arrebato y me mires fríamente y leas en mis ojos todas las historias de mi vida, ¿qué pensarás de mí?

AGUSTÍN

Que has sufrido mucho.

CARMEN

¿No pensarás que fuí muy mala?

AGUSTÍN

No.

CARMEN

¿No recordarás lo que ayer te dijeron?

AGUSTÍN

Infamias..., calumnias.

CARMEN

No, no son infamias, no son calumnias... Todo es verdad. He rodado en España de tablado en tablado. He recorrido en París todos los cabarets, todos los *Music Halls*...

AGUSTÍN

¡Calla!

CARMEN

He caído en los sitios más bajos de las cortes de Europa.

AGUSTÍN

Yo te lo perdono todo, porque fué por mi amor.

CARMEN

Si me perdonas es que no me quieres. Si me quieres de veras no me perdonarás.

AGUSTÍN

Yo te lo perdono todo, porque fué por mi amor. Ven, vámonos de aquí..., ahora mismo, así, conforme estás... Mi barco sólo espera una orden para salir... Iremos donde quieras, adonde tú quieras... Vámonos, ven, ven... *(Intentando arrastrarla.)*

CARMEN

(Desprendiéndose.) No.

AGUSTÍN

Pero ¿por qué...? ¿Por qué no quieres?

CARMEN

Porque no puede ser. Tú mismo lo has dicho. Los ideales cuando se rompen no se componen más. El nuestro se rompió. Tú no me puedes volver a querer.

AGUSTÍN

¡Siempre!

CARMEN

No. Tú no puedes volver a besar unos labios que después que tú besaron otros hombres.

AGUSTÍN

¡Carmen!

CARMEN

Tú eres de los que no perdonan. Yo soy de las que no se humillan... Sería una vida horrible de celos, de torturas, de reproches... No, no, no..., ¡no!

AGUSTÍN

¡Pero si te quiero más que nunca!

CARMEN

¡Y yo a ti!

AGUSTÍN

Entonces...

CARMEN

¿Tú serías capaz de borrar el pasado?

AGUSTÍN

Sí.

CARMEN

¿Todo?

AGUSTÍN

¡Todo!

CARMEN

Ven mañana por mí.

AGUSTÍN

¿Por qué mañana? Ahora.

CARMEN

Ahora, no.

AGUSTÍN

¿Por qué?

CARMEN

Mañana. Dejemos pasar este arrebato, esta ráfaga de locura. Tú no eres en este momento dueño de ti. Hablas por impresión... Vete, vete ahora... Piensa fríamente en nuestra situación..., en la tuya, en la mía..., piensa en lo que yo soy..., en lo que yo he sido..., en lo mala que he sido..., piensa en todo lo que te han dicho de mí, y si después de pensarlo, mañana, fríamente, vienes a buscarme, yo me voy contigo.

AGUSTÍN

Hasta mañana. *(Tendiéndole la mano.)*

CARMEN

Mañana no vendrás.

AGUSTÍN

Hasta mañana. *(Recoge el gabán y el sombrero y vase por izquierda. Carmen se dirige al balcón, descorre el stor y por detrás de los cristales queda largo rato despidiendo a Agustín.)*

ESCENA II

CARMEN, CHARITO

CHARITO

(Por izquierda. Mira a todas partes un poco asombrada al no ver a nadie y llega hasta el centro de la escena.) Carmen...

CARMEN

(Saliendo del balcón.) ¿Qué?

CHARITO

¡Ah!, ¿estabas ahí? No te había visto. Mira, Carmencilla, perdóname que me venga a tu cuarto, pero en el mío hace un frío horrible. Estoy muertecita, muertecita. *(Acercándose a la chimenea.)*

CARMEN

¿No tienes calefacción?

CHARITO

(Sentándose en el sillón.) Sí, un chubeski, maldito sea el chubeski y quien lo inventó. Yo no he acabado todavía de entender ese chisme. ¿Echas poco carbón?, te hielas; ¿echas mucho y cierras la llave?, te atufas; ¿la dejas abierta?, te achicharras y además te arruinas... ¡Qué poblacioncita ésta...! ¡Sevilla de mi alma! ¡Ay Carmencilla, y qué fatigas hay que pasar para ganar dinero...!

CARMEN

¿No trabajas esta noche?

CHARITO

Trabajé esta tarde. Vengo ahora de allí. Oye, y a propósito: ¿es verdad lo que me han dicho?

CARMEN

¿Qué...?

CHARITO

Que no prorrogas el contrato.

CARMEN

No quiere Bruno.

CHARITO

¿De modo que es verdad? ¿Te vas a Hamburgo?

CARMEN

Probablemente.

CHARITO

Pues, mira, mujer, lo siento; de verdad que lo siento.

CARMEN

Yo también. Estaba aquí muy a gusto.

CHARITO

Entonces no te vayas.

CARMEN

No tengo más remedio. Se le ha metido a ese en la cabeza. Ya sabes lo que es.

CHARITO

¡Sí que te ha caído un maridito en suerte...! ¿Pero cómo es posible que te hayas casado con ese hombre...? ¿Qué locura te dió?

CARMEN

Eso, locura.

CHARITO

No lo comprendo.

CARMEN

Trabajaba yo en París, en la Scala. Me escribieron una pantomima. *Noche de amor*...; me la escribió Copée..., François Copée...; una preciosidad... Para la obra era necesario un hombre... Bruno estaba entonces de mimo en *Moulin Rouge*..., le contrataron...

CHARITO

Y a ti que siempre te han gustado los mimos...

CARMEN

Cometí la tontería de enamorarme de él y nos casamos. Bueno, él trabajaba de una manera admirable..., no hay que negárselo.

CHARITO

Ah, ¿sí? No sabía... Yo no le he visto nunca trabajar.

CARMEN

No, si dejó de trabajar en cuanto se casó. Para eso se casó.

CHARITO

¡Qué tío!

CARMEN

¡Oh, y si fuera sólo eso!

CHARITO

Sí; ya lo sé.

CARMEN

Es un animal; no tienes idea de nada más bruto.

CHARITO

Hija, yo lo que no me explico es cómo vives con él. o me habría separado ya.

CARMEN

No puedo.

CHARITO

No sé cómo tienes paciencia.

CARMEN

No es paciencia.

CHARITO

¿Qué es?

CARMEN

¿Quieres que te lo diga? Es... miedo.

CHARITO

¡Cómo!

CARMEN

Ese tío me mata en cuanto yo me separe de él.

CHARITO

¡Mujer!

CARMEN

No te quepa la menor duda... Me mata. Yo no muero de muerte natural.

CHARITO

¡Qué cosas tienes!

CARMEN

¡Si no puede ser otra cosa...! El es muy bruto... Yo soy muy fiera... Un día vendrá el disgusto..., tiene que venir... Y ese día o él me corta a mí el cuello o se lo corto yo a él.

CHARITO

¡Mujer!

CARMEN

¡Por éstas! *(Haciendo una cruz con los dedos y besándola.)*

ESCENA III

DICHAS, BRUNO, por la izquierda, con el cuello del gabán subido y un maletín de viaje que deja sobre la mesa.

CHARITO

Buenas noches, señor Caracciolo.

BRUNO

(Secamente.) Buona sera. *(Se quita el gabán y lo tira sobre una silla. Luego se acerca a la chimenea sin quitarse el sombrero y se calienta las manos.)*

CHARITO

Hace frío, ¿eh?

BRUNO

¡Assai!

CHARITO

Siéntese usted aquí. *(Levantándose y ofreciéndole el sillón.)*

BRUNO

Sto bene.

CHARITO

No, si yo me voy.

BRUNO

¿Parte lei?

CHARITO

Sí, hijo, sí; aunque no sea más que por no verle a usted la cara. Camará y qué carita se ha traído usted de Hamburgo... ¿No se han dado bien los negocios?

BRUNO

¿Vi importa?

CHARITO

¡Qué galante y qué fino es ustad! Parece usted un cepillo.

BRUNO

¡Bah! *(Con un gesto de desprecio.)*

CHARITO

(Medio mutis.) Adiós, hijo..., y que usted se mejore... Y otra vez que vaya de viaje cómprese un librito de urbanidad. En España cuestan dos perras gordas... ¡Camará con el tío! *(Vase por izquierda.)*

ESCENA IV

CARMEN, BRUNO

BRUNO

(Se dirige a la puerta por donde acaba de salir Charito, la cierra con pestillo y vuelve al centro de la escena.) Maledetto viaggio...! Tuto e fracasato! E imposibile per ora la tua scrittura colla impresa di Hamburga.

CARMEN

Me alegro.

BRUNO

(Remedándola.) Mi allegro...! Tu sempre ti allegri di tutto quello che mi dispiace a me. Per Bacco, che il tuo desiderio e sodisfatto! Serai contenta...! Allegra...! Abbiamo fatto un bellisimo affare...! Duecenti franchi che si vanno via... E poi il danaro del viaggio.

CARMEN

Tú has tenido la culpa.

BRUNO

Bene, non parliamo... *(Se dirige hacia la mesa.)* Con quale persona hai pranzato?

CARMEN

Con quien he querido.

BRUNO

Lo dico perche vedo in tavola servizio per due.

CARMEN

Con Charito.

BRUNO

E sicuramente sarai tu chi avra pagato? Sempre lo stesso...! Sempre facendo la gran signora...! Cosi non si puo vivere... Non si puo vivere cosi. *(Dando un puñetazo sobre la mesa. Después abre el maletín, saca de él una salchicha, coge un pedazo de pan de los que quedaron sobre la mesa, se llena una copa de vino, saca del bolsillo una pequeña navaja de muelles, la abre, se sienta y se pone a comer. Carmen se sienta en el sillón de la chimenea. Pausa. Él, volviendo la cabeza.)* Va via subito a vestirti.

CARMEN

¿Para qué?

BRUNO

Per andare in teatro.

CARMEN

¿A qué?

BRUNO

Per ché? Se capisce carissima mía. Per combinare qualche cosa coll impresario. Per che ti scritture di nuovo.

CARMEN

Ah, no.

BRUNO

Eh?

CARMEN

Yo no trabajo más aquí.

BRUNO

(Levantándose.) ¿Come?

CARMEN

Mira, Bruno; cuando ayer se te metió en la cabeza que nos marcháramos a Hamburgo te lo dije bien claro: déjate de tonterías y quedémonos aquí; aquí estamos bien; la Empresa es formal, el negocio seguro, el público me quiere... A pesar de todo te empeñaste... me obligaste a reñir con el empresario... Y quieres que después de aquella escena desagradable,

violentísima, vaya yo ahora a humillarme y a pedir... No, hijo, no.

BRUNO

¡Bah! ¡Questo non ha nessuna importanza!

CARMEN

No te importará a ti. A mí sí.

BRUNO

¡Bah!

CARMEN

¿Pero tú crees que yo no tengo dignidad?

BRUNO

La dignitá? Ma che cosa credi tu che c'e la dignitá? In materia di affari e una cosa stupida la dignitá.

CARMEN

Sí, sobre todo para ti. Ya lo sé.

BRUNO

Bene... bene... lasciame in pace... Va via e vestirti... mi fai il piacere.

CARMEN

Te he dicho que no.

BRUNO

¡Carmen! *(Dando un puñetazo sobre la mesa.)*

CARMEN

Es inútil que te alteres ni que des voces; te he dicho que no voy.

BRUNO

(Violento, avanzando hacia ella.) Ma per ché, per ché...?

CARMEN

Porque yo no me pongo en ridículo, ¡ea!, ya lo sabes. Después de planteada la cuestión en los términos en que ayer lo hiciste, yo no puedo ahora ir a transigir...; se burlaría todo el mundo de mí..., empezando por el público..., por mis compañeras..., por la misma Empresa...

BRUNO

Allora che pretendi tú? Ti pare bene che rimaniamo cosi aspetando il mana un giorno e altro giorno...? Per forza tu sei pazza, tu sei matta, tu sei imbecile...! *(Cruzándose de brazos.)* E una situazione

deliziosa la nostra...! Per Cristo... che fra poco la miseria, la rovina sará con noi...! Bella cosa...! Abbiamo la festa in pace... Non mi provochi, non mi disturbi... e va, va a vestirti per l'última volta.

CARMEN

Te he dicho que no. *(Con mucha calma. Pausa.)*

BRUNO

(Acercándose a ella.) Vado a vestirmi. Hay capito? Vado a vestirmi. Ti prego di fare lo proprio. *(Vase derecha. Carmen se levanta, se dirige a la mesa, llena una copa de agua y bebe. De pronto ve la navaja que Bruno dejó sobre la mesa, la coge, la cierra y se la guarda en el pecho. Desde dentro.)* Carmen! *(Carmen calla. Él, más alto.)* Carmen!

CARMEN

Qué.

BRUNO

Ti vesti?

CARMEN

No. *(Nueva pausa. Carmen se dirige al balcón, lo abre y se recuesta sobre la barandilla. Está nevando.)*

BRUNO

(Saliendo en camiseta.) Carmen! *(Carmen se vuelve. Él, avanzando hacia el centro de la habitación.)* Ma io ti domando che cosa ti hai proposto...! *(Carmen calla.)* Chiude il balcone. *(Carmen no se mueve. Él, avanzando.)* Hai sentito? Chiude il balcone...! *(Carmen retrocede hasta la barandilla. Él, avanzando hasta el dintel.)* Fuori di la...! Fuori ti dico...! Per la madonna io ti giuro che ti recordarai da me. Qui dentro... O ditto che qui!

CARMEN

¡No quiero!

BRUNO

Ah, mala donna! *(Alzando la mano para pegarla.)*

CARMEN

(Aferrándose a la barandilla.) ¡No me toques que grito...! ¡No me toques, Bruno, no me toques!

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

Una habitación del piso bajo en casa de Ramiro Sandoval. En el foro, una puerta y dos ventanas cerradas. Dos puertas a derecha. A la izquierda gran chimenea encendida, y cerca de ella un gran sillón de gutapercha. En el ángulo del mismo lado, una mesa de despacho. Sobre la mesa una pequeña lámpara encendida. En el centro de la habitación, aparato eléctrico encendido también. El conjunto de los muebles, severo y sombrío.

ESCENA PRIMERA

RAMIRO sentado ante la mesa escribiendo. LUIS en cuclillas ante la chimenea atizándola. Se oye fuera bramar el viento.

RAMIRO

(Después de una pausa.) ¡Qué noche!

LUIS

Tremenda, señor. Creo que es la peor de todo el invierno.

RAMIRO

¿Sigue nevando?

LUIS

De una manera horrible.

RAMIRO

¿Qué hora es?

LUIS

Van a dar las diez. *(Levantándose.)*

RAMIRO

Mucho tarda el marqués. Me dijo que vendría temprano.

LUIS

¿Quiere el señor el café?

RAMIRO

Sí. *(Luis vase por primera derecha y vuelve a poco con un servicio de café que deja sobre la mesa. Suenan en la puerta dos golpes.)* Abra usted. Debe ser el marqués.

LUIS

(Se dirige a foro y abre la puerta.) Sí, el señor marqués.

ESCENA II

DICHOS y AGUSTIN

AGUSTIN

(Entrando con el gabán y el sombrero lleno de nieve.) ¡Qué barbaridad...! ¡qué noche!

RAMIRO

(Levantándose.) Horrible, ¿eh?

AGUSTÍN

Vea usted. *(Mostrando el gabán y el sombrero. Se los quita y los deja sobre una silla. Luego se dirige a la chimenea y de espaldas a ella se calienta las manos.)* Vengo helado.

LUIS

¿Desean algo más los señores?

RAMIRO

No, nada. *(Vase Luis segunda derecha.)*

AGUSTÍN

Yo le hacía a usted en el teatro.

RAMIRO

Sí, pensaba ir...; pero cené aquí, en casa; me dió pereza... Además tenía interés en verle a usted.

AGUSTÍN

¿Para qué?

RAMIRO

Hombre, para saber si definitivamente se marchaba usted mañana.

AGUSTÍN

Sí, me voy.

RAMIRO

¿A qué hora?

AGUSTÍN

En el primer tren. A las seis.

RAMIRO

No quería saber más que eso.

AGUSTIN

Supongo que no pensará usted hacer la tontería de ir a despedirme.

RAMIRO

No faltaba más.

AGUSTÍN

¡De ninguna manera! ¡Pues está bueno el tiempo para levantarse a las cinco de la mañana!

RAMIRO

Yo estoy acostumbrado.

AGUSTIN

No, no, de ningún modo. La amistad no debe llegar hasta la pulmonía. Nos despedimos ahora y aquí. *(Avanzando hasta Ramiro y estrechándole las manos.)* Querido Ramiro, conste que agradecidísimo a las atenciones que ha tenido usted conmigo.

RAMIRO

¡Por Dios! Yo lo que siento es el poco tiempo que ha estado usted aquí. Se va usted sin ver nada. ¿Por qué no se queda siquiera un par de días más?

AGUSTIN

No puedo; créame usted, Ramiro, no me atrevo... Precisamente me marcho en el primer tren porque si me quedara aquí todo el día, es posible que hiciera un disparate.

RAMIRO

Siendo así no insisto... Perdone usted, se me está enfriando el café. ¿Usted quiere? *(Dirigiéndose a la mesa y cogiendo una taza.)*

AGUSTIN

No, gracias. *(Vuelve a la chimenea.)*

RAMIRO

De veras. ¿Quiere usted café?

AGUSTÍN

Ca, de ninguna manera. Estoy yo bueno para café. Tengo los nervios como una pila eléctrica.

He pasado un día de prueba, Ramiro. He sufrido mucho.

RAMIRO

¿Pero tanto quiere usted a esa mujer? *(Sentándose.)*

AGUSTIN

No he querido en el mundo más que a ella. Figúrese usted lo que sufriré cuando veo que la he perdido para siempre.

RAMIRO

Sí, es muy doloroso.

AGUSTIN

No tiene usted idea. Pero en fin, ¡qué se le va a hacer! ¡Paciencia!

RAMIRO

¿De modo que definitivamente puede considerarse todo terminado?

AGUSTÍN

Completamente terminado. No hay otra solución. ¿Cómo voy yo a volver con esa mujer?

RAMIRO

Verdaderamente.

AGUSTIN

¡Cómo ha caído...! ¡Cómo se ha hundido! ¡Parece mentira...! Si la hubiera usted visto cuando yo la conocí... qué ingenua, qué buena, qué sencilla... ¡qué encanto!

RAMIRO

Pues ahora...

AGUSTÍN

Sí, ya lo sé.

RAMIRO

No, no lo sabe usted. ¡Si usted supiera! *(Levantándose y acercándose a Agustín.)* Yo no he querido decir nada hasta ahora porque le veía a usted muy ilusionado y, la verdad, me daba muchísima pena romperle a usted de un golpe toda su ilusión. Pero ahora que está usted en frío, en el terreno firme de los hombres fuertes, ahora que entiendo que el más grande favor que puedo hacerle es decirle a usted la verdad, se la digo. No tiene usted idea de lo que es esa mujer. Está completamente hundida. Un hombre honrado no puede hablar con ella. No se la puede dar la mano sin ruborizarse... Perdóneme que le hable así.

AGUSTÍN

Al contrario; se lo agradezco a usted. Es más, ya lo sabía. Por eso me voy.

RAMIRO

Hace usted bien.

AGUSTIN

Esta tarde tuve un momento de vacilación... Fuí débil... pero ya no... No, no puede ser. Va en ello mi porvenir, mi dignidad, mi honor... Yo no puedo descender a eso... ¡Jamás, jamás...!

RAMIRO

Es usted un hombre de voluntad.

AGUSTIN

Sí, ¿pero a costa de qué? Estoy completamente destrozado. *(Sentándose en el sillón de gutapercha. Pausa. Se oye fuera bramar el viento y se abre una de las ventanas del foro con gran estrépito. Él, levantando la cabeza.)* ¿Qué es eso?

RAMIRO

Nada..., el viento..., que no han cerrado bien las ventanas. *(Se dirige al foro y las cierra.)*

AGUSTIN

Estoy como un niño. Todo me asusta.

RAMIRO

Está usted muy nervioso.

AGUSTIN

¡Oh...!, estoy imposible. *(Levantándose.)* Vaya, me voy a acostar... ¿Quiere usted algo?

RAMIRO

Nada... feliz viaje. *(Estrechándole las manos.)*

AGUSTIN

Adiós, Ramiro, y repito las gracias... Y que nos veamos pronto en Madrid.

RAMIRO

Pienso ir muy pronto.

AGUSTIN

Sí, ¿cuándo?

RAMIRO

No sé...; muy pronto.

AGUSTÍN

¿Me avisará usted?

RAMIRO

¿Cómo no?

AGUSTÍN

Vaya, adiós.

RAMIRO

Adiós, que usted descanse.

AGUSTÍN

¿Usted no se acuesta?

RAMIRO

En seguida. El tiempo que tarde en escribir unas cartas.

AGUSTIN

Adiós, buenas noches.

RAMIRO

Buenas noches. *(Vase Agustín por segunda derecha.)*

ESCENA III

RAMIRO se sienta de nuevo ante la mesa y toca un timbre. Entra LUIS; después, RICHARD.

LUIS

(Por primera derecha.) ¿Llamaba el señor?

RAMIRO

¿Se acostó Richard?

LUIS

No, señor.

RAMIRO

Dígale que venga. *(Vase Luis. Pausa. Entra Richard.)* Richard, el señor marqués se marcha a las seis de la mañana. Le llevará usted en el automóvil.

RICHARD

Bien, señor...

RAMIRO

Sería conveniente que lo dejara usted preparado antes de acostarse.

RICHARD

Está preparado y limpio, señor. Lo limpié esta tarde. No habrá más que reponer el depósito, y eso es cuestión de un momento.

RAMIRO

De todos modos sería preferible que lo hiciera usted ahora.

RICHARD

Lo que el señor ordene.

RAMIRO

Ahora. *(Richard medio mutis.)* ¿Quiere usted hacer el favor de apagar esa luz?

(Richard apaga la luz. La habitación queda en la sombra sin más claridad que la de la lámpara de la mesa.)

RICHARD

¿Desea algo más el señor?

RAMIRO

Nada. *(Vase Richard. Ramiro se pone a escribir. Pausa.)*

ESCENA IV

RAMIRO y AGUSTÍN

AGUSTÍN

(Asomando por segunda derecha.) ¿Me llamaba usted?

RAMIRO

(Levantando la cabeza.) No.

AGUSTÍN

Usted perdone..., hubiera jurado...

RAMIRO

Estaba hablando con el *chauffeur*. Le decía que preparase ahora mismo el automóvil para que le tuviera usted mañana dispuesto...

AGUSTIN

Ah, muchas gracias... ¿Pero no me había usted llamado?

RAMIRO

No. ¿Para qué?

AGUSTIN

Usted perdone. *(Vase. Ramiro vuelve a escribir. Pausa larga. Volviendo a salir.)* ¿Qué quería usted?

RAMIRO

¿Yo...? Nada.

AGUSTÍN

¿Tampoco me ha llamado usted ahora?

RAMIRO

Tampoco.

AGUSTÍN

¡Qué cosa más rara! Es verdaderamente extraordinario.

RAMIRO

¿Qué?

AGUSTÍN

Nada, que entro en la habitación, voy a quitarme la americana para desnudarme y oigo perfectamente, claramente, dos golpes y mi nombre... Pum, pum... ¡Agustín! Creí que me llamaba usted.

RAMIRO

No.

AGUSTIN

Pero lo extraordinario no es eso. *(Avanzando hasta la mesa.)* Lo extraordinario es que vuelvo a entrar en la habitación, no hago más que acercarme a la cama y oigo de nuevo los golpes, esta vez más cerca. *(Dando con los nudillos dos golpes sobre la mesa.)* ¡Agustín!

RAMIRO

¡Sí que es raro!

AGUSTIN

Alguna alucinación. Ya le he dicho a usted que estoy muy nervioso.

RAMIRO

Bah..., eso no es nada... Tranquilícese usted y acuéstese...

AGUSTIN

No, no..., si entrara en mi cuarto estoy seguro de que volvería a repetirse lo mismo y me volvería loco... Voy a estar aquí un rato si usted me lo permite... A ver si me distraigo...

RAMIRO

Sí, hombre, con muchísimo gusto...

AGUSTÍN

Siga usted, siga usted con sus cosas... No se preocupe usted de mí... *(Sentándose en el sillón de gutapercha.)*

RAMIRO

¡Qué cosa más rara! Dice usted que..., ¿no habrá sido el viento?

AGUSTÍN

El ruido, es posible...; pero, ¿y mi nombre?

RAMIRO

(Levantándose.) ¿Usted está seguro de haber oído su nombre?

AGUSTÍN

Perfectamente, claramente... *(Levantándose y avanzando hacia la mesa.)* como le estoy oyendo a usted. Ha sido así... *(Dando dos golpes fuertes con los nudillos sobre la mesa.)* ¡Agustín!

(Suenan tras la puerta del foro dos golpes secos y se oye una voz: ¡Agustín! Los dos hombres se estremecen.)

CARMEN

(Tras puerta foro.) Abre, Agustín..., soy yo. *(Ramiro da luz y abre la puerta.)*

ESCENA FINAL

DICHOS, CARMEN; luego RICHARD. Carmen destocada, con el pelo lleno de nieve, envuelta en una capa, desencajada, pálida, nerviosa.

AGUSTÍN

(Acercándose a ella.) Cómo... ¿tú...? ¿A estas horas?

RAMIRO

¿Qué es eso...? ¿Qué le pasa a usted?

CARMEN

Acabo de matar a mi marido.

AGUSTÍN

¡Carmen!

RAMIRO

Pero...

CARMEN

Tenía que ser..., no podía suceder otra cosa.

AGUSTÍN

Pero, ¿qué ha pasado?

CARMEN

Ya te lo contaré. No me preguntes nada.

RAMIRO

Pase usted, señora..., descanse usted..., tranquilícese usted.

CARMEN

No, no, no... Vámonos, Agustín, vámonos... Sácame de aquí... *(Abrazándose a él.)*

AGUSTÍN

Cálmate..., ten calma...

CARMEN

Agustín, ¡por Dios...! Vámonos... Llévame lejos, lejos, donde no me cojan, donde no sea más que tuya, tuya..., ¡toda mi vida tuya!

AGUSTÍN

Ramiro, ¿decía usted que estaba preparando el automóvil? *(Cogiendo el gabán y el sombrero que dejó sobre la silla y poniéndoselos.)*

RAMIRO

¿Qué va usted a hacer?

AGUSTÍN

¡Richard! *(Gritando.)*

RAMIRO

¿Está usted loco, Agustín?

AGUSTÍN

¡Richard!

RICHARD

(Por primera derecha.) Señor...

AGUSTIN

¿Está preparado el automóvil?

RICHARD

Sí, señor.

AGUSTÍN

¿Se atrevería usted a que saliéramos en él?

RICHARD

Sí, señor.

AGUSTIN

Vamos, pues.

RICHARD

¿Adónde, señor?

AGUSTIN

A Sitburgo.

RICHARD

Está bien, señor. *(Vase por foro dejando la puerta entornada.)*

CARMEN

¡Gracias, Agustín, gracias! *(Estrechándole efusivamente las manos.)*

RAMIRO

(Interponiéndose delante de la puerta.) De ninguna manera. Eso es una locura. No saldrán ustedes...

AGUSTIN

¡Ramiro!

RAMIRO

Perdone usted, Agustín, no sale usted. Acuérdese de lo que antes hablamos.

AGUSTIN

Antes era antes y ahora es ahora.

RICHARD

(Por foro.) Cuando los señores quieran. *(Vuelve a salir.)*

AGUSTIN

Ramiro, déjeme usted..., se lo ruego..., se lo suplico.

RAMIRO

¿Pero adónde va usted a ir con esta mujer?

AGUSTIN

¡Y qué quiere usted que haga!

RAMIRO

¡Además, con esta noche!

AGUSTIN

¡Qué importa la noche! ¡La verdadera noche la llevamos nosotros!

TELÓN

PEDRO MATA

EL INFIERNO DE AQUÍ

COMEDIA EN TRES ACTOS

Amador

MADRID
EDITORIAL PUEYO
CALLE DEL ARENAL, 6
1925

EL INFIERNO DE AQUÍ

PEDRO MATA

EL INFIERNO DE AQUÍ

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en la Gran Kursaal de San Sebastián
el 10 de agosto de 1925.

Y en el Teatro de Lara
el 18 de septiembre del mismo año.

MADRID
EDITORIAL PUEYO
Calle del Arenal, núm. 6.
1925

Esta obra es propiedad de su autor.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

—

Copyright, by Pedro Mata, 1925.

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid 1925.

A los artistas del Teatro de Lara, que tan prodigiosamente la interpretaron.

Con mi amistad y mi agradecimiento.

PEDRO MATA.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AMALIA.	Concha Catalá.
CONCHITA.	Hortensia Gelabert.
PEPITA.	Raquel Martínez.
FELIPA.	Pilar R. Alenza.
ANTONIO	Emilio Thuillier.
EUGENIO.	José Isbert.
GASPAR.	Gonzalo de Córdova.

La acción en Madrid, una mañana de noviembre.
Derecha e izquierda las del actor.

ACTO PRIMERO

Gabinete burgués. A la derecha, una puerta con las cortinas recogidas. En el foro, puerta con forillo, y a la izquierda, otra con las cortinas caídas.

ESCENA PRIMERA

Amalia y **Felipa.** Después **Concha.**

Las dos primeras atraviesan la escena con dirección a puerta derecha cargadas con un pequeño sofá. Las dos vestidas con trajes de faena; Amalia en zapatillas y Felipa con un pañuelo liado a la cabeza, delantal de cocina y unos zorros al hombro. Al llegar cerca de la puerta Amalia se detiene.

AMALIA. Espere usted un momento, Felipa. Vamos antes a poner el tapiz.

Dejan el sofá en el suelo y entran las dos por puerta izquierda. Al cabo de una pequeña pausa vuelve a salir Amalia con un paño en la mano y lo pasa por el sofá para quitarle el polvo.

CONCHA. *(Por foro, con traje de calle.)* Adiós, mamá.

AMALIA. ¿Te vas ya, hija mía?

CONCHA. Sí; ¿querías algo?

AMALIA. No, nada; que te aguardaras un momento a ver cómo quedaba el gabinete.

CONCHA. Imposible. Es tardísimo. Luego lo veré.

AMALIA. Va a quedar precioso.

CONCHA. Como cosa tuya.

AMALIA. ¿Se ha vestido tu padre?

CONCHA. No sé. No le he visto.

AMALIA. Oye, ¿quieres decirle que?... O si no, deja, no le digas nada.

CONCHA. ¿Qué querías?

AMALIA. No, nada; yo se lo diré. Anda, vete, que es tarde.

CONCHA. Adiós, mamita.

AMALIA. Abrígate bien, que está la mañana muy fresca.

CONCHA. Hasta luego.

AMALIA. Adiós, hija.

CONCHA. *(Se acerca a izquierda, alza la cortina, grita:* Adiós, papá, *y se va por el foro.)*

AMALIA. *(A Felipa, que entró momentos antes.)* Bueno, vamos a meter esto.

(Cogen de nuevo el sofá y entran con él por puerta derecha. Al cabo de una pequeña pausa Amalia vuelve a salir, queda delante de la puerta como para contemplar el efecto y dirigiéndose a Felipa que continúa dentro.) Córralo usted hacia aquí... Un poco más. Eso es... Ahora acerque usted la butaca.

FELIPA. *(Dentro.)* ¿Así?

AMALIA. No, no tanto..., más hacia la mesa... Y eso que..., espere. *(Alzando la voz.)* ¡Antonio!

ANTONIO. *(Tras puerta izquierda.)* Qué.

AMALIA. ¿Puedes venir un momento?

ANTONIO. *(Dentro.)* En seguida. Estoy acabando de vestirme.

AMALIA. Es sólo un momento.

ANTONIO. Voy.

ESCENA II

Amalia y **Antonio.**

ANTONIO. *(Por izquierda, en mangas de camisa y abrochándose el cuello postizo.)* ¿Qué quieres?

AMALIA. *(Saliendo a su encuentro.)* ¡Por Dios, no salgas así, que está todo abierto!

ANTONIO. ¿Qué querías?

AMALIA. Ante todo que te pongas la americana y no hagas locuras. Está buena la mañanita para venirse con dibujos.

ANTONIO. ¿Hace frío?

AMALIA. Horrible.

ANTONIO. *(Que está luchando inútilmente por abrocharse el cuello.)* Oye, ¿quieres hacerme el favor?

AMALIA. ¡Pero te quieres abrigar! ¡Jesús qué hombre! Felipa, cierre usted ese balcón. *(A Antonio.)* Ponte una americana. O si no, espera, yo te la traeré. *(Vase por izquierda y vuelve con una americana y una gorra que ella misma le ayuda a ponerse.)*

ANTONIO. ¿Sabes que sí parece que noto frío?...

AMALIA. Felipa, cierre usted la puerta de la escalera.

ANTONIO. Ah, pero también la puertecita...

AMALIA. Naturalmente, como que estamos aviando el gabinete.

ANTONIO. ¿Han traído ya los muebles?

AMALIA. Ahora mismo. Para eso te llamaba.

ANTONIO. Ah... Oye, ¿quieres hacerme el favor? *(Refiriéndose al cuello postizo. Amalia le complace.)*

ESCENA III

Amalia, Antonio, Pepita y **Gaspar.**

Este último con traje de calle, gabán recio, guantes de lana y paraguas. Ella en traje de casa.

GASPAR. *(Desde dentro.)* ¿En dónde está ese matrimonio ideal?

AMALIA. Aquí, aquí, pasen ustedes.

ANTONIO. Adelante.

GASPAR. *(Por foro, precediendo a Pepita y quedándose como extasiado.)* ¡Admirable! *(Volviéndose a su hija.)* ¿Lo ves? Ahí los tienes..., siempre igual..., como dos chiquillos, como si se hubiesen casado ayer mañana.

AMALIA. Pero don Gaspar, por Dios, si es que este hombre no podía...

GASPAR. No me dé usted explicaciones, señora. Si precisamente esto es lo que me encanta. Se lo venía diciendo a Pepita por la escalera. Ya verás, ya verás cómo los encontramos amartelados.

AMALIA. Este don Gaspar...

PEPITA. Sí que es verdad.

GASPAR. Les tengo a ustedes una envidia loca. ¡Palabra! No he conocido en mi vida matrimonio más feliz. Cuántas veces se lo he dicho a mi hija: no le pido a Dios mas que una cosa: que el día que te

cases des con un hombre tan bueno como Antonio.

ANTONIO. Ah, pues dará..., dará seguramente porque se lo merece. Ella es muy buena.

GASPAR. ¿Quién? ¿Pepita? Un ángel.

AMALIA. Pero vengan ustedes a ver mi gabinete. *(Todos se acercan a puerta derecha.)* Eh, ¿qué tal? ¿Qué le parece a usted, vecino?

GASPAR. Precioso, señora.

PEPITA. Pero aquí ha habido una transformación completa. Lo han renovado ustedes todo.

AMALIA. Todo, todo, desde la alfombra hasta los cuadros.

ANTONIO. Ha quedado muy bien, ¿verdad?

PEPITA. Muy bonito. ¡Qué lástima que sea para alquilar!

GASPAR. Sí que es una pena que no lo disfruten ustedes.

AMALIA. Qué quiere usted, don Gaspar; no hay más remedio.

ANTONIO. Hay que vivir.

GASPAR. Es verdad, hay que vivir. La vida es dura.

ANTONIO. Ni dura ni blanda. La vida es... como es... un conjunto muy complicado de cosas muy diversas.

GASPAR. Que a la postre suelen dar un resultado muy poco apetecible.

ANTONIO. Unas veces, sí, y otras veces, no.

GASPAR. Sí, sí, ya sé que usted está satisfecho de la vida.

ANTONIO. Unas veces, sí, y otras veces, no. Yo nunca he creído en las clasificaciones definitivas. La vida no es buena, la vida no es mala, es mala y buena, unas veces buena y otras veces mala. Nadie tiene

la exclusiva de la felicidad ni del dolor. Ni el dolor ni la felicidad existirían sin contraste. Todos llevamos abierta una cuenta corriente con un haber diario de penas y alegrías. Si al hacer el balance la mayoría de las veces el resultado nos aterra, no es que haya gran diferencia en los valores, es que los justipreciamos mal y, naturalmente, nos sale mal la suma. La vida no es buena, don Gaspar, pero tampoco es mala. Somos nosotros los que no sabemos soportar con resignación los momentos malos ni aprovecharnos de los instantes buenos, que los hay, don Gaspar, crea usted que los hay.

GASPAR. ¡Cómo se conoce que no ha sufrido usted!

ANTONIO. ¡Quién no ha sufrido en este mundo, don Gaspar! Todos hemos sufrido.

GASPAR. Pero no todos hemos encontrado compensaciones.

ANTONIO. Todos.

GASPAR. Crea usted que yo...

ANTONIO. ¿Es que poseer una hija como Pepita no es por sí solo la compensación de todos los dolores?

GASPAR. ¡Hombre!

ANTONIO. Conteste usted sinceramente. ¿Por qué otra alegría la cambiaría usted?

GASPAR. Ah, eso, no. Por ninguna.

ANTONIO. Entonces...

GASPAR. Tiene usted razón.

PEPITA. Gracias, papá.

GASPAR. ¿Ustedes no han tenido hijos?

ANTONIO. No. Conchita es del primer matrimonio de Amalia.

GASPAR. Sí, sí, ya lo sé. Yo me refería a ustedes.

ANTONIO. Nosotros, nunca.

GASPAR. ¡Qué lástima! Es lo único que les faltaba para ser absolutamente perfectos.

PEPITA. Por Dios, papá, no digas tonterías. Conchita para Antonio es como si lo fuera. La ha criado desde chiquitita. No conoció más padre que él... ¡Qué más dará!

GASPAR. No, no es lo mismo.

ANTONIO. Lo mismo, exactamente; digo lo que Pepita: ¡qué más da!

GASPAR. Usted habla así porque no tiene hijos. Si los tuviese ya vería usted qué diferencia de cariño, ¡qué enorme diferencia! Hay cosas que sólo sintiéndolas se pueden comprender.

ANTONIO. Puede que sea verdad, no lo discuto. Yo no he tenido hijos y, por lo tanto, no le puedo decir cómo se quieren. Lo que sí le anticipo, de lo que sí estoy cierto es de que creo difícil que si fuera hija mía la quisiera más.

AMALIA. Pues yo le añadiré a usted otra cosa que le parecerá más rara todavía: ella le quiere a él más que a mí.

GASPAR. Señora, por Dios, no diga usted tonterías.

AMALIA. Pero si es verdad. Que lo confiese él mismo. ¿Es cierto o no que Conchita te quiere más que a mí?

ANTONIO. *(Riendo.)* No, mujer..., más, no.

AMALIA. Diga usted que sí, don Gaspar.

ANTONIO. No le haga usted caso, don Gaspar; son celitos de madre.

GASPAR. Caray, muy justos si así fuese. Pero tranquilícese usted, señora, que no lo es. Por muchas ilusiones que su marido de usted se haga, hay algo

aquí dentro que no engaña nunca. No hay más que un afecto verdadero en el mundo... ¡uno!, que está siempre por encima de todo: ¡la voz de la sangre! Usted es su madre, y una madre siempre es una madre. Pero, caramba, ¿sabe usted que es tardísimo? Y nosotros charla que te charla. Vaya, Antonio, vámonos.

ANTONIO. El caso es...

GASPAR. ¿Qué?

ANTONIO. Que no me he desayunado.

GASPAR. ¡Pero hombre!

AMALIA. No le regañe usted, don Gaspar. No tiene él la culpa. La tengo yo, mejor dicho la tiene el gabinete. Trajeron los muebles muy temprano, me puse a trajinar con la chica y no me acordé de despertarle.

ANTONIO. Bueno, pero es lo mismo. Vámonos, don Gaspar.

AMALIA. *(Reteniéndole.)* ¡De ninguna manera! ¡Cómo te vas a ir sin desayunarte!

GASPAR. Tiene razón Amalia. De ninguna manera. Ante todo el estómago. Desayune usted tranquilamente y perdone que no le aguarde. Yo lo haría con muchísimo gusto, pero ya sabe usted cómo las gastan en mi oficina.

ANTONIO. Caramba, don Gaspar, no sabe usted cómo me contraría...

GASPAR. Nada, nada, a desayunar y que aproveche. Hasta luego. ¿Tú te quedas, hijita?

PEPITA. Si no te sabe mal...

GASPAR. ¿A mí?

AMALIA. Usted... ¿la deja?

GASPAR. ¿Que si la dejo? ¡Ay, Amalia, qué cosas

dice usted! Yo no sé la confianza que inspirará una madre porque la de esta pobre criatura se la llevó Dios demasiado pronto, pero por mucha que fuera no sería mayor que la que usted me ofrece.

AMALIA. Gracias, don Gaspar.

GASPAR. No tengo mas que esta hija y no le pido a Dios mas que una cosa: que sea tan buena como usted. Es usted, Amalia, la mujer más buena que conocí en mi vida.

PEPITA. Papá, que vas a llegar tarde.

GASPAR. Sí, sí, es verdad. Vaya, adiós.

PEPITA. Adiós, papaíto. *(Le besa.)*

AMALIA. Adiós, don Gaspar.

GASPAR. Hasta luego. *(Vase por foro.)*

ANTONIO. Me ha contrariado eso de su papá de usted.

PEPITA. Claro, se han habituado ustedes a salir juntos todas las mañanas. Si no hay nada peor que una costumbre.

ANTONIO. *(A Amalia.)* Debiste dejarme salir. Después de todo yo me habría desayunado en cualquier parte.

AMALIA. Bueno, hijito, pues ahora no pierdas ya más tiempo. ¡Felipa!

FELIPA. *(Dentro.)* Señora...

AMALIA. El desayuno del señor. *(A Antonio.)* Anda.

ANTONIO. ¿Ustedes gustan?

PEPITA. Que aproveche.

Vase Antonio por foro.

ESCENA IV

Amalia y Pepita.

PEPITA. *(Asomándose a puerta derecha.)* Qué linda, qué bonita ha quedado esta habitación.

AMALIA. ¿Verdad que sí?

PEPITA. A mí, por lo menos, me gusta muchísimo. Pero qué lástima; digo lo que antes, qué lástima que no la disfruten ustedes. ¿No le da a usted pena, Amalia, tenerla que alquilar?

AMALIA. Mujer, qué sé yo... Por una parte, sí...; por otra, como ya me he hecho a ello... Claro que es molestísimo inmiscuir en la familia a una persona a quien no se conoce, pero también hay que tener en cuenta que, si no fuese así, no podríamos vivir en esta casa. Con lo que me dan por el gabinete me sale en veinte duros. Tal como están las cosas, con lo cara que se ha puesto la vida, ¿dónde podríamos ir a pagar veinte duros?

PEPITA. Sí; eso es verdad.

AMALIA. Pues esa es la razón.

PEPITA. De todos modos para usted ha de ser muy molesto.

AMALIA. No; para mí, no. En todo caso para la muchacha. Yo no entro en la habitación mas que lo estrictamente indispensable para darme cuenta de que todo está bien. Ni más ni menos que el resto de la casa. Todo lo que se refiere al servicio corre, naturalmente, de cuenta de la chica. En este punto la molestia no es grande. Se conlleva bien.

PEPITA. Sí, siendo así... Lo malo sería la pensión completa.

AMALIA. Ah, no, no; de ninguna manera. Eso sí que no. Yo no alquilo mas que el gabinete solo. Nada de asistencia.

PEPITA. Como don Jerónimo comía con ustedes...

AMALIA. Don Jerónimo fué un caso excepcional. Don Jerónimo llevaba diez años viviendo con nosotros. Era un caballero, un hombre correctísimo..., un santo. Y a pesar de todo no entró tampoco con esta condición.

PEPITA. Ah, yo creía...

AMALIA. No, no...; entró sin asistencia. El gabinete solo. Él comía en La Peña. Lo que ocurrió fué que un día, llevando ya bastante tiempo en casa, tuvo una fiebre gástrica, un amago de tifus..., la convalecencia fué larga, le cuidamos muy bien..., naturalmente, como él se merecía; él lo agradeció mucho...; sin darnos cuenta la asistencia se fué prolongando y cuando quisimos recordar era muy violento para todos tratarle como a un huésped cualquiera.

PEPITA. Verdaderamente era muy bueno don Jerónimo. Y les quería a ustedes mucho.

AMALIA. Y nos sigue queriendo. No pasa una semana sin que recibamos carta suya.

PEPITA. ¡Pobre hombre! Qué disgusto tenía cuando se marchó.

AMALIA. Y nosotros también. Crea usted que también nosotros lo sentimos mucho. En fin, él volverá.

PEPITA. ¿Cree usted que volverá?

AMALIA. Seguramente. En cuanto le jubilen. Don Jerónimo era aquí magistrado. Ahora es presidente de Audiencia. Le faltan tres años para jubilarse.

En cuanto le jubilen vuelve aquí. Nos lo ha dicho.

PEPITA. Entonces, ¿por qué no le aguardan ustedes?

AMALIA. Son tres años, Pepita.

PEPITA. Vamos, Amalia, ¿me va usted a decir a mí que no pueden ustedes esperar tres años?

AMALIA. Mujer, si fuera indispensable...

PEPITA. Lo está usted viendo...

AMALIA. Pero como no lo es..., ¿por qué perder entre tanto una buena ocasión si se presenta?

PEPITA. ¿Se enfadaría usted mucho conmigo si me atreviese a decirle una cosa?

AMALIA. ¿Cuál?

PEPITA. No me atrevo.

AMALIA. Dígala usted.

PEPITA. ¿De veras no se va usted a enfadar?

AMALIA. ¡Qué tontería! ¿Por qué?

PEPITA. Bueno, pues digo que me parecen ustedes demasiado... llorones. Sí, sí, llorones. Se quejan ustedes demasiado de vicio. Yo no quisiera meterme en interioridades; pero, caramba, ustedes viven bien, no carecen de nada... Su marido gana bastante, Concha tiene un buen sueldo.

AMALIA. No, perdone usted. Con el sueldo de Concha no se puede contar. Es para ella.

PEPITA. ¡Cómo!

AMALIA. Exclusivamente para ella. En este punto Antonio es de una intransigencia inapelable. No consiente que se distraiga un céntimo. Es criterio cerrado.

PEPITA. No sabía...

AMALIA. ¿No lo sabía usted?

PEPITA. No, Conchita nunca me dijo nada.

AMALIA. Pues sí, hija mía; con lo de Concha no

se puede contar. En esta casa no hay mas que lo que gana Antonio.

PEPITA. Pero de todos modos Antonio gana mucho.

AMALIA. Sí..., relativamente...; gracias a Dios no podemos quejarnos. Hasta ahora vamos bien. Pero, ¿y mañana? No se puede vivir sólo del presente, hija mía; hay que pensar un poco en el futuro. Nadie sabe lo que puede ocurrir.

PEPITA. Vamos, vamos, Amalia, no hay que extremar las cosas.

AMALIA. Si yo no las extremo.

PEPITA. En fin, allá ustedes. Ustedes saben mejor que yo lo que deben hacer. Y sobre todo, perdóneme que me haya metido en lo que no me importa.

AMALIA. Por Diós, Pepita, usted tiene confianza para eso y para mucho más. ¡No faltaría otra cosa!

PEPITA. Yo lo decía únicamente porque, la verdad, encuentro muy molesto eso de meter en casa a una persona a quien no se conoce.

AMALIA. En este punto es posible que tenga usted razón. También a mí me preocupa bastante. No por mí, claro es, que yo no voy a estas alturas a asustarme de nada, sino por Conchita. Cuando vino don Jerónimo a vivir con nosotros Conchita tenía trece años..., era una criatura. No había para qué preocuparse de nada. Ahora el caso es distinto. Tiene veintitrés, y aunque ella es muy formal y muy juiciosa hay que tener muchísimo cuidado en ver a quién se dmite. Todos sabemos lo que son los hombres.

PEPITA. Yo no me atrevía a decirlo, pero a eso precisamente quería referirme.

AMALIA. No, no; si nosotros también lo hemos pensado y nos preocupa mucho. Todos estamos de

perfecto acuerdo en que hay que tomar toda clase de garantías.

PEPITA. Ya lo creo.

AMALIA. Pero están tomadas. ¿Usted no ha visto la forma en que hemos redactado el anuncio?

PEPITA. No.

AMALIA. ¡Cómo! ¿No lo ha leído usted? Pues aquí está. *(Cogiendo un periódico que habrá caído en cualquier parte, doblándole por la última plana y leyendo):* Familia distinguida cede gabinete con todo confort a caballero respetable y de absoluta honorabilidad.

PEPITA. Muy bien. Yo lo encuentro muy bien.

AMALIA. A mí me parece que con esto está dicho todo.

ESCENA V

Amalia, Pepita y **Antonio.**

ANTONIO. *(Por foro.)* Bueno, ya me hé desayunado. Ah, ¿estaban ustedes leyendo el anuncio?

AMALIA. Pepita dice que lo encuentra muy bien.

PEPITA. Muy bien.

ANTONIO. Demasiado austero. Quizá amenazador. Puede que alguien sospeche si le obligaremos a rezar el rosario.

AMALIA. Más vale que piensen eso que otra cosa.

ANTONIO. No, no; si en el fondo está bien. Es una manera de salir al paso.

AMALIA. Naturalmente.

ANTONIO. Bueno, adiós. Yo me voy si ustedes no me mandan otra cosa.

PEPITA. Nada, don Antonio, que se divierta usted.

ANTONIO. Adiós, Pepita.

AMALIA. Oye, a la vuelta tráete un poco de fruta, que no hay postre.

ANTONIO. ¿Y por qué no lo trae la chica?

AMALIA. Ay, hijo, porque comprándola la chica me sale muy cara.

ANTONIO. Y pagándola yo no entra en la cuenta. Habilidades de ama de casa. Aprenda usted, Pepita. Bueno, mujer, te la traeré. Adiós.

(Suena un timbre.)

AMALIA. Aguarda, que han llamado.

ESCENA VI

Dichos y Felipa.

FELIPA. *(Por foro, sin pasar de la puerta.)* Aquí hay un señor que desea ver el gabinete.

AMALIA. *(Adelantándose.)* ¿Qué tipo tiene?

FELIPA. Es un señor muy elegante, muy bien vestido.

AMALIA. ¿Joven?

FELIPA. No, nada de joven... al contrario... es un señor formal... como el señor... Más viejo todavía.

AMALIA. Bueno, pues... espere un momento. *(A Antonio.)* Oye, recíbele tú.

ANTONIO. Mujer, si para mí es muy tarde... Hace media hora que debería haber salido.

AMALIA. Son diez minutos más. Y usted también, Pepita, hágame el favor... mientras me arreglo un

poco y me pongo un vestido. ¡Cómo le voy a recibir con estas trazas!

ANTONIO. Bueno, bueno, anda y despacha pronto. *(A Felipa.)* A ese caballero que pase.

(Vanse Felipa por foro y Amalia por izquierda.)

ESCENA VII

Pepita, Antonio y Eugenio.

ANTONIO. Adelante, señor, tenga usted la bondad de pasar.

EUGENIO. *(Por foro.)* Con mucho gusto.

ANTONIO. Me ha dicho la muchacha que deseaba usted ver el gabinete...

EUGENIO. Sí, efectivamente. Hace unos cuantos días que ando buscando casa. Acabo de leer el anuncio y... ¿de modo que es aquí?

ANTONIO. Sí, señor; aquí es.

EUGENIO. ¿Y puede verse ahora?

ANTONIO. Sí, señor, ahora mismo.

EUGENIO. ¿Es... éste?

ANTONIO. No, es aquél. *(Señalando puerta derecha.)* Este no está en condiciones de ofrecérselo a nadie. Es aquél.

EUGENIO. Ya.

ANTONIO. Aquel es... otra cosa. Ahora lo verá usted.

EUGENIO. Sí, sí, ahora lo veremos. ¿Me permite usted antes que descanse un poco?

ANTONIO. ¡No faltaría más! Todo lo que usted quiera.

EUGENIO. *(Sentándose.)* Me ha fatigado mucho la escalera.

ANTONIO. ¡Cómo la escalera! ¿Pues no ha subido usted en el ascensor?

EUGENIO. No funcionaba.

ANTONIO. ¡Qué extraño! Si este ascensor no se entorpece nunca. Precisamente es lo bueno que tiene. ¿Qué le habrá sucedido? A ver, Pepita, pregunte usted al portero...

EUGENIO. No se moleste usted. Ya lo he preguntado yo. No tiene nada. Una avería insignificante que quedará compuesta dentro de media hora.

ANTONIO. Ah, vamos... Pero ¿cómo lo sabe usted?

EUGENIO. He procurado informarme por la cuenta que me tenía. Si no me hubiera convencido el portero no me habría molestado en subir. Perdone usted la franqueza. Yo no puedo subir escaleras. Me fatigo, me ahogo... Y al propio tiempo no quiero tampoco habitaciones bajas. Necesito aire puro, mucho sol, mucha luz... yo soy un apasionado del aire y de la luz.

ANTONIO. Pues aquí no le faltarán a usted. El gabinete tiene dos balcones y orientación a mediodía, lo cual quiere decir que en este tiempo tendrá usted sol desde que nace hasta que se pone.

EUGENIO. Muy agradable.

ANTONIO. En cambio en el verano...

EUGENIO. El verano no me preocupa. Por lo menos el rigor del verano no lo pasaré aquí.

ANTONIO. ¿Desea usted alquilar la habitación sólo para este invierno?

EUGENIO. No, no, por todo el año. Ojalá pueda decir que para siempre si me acomodo bien. Soy hombre poco amigo de mudanzas. En donde me es-

taciono allí me quedo. Ahora que en verano los médicos me aconsejan la Sierra. El calor me perjudica mucho. Pero esto es cuenta mía. Si tomo la habitación, aunque esté ausente, la seguiré abonando y ustedes por su parte me la reservarán.

ANTONIO. Desde luego, señor.

EUGENIO. Supongo que será independiente.

ANTONIO. En absoluto. Tiene dos puertas—ahora lo verá usted—una, la principal, que comunica directamente con el pasillo y esa otra que da a esta habitación.

EUGENIO. De manera que no es indispensable el entrar por aquí.

ANTONIO. Nada de eso. Todo lo contrario. Esta puerta queda inutilizada. Se cierra, se corren las cortinas... *(Haciéndolo.)*

EUGENIO. Muy bien.

ANTONIO. Y si usted quiere utilizarla..., la utiliza. *(Descorriendo de nuevo las cortinas.)*

EUGENIO. Muy bien. Me parece muy bien. Esto es precisamente lo que yo deseaba. Esto era mi ideal. Independencia absoluta dentro de una familiar convivencia. Yo he vivido casi siempre en hoteles.

PEPITA. ¿No tiene usted familia?

EUGENIO. No, soy solo. Completamente solo. Hace ya mucho tiempo que no tengo a nadie.

PEPITA. Debe ser muy triste vivir así.

EUGENIO. Muy triste, señorita. Sobre todo cuando se llega a cierta edad. Cuando uno es joven no suele preocuparse de estas cosas. La vida es tan intensa, se viven tan de prisa las horas del presente que no queda un momento de reposo para pensar en el porvenir. Se cree de buena fe que la felicidad estriba en el

logro de lo que hemos dado en llamar los grandes ideales, la gloria, la ambición, el amor, la fortuna... Luego se aprende que hay otra cosa que vale mucho más que todo eso: la tranquilidad. Lo malo es que esta verdad, como casi todas, se aprende, por desgracia, demasiado tarde, cuando ya no se pueden aprovechar sus beneficios, cuando la rectificación no es ya posible. Sería necesario comenzar de nuevo, y la vida no camina hacia atrás.

PEPITA. Sin embargo, usted es un hombre joven todavía.

EUGENIO. He trabajado mucho, señorita, he luchado mucho y he padecido mucho. Estoy muy cansado y me encuentro muy viejo..., viejo de alma, que es la peor vejez. Por eso aspiro, ya que no pueda conseguir otra cosa, a buscar para el resto de mi vida un lugar de sosiego donde me traten bien. He aquí lo que busco y a lo que he venido. Cada día que pasa me da más miedo la fría hostilidad de los hoteles. Me horroriza pensar que una noche cualquiera pueda ponerme malo y no tener a la cabecera de la cama un alma piadosa que me acompañe y me consuele. La soledad me aterra. Yo necesito convivir con alguien, encontrar alguien que por mí se interese, hallar, sea como sea, un poco de afecto y de calor de hogar. Será presentimiento, será corazonada, será acaso tan sólo un espejismo de mi impaciencia y mi deseo, pero este breve desahogo que acabo de tener con ustedes me ha confortado mucho; no sé por qué me ha dado la esperanza de que voy a encontrar en ustedes lo que vengo buscando.

ANTONIO. Por nuestra parte, crea usted, señor, que también nosotros lo celebraríamos.

EUGENIO. En fin, perdonen ustedes que les haya entristecido con mis penas. Si me quedo aquí ya tendremos tiempo y ocasión para hablar más despacio y conocernos más íntimamente. ¿Podría usted enseñarme el gabinete?

ANTONIO. Cuando usted guste.

EUGENIO. ¿Por aquí o por allí?

ANTONIO. Por donde usted quiera. Iremos por aquí, que se llega más pronto.

Salen los tres por puerta derecha. Hay una pausa y luego se los oye hablar dentro.

EUGENIO. Hombre, está muy bien esto. Me agrada esta habitación.

ANTONIO. Ya sabía yo que había a usted de gustarle.

PEPITA. Se habrá usted fijado que el mobiliario es nuevo.

EUGENIO. Lo veo. Está impecable.

ANTONIO. Está sin estrenar. Por lo demás amplia, espaciosa, perfectamente ventilada...

EUGENIO. Nada, nada; le digo a usted que me gusta.

Entra Amalia por izquierda cambiada ya de traje. Atraviesa la escena y al llegar cerca de puerta derecha se detiene de pronto con un ademán de sorpresa y de espanto, y, lentamente, va retrocediendo hasta ocultarse detrás de las cortinas de puerta izquierda.

EUGENIO. *(A Antonio, ya en escena otra vez con él y con Pepita.)* No se moleste usted. No faltaba más.

ANTONIO. Si yo salgo también. Iba a hacerlo precisamente cuando usted llegó.

EUGENIO. Ah, pues siendo así saldremos juntos.

ANTONIO. Con muchísimo gusto.

EUGENIO. Tengo abajo un taxi. Le dejaré a usted donde usted quiera.

ANTONIO. Eso sería ya demasiada molestia.

EUGENIO. No tengo nada que hacer.

ANTONIO. En ese caso...

EUGENIO. *(A Pepita.)* A los pies de usted, señorita.

PEPITA. Beso a usted la mano.

Vanse los dos por foro.

ESCENA VIII

Pepita y **Amalia.** *(Por izquierda.)*

AMALIA. *(Saliendo.)* ¿Se han ido ya?

PEPITA. Ahora mismo se han marchado los dos. Qué hombre tan agradable. Todo un caballero. Cuánto siento que no le haya usted visto. Le habría agradado a usted. Es muy simpático. Seguramente congeniarán ustedes.

AMALIA. ¡Pero se ha quedado con la habitación!

PEPITA. Concretamente no han convenido nada, pero... a mí me parece que se va a quedar.

AMALIA. ¡Imposible!

PEPITA. Yo creo que sí. El por lo menos se ha ido muy bien impresionado...

AMALIA. Oh, no; de ninguna manera. Ese hombre no puede estar aquí. ¡Sería espantoso!

PEPITA. Pero usted ¿le ha visto? ¿Usted sabe quién es?

AMALIA. Sí. Le he visto.

PEPITA. Y...

AMALIA. No sé, no sé..., quizá una ofuscación. ¡Hace ya tantos años!... Pero la voz, el gesto, la figura... ¡Qué horror si fuera él!

PEPITA. Pero usted ¿quién cree que es?

AMALIA. ¡Mi marido!

PEPITA. ¡Su marido de usted! ¿El padre de Conchita?

AMALIA. Sí.

PEPITA. Pero ¿no había muerto? *(Amalia no responde.)* ¿De modo que vive su primer marido?

AMALIA. El primero, el único. Yo no tengo más marido que ése.

PEPITA. Jesús, Jesús. Y Conchita ¿lo sabe?

AMALIA. Concha lo sabe todo.

PEPITA. ¿Conchita sabe que su padre vive?

AMALIA. No, eso, no. No lo sabíamos nadie. Todos creíamos que ese hombre había muerto.

PEPITA. Entonces haría muchísimo tiempo que no le veía usted.

AMALIA. Me dejó a los tres años de casada con una criaturita de año y medio.

PEPITA. ¡Qué horror! ¿De manera que la dejó a usted sola?

AMALIA. Peor que sola. Sola me hubiera defendido. Bien o mal habría encontrado una manera honesta de vivir. Pero, ¡la nena! ¡Qué hacía yo con Conchita! Usted no sabe lo que es el estorbo de una criatura, lo que ata a una mujer una niña pequeña. Entonces fué cuando conocí a Antonio. Se apiadó de mí, me tuvo lástima, me prestó aliento y me ofreció su ayuda. ¡Qué podía yo hacer más que aceptarla! Bien sabe Dios que no lo hice por mí. Fué por mi hija, por ella, única y exclusivamente por ella; ¡se lo juro a

usted! No es que me pese. Si hoy con la experiencia que tengo de la vida, cien veces me volviera a encontrar en esas circunstancias, cien veces volvería a hacer lo mismo. Usted no tiene idea de lo que es ese hombre, lo que ha luchado, lo que ha trabajado, lo que se ha sacrificado por nosotras.

PEPITA. Lo sé; sé que Antonio es muy bueno.

AMALIA. Y ahora todo de pronto destrozado de golpe. El oprobio, la vergüenza, el escándalo... ¡Sabe Dios, sabe Dios! Porque cualquiera adivina lo que piensa ese hombre, qué idea le ha traído, cuáles son sus propósitos...

PEPITA. ¿No le parece a usted un poco extraño, suponiendo que, en efecto, sea él, el modo que ha tenido de presentarse?

AMALIA. Sí, muy extraño..., todo esto es muy extraño.

PEPITA. Yo no sé..., no sé, pero por la manera como se ha conducido yo juraría que él no sabe tampoco...

AMALIA. ¿Usted cree?

PEPITA. Yo creo que ha venido por casualidad.

AMALIA. ¡Eso es absurdo!

PEPITA. Entonces ¿cómo se explica usted?

AMALIA. Yo no me explico nada. Estoy aturdida. No sé lo que me pasa. Lo único que sé es que él está en Madrid, y esto es lo grave, esto, esto, únicamente esto. Lo demás ¡qué importa! Que haya venido por casualidad o sabiendo a qué viene, para mí no tiene trascendencia ninguna ni modifica en nada la gravedad del lance. Para mí lo tremendo es que él está en Madrid. Estando en Madrid, tarde o temprano, tenemos que encontrarnos frente a frente. Que sea aquí

o en cualquier otro lado para el caso es lo mismo. El conflicto es igual.

PEPITA. Cálmese usted, Amalia, tranquilícese usted. Está usted muy nerviosa.

AMALIA. ¡Y cómo no he de estarlo! ¿Usted sabe lo que es vivir más de veinte años seguidos con un hombre mimada, halagada, idolatrada, enaltecida, respetada por todos, haber creado un hogar y una familia, soñar con la esperanza de legalizar todo esto, de poder ir un día con la cabeza alta, sin avergonzarme ante nadie, y ver cómo de pronto, en un momento todo se desmorona?... ¡Es horrible, Pepita, es espantoso!

PEPITA. Sí, muy horrible.

AMALIA. Pues contra eso protesto. ¡Cómo no quiere usted que me rebele!

PEPITA. Cálmese usted, Amalia, cálmese..., tenga tranquilidad. Puede que no sea él. Y si no es él ¿a qué tomarse tontamente el disgusto? Y si lo fuera pues también es preciso que se domine usted, que no se excite... Yo creo que en estas cosas es precisamente cuando se necesita mayor serenidad.

AMALIA. Sí, sí, es verdad..., tiene usted razón, pero ¡Dios mío! *(Suena un timbre. Ella sobresaltada.)* ¡Ay, Pepita!

PEPITA. Calma, calma...

FELIPA. *(Atravesando lentamente por el forillo.)* Por aquí, por aquí.., pase usted por aquí...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior.

ESCENA PRIMERA

Amalia *y* **Pepita** *sentadas en el sofá en actitud de proseguir la conversación que sostenían cuando cayó el telón.* **Antonio** *entra por foro muy de prisa con el sombrero y el gabán puestos; al ver a* **Pepita** *se detiene contrariado, se descubre y queda un momento indeciso en medio de la escena.*

AMALIA. *(Se levanta al ver a Antonio y sale a su encuentro.)* ¿Qué? *(Antonio vacila.)* Habla, puedes hablar sin miedo. Pepita lo sabe todo. Es él, ¿verdad?... ¡Es él!

ANTONIO. Sí, él; pero ¿cómo lo sabes tú?

AMALIA. ¡De manera que es él!

ANTONIO. Pero, ¿en qué quedamos? ¿Lo sabías o no?

AMALIA. No, no lo sabía... Me pareció, pero no estaba cierta. Me quedaba la duda.

ANTONIO. Pues no la tengas ya. *(Se despoja del gabán y lo tira sobre una silla.)*

AMALIA. *(A Pepita.)* ¿Ve usted, Pepita, ve usted cómo tenía yo razón? Y usted me porfiaba...

PEPITA. Por animarla nada más. Estaba usted tan nerviosa...

AMALIA. *(Encarándose con Antonio.)* Pero, ¡cómo le has dejado venir!

ANTONIO. ¿Ha venido? ¿Está aquí?

AMALIA. No ha venido, pero vendrá. Mandó ya el equipaje. Y es lo que no me explico. ¡Cómo si tú sabías!...

ANTONIO. Yo no sabía nada. ¡Qué había de saber! Cuando me enteré ya no tenía remedio.

AMALIA. Tú debías haberle preguntado...

ANTONIO. Estas cosas no se preguntan cuando un hombre se presenta en la forma correctísima en que él se presentó. Puesto que hablaste con Pepita supongo que te habrá referido...

AMALIA. Me lo ha contado todo.

PEPITA. Todo, todo; palabra por palabra.

ANTONIO. Entonces ya habrás visto cómo no hubo manera.

AMALIA. Bueno, pero después...

ANTONIO. Después salimos juntos. Tenía abajo un taxi. Me invitó a ir con él.

AMALIA. Y en el coche ¿no te dijo nada?

ANTONIO. Sí, entonces fué cuando me dijo que le gustaba la habitación, que desde luego se quedaba con ella y que ya tendríamos tiempo de charlar más despacio.

AMALIA. Y... ¿nada más?

ANTONIO. No hubo ocasión de más.

AMALIA. De todos modos fué un exceso de confianza tuya.

ANTONIO. Nunca se peca por exceso en cuestiones de buena educación. Cuando entre personas de-

centes se obra de buena fe uno cree siempre que los demás proceden de la misma manera. ¿Qué motivos tenía yo para recelar de él? ¡Quién iba a suponer que ese hombre fuese!... Nada, ni lo pensé. Ni la menor sospecha.

AMALIA. Entonces ¿cómo te has enterado?

ANTONIO. Me enteré al despedirme. Yo iba muy nervioso, muy impaciente, con muchísima prisa. Era muy tarde, tenía mucho que hacer... Me dejó en la puerta de Gobernación. Cambiamos las tarjetas. Le di la mía, él me dió la suya...

AMALIA. Pero al leer la tarjeta...

ANTONIO. La leí traspasada la acera, ya en el Ministerio. Él siguió su camino. Cuando volví a salir sabe Dios dónde estaba ya el taxi.

AMALIA. ¡Qué extraño es todo esto!

ANTONIO. No, extraño, no; es violento, molesto, muy desagradable, pero extraño, ¿por qué? Lo extraño, lo extraordinario es que en veinte años no haya ocurrido antes.

AMALIA. Ah, de manera que tú lo encuentras natural...

ANTONIO. No sé lo que entiendes por natural. Si te refieres a la posibilidad material de que pueda ocurrir ya ves que es natural, puesto que ha sucedido.

AMALIA. A mí me parece demasiada casualidad.

ANTONIO. No te preocupes de eso. La vida entera no es mas que un tejido de casualidades desde el comienzo al fin, incluyendo, naturalmente, el comienzo y el fin. La misma muerte, el mismo nacimiento, ¿qué son más que casualidades? Morimos cuando menos lo esperamos. Y si es el nacimiento ¡cuántos deseos

se malogran y cuántos seres que no se quisiera que naciesen, nacen! Todo es casualidad, casualidad. Y si la palabra no te gusta por poco convincente aplica otra que quizá te parezca mejor, más adecuada: Fatalidad. En el fondo es lo mismo.

AMALIA. De modo que tú crees que Eugenio viene ignorante de todo...

ANTONIO. Incuestionablemente.

AMALIA. Esa es también la opinión de Pepita.

ANTONIO. Y de todo el que haya hablado diez minutos con él. Lo contrario sería de un cinismo y una desfachatez inconcebibles.

AMALIA. ¿Y no te parece más inconcebible que no sabiendo nada venga a caer aquí, precisamente aquí?

ANTONIO. No, él, según me ha contado, lleva cerca de un mes buscando habitación. Ha visto muchas, pero por unas o por otras razones hasta ahora no le agradó ninguna.

AMALIA. Tenía que ser... ¡ésta!

ANTONIO. Alguna había de ser.

AMALIA. Sí, sí, tienes razón. Es ¡la fatalidad!

ANTONIO. Fatalidad, casualidad..., es lo mismo. No te detengas en palabras. El hecho incuestionable es que ese hombre vive, que yo he hablado con él, que va a venir a casa de un momento a otro y que a estas horas ni tú ni yo sabemos todavía lo que vamos a hacer. Esto es lo grave, lo único que verdaderamente nos debe preocupar. Lo demás son minucias que no valen el tiempo que se pierde en ellas. Con que vamos a ver: ¿Tú qué has pensado?

AMALIA. Dios mío..., yo no sé... Yo no he pensado nada. Estoy aturdida.

ANTONIO. Pues es preciso que te sobrepongas.

AMALIA. Yo creo que lo mejor sería decirle que no alquilamos ya la habitación.

ANTONIO. ¿Y qué? ¿Qué lograrías con eso? ¿Aplazar el conflicto? ¿Evitar la violencia del encuentro aquí? ¿Pero no comprendes que si no ocurre aquí pasará en otro lado, que si no es hoy sucederá mañana? No te hagas ilusiones, hija mía. Desde el momento en que ese hombre va a vivir en Madrid, tarde o temprano tenemos que encontrarnos frente a frente. Que sea aquí o en medio de la calle, hoy o mañana, para el caso es igual, no resolvemos nada.

AMALIA. Sí, sí; tienes razón... Esto no tiene arreglo.

PEPITA. Amalia, yo me voy.

AMALIA. ¿Se va usted, Pepita?

PEPITA. Sí, me voy. Ustedes tienen necesidad de hablar. Son cosas muy delicadas, muy íntimas..., para tratar a solas... Ya volveré más tarde.

AMALIA. Cuando usted quiera.

PEPITA. Bajaré cuando venga Conchita aunque no sea mas que a saber qué ha pasado. Y si entre tanto algo necesitaran ya saben que pueden disponer de nosotros.

AMALIA. Muchas gracias, Pepita.

PEPITA. En absoluto, ¿eh?... En todo, para todo. Con toda confianza.

AMALIA. Gracias, gracias.

PEPITA. Vaya, adiós. *(A Amalia, que sale a despedirla.)* ¡Qué le va usted a hacer! Son cosas de la vida. Cuando la desgracia viene por derecho no hay más remedio que bajar la cabeza, que doblegarse ante lo que es más fuerte que nosotros.

AMALIA. Adiós, Pepita.

PEPITA. Adiós, Amalia. Conformidad y valor. No, no se moleste usted. Sé yo salir.

Vase por foro.

ESCENA II

Amalia y Antonio.

ANTONIO. Has hecho mal en franquearte con Pepita. No has debido contarle nada. Ni estas cosas son para referirlas al primero que llega, ni Pepita es, por sus años, la más apropiada para ser confidente de estas intimidades.

AMALIA. No pude remediarlo. Me cogió de improviso, tan de pronto... ¡Me puse tan nerviosa! Aparte de que al fin, después de todo habría sido lo mismo. ¡Qué hubiera conseguido con callar si mañana lo sabrá todo el mundo!

ANTONIO. Quizá no.

AMALIA. Ah, ¿tú crees que un escándalo de esta naturaleza no va a trascender?

ANTONIO. Acaso no haya escándalo.

AMALIA. ¿Por qué me dices eso? ¿Qué plan tienes?

ANTONIO. Ninguno. No tengo ningún plan. Como siempre, pienso exclusivamente limitarme a esperar los acontecimientos.

AMALIA. Entonces es que supones que será él quien no dará el escándalo...

ANTONIO. No sé, no sé..., nada puedo decirte.

AMALIA. No te entiendo.

ANTONIO. Lo único que te puedo decir es que en las pocas palabras que he cruzado con él, me ha dado la impresión de un hombre razonable, muy in-

teligente. Si en efecto lo es, si es en verdad un hombre razonable no puede pasar nada.

AMALIA. Vamos, tú crees que en cuanto llegue, así, sin más ni más, va a aceptar este estado de cosas.

ANTONIO. Eso es lo razonable.

AMALIA. No te hagas ilusiones.

ANTONIO. Pues él verá. No hay otra solución. Quiera o no quiera no tiene más camino. ¡Qué va a hacer! Piénsalo bien. ¿Tú qué imaginas que puede hacer?

AMALIA. No sé. Yo supongo que pretenderá ejercer sus derechos.

ANTONIO. ¡Sus derechos! ¿Cuáles? ¿Qué derecho puede alegar un hombre sobre una mujer a la que ha abandonado por su gusto, de la que no se ha ocupado para nada en veintidós años, conscientemente, deliberadamente, y con la cual se encuentra un día, de pronto, sin buscarla? ¿Tú crees que a un hombre que procede de esta manera le importa su mujer?

AMALIA. Su mujer, no; lo que su mujer hace quizá sí.

ANTONIO. ¿Y de quién es la culpa? Lógicamente, ¿es que puede acusarte de que la tengas tú? ¿Eres tú la causante de esta situación? Si ese hombre se arriesgase a promover en esta casa el escándalo que temes quedaría a los ojos de las gentes en situación más falsa todavía, mucho más desairada que tú.

AMALIA. No lo creas. Hiciese lo que hiciese, la mayoría de la gente lo encontraría bien. Para el mundo un marido siempre tiene razón.

ANTONIO. No, siempre, no. En este caso, no. Cuando se deja a una mujer sin recursos, sin medios de vida, expuesta a todas las contingencias del Destino

y no se tiene en veinte años la elemental preocupación de averiguar de qué manera ha salido adelante, no se puede alegar cuando llega el momento indignación, asombro ni extrañeza porque esa mujer haya rehecho su vida del único modo que le fué posible. Puesto en este trance un hombre puede hacerlo todo menos mostrarse sorprendido. Sorpresa, no. Ignorancia, no.

AMALIA. Contra todas las razones morales él tendrá siempre en su abono la razón de la ley.

ANTONIO. Indiscutible. De eso no hay ni qué hablar. Si él apela a la ley, la ley le ampara. Pero no apelará. ¡Cómo lo haría! ¿Para qué? ¿Con qué fin? ¿Para castigar un agravio?... Un agravio que casi ha consentido, que, por lo menos podía suponer que existía, ya que con su conducta dió motivos sobrados... ¿Para vengarse de nosotros... de mí, de ti...; sobre todo de ti?... ¡Mezquina decisión sería esa! No lo puedo creer. Complacerse a sabiendas en inferirte un daño como ese después de todos los que te ha producido sería un refinamiento de crueldad, una falta de escrúpulos, una perversidad de alma tan grande que yo no puedo concebir en él. Sería una acción villana y canallesca, y yo, a pesar de todo, me resisto a creer que tu marido es un canalla. Y si no es por vengarse, si no es por maldad, si no es por el placer de hacerte daño ¿para qué puede ser? ¿Para legalizar la situación con un divorcio... un divorcio español, es decir, la absurda y ridícula separación de cuerpos dejando intangible el férreo lazo de la indisolubilidad del matrimouio?... ¿Nada más que la separación? ¿Y para qué? ¿Qué objeto tendría eso? Aquí no hay bienes, ni medios de fortuna, no hay interés ninguno

material que administrar ni defender... no hay hijos menores, no hay patria potestad... no hay nada. ¿Qué situación resolvería el divorcio en estas condiciones? ¿Qué lograría con ello? Promover un escándalo, dar pábulo a la maledicencia, hacer que se enterara todo el mundo, remover lo que haya de triste y vergonzoso en nuestras vidas... en la nuestra, en la suya... No, eso no puede hacerlo. ¿Para obligarte a convivir con él? ¡Qué desatino! ¿Cómo es posible concebir siquiera que tal absurdo se le pueda ocurrir?

AMALIA. Entonces, ¿qué supones que hará?

ANTONIO. Nada.

AMALIA. Insistes todavía en que va a transigir...

ANTONIO. Nada de transigir. No tiene para qué transigir. Transigir es llegar a un acuerdo, a una avenencia y él no tiene por qué. Ni arreglos, ni avenencias, ni discusiones, nada... El debe limitarse a volverse a marchar.

AMALIA. Aceptando las cosas como están...

ANTONIO. Aceptando la vida como es. Ni él ni nosotros podemos reprocharnos de haber buscado esta violenta situación. Todos somos en ello igualmente culpables.

AMALIA. Seguramente él no lo creerá así.

ANTONIO. Si es razonable tiene que creerlo.

AMALIA. No lo querrá creer. Por encima de todo estará siempre su dignidad de hombre, su resquemor de marido ultrajado, la convicción de su derecho. Tú mismo reconoces que puede ejercitarlo.

ANTONIO. Cuando quiera. Desgraciadamente en este punto no cabe discusión. La ley es clara.

AMALIA. ¿No hay modo de evitarlo?

ANTONIO. No hay manera.

AMALIA. ¿Ni demostrando el abandono... ni siquiera la presunción de muerte?...

ANTONIO. Se necesitan treinta años y un expediente judicial que tú no has hecho.

AMALIA. Pero el abandono sí puedo demostrarlo. Yo puedo demostrar que él me ultrajó primero.

ANTONIO. Aunque lo demostraras. Un delito no justifica otro delito.

AMALIA. Aun así, aun así... Yo creo que aunque él se decidiese a presentar contra nosotros una querella, lo digo bien, ¿verdad?, querella de adulterio... tendría que probarlo, ¿qué podría argüir? Que yo vivo en tu casa... No es bastante. Tú eres un hombre solo. Puedes decir que me tienes por lástima, que me recogiste apiadado de mí... que soy tu ama de llaves...

ANTONIO. Argucias leguleyas. Todo eso no sirve para nada. Además es indigno. Decorosamente no se puede admitir. Hay que afrontar la vida cara a cara, hay que tener siempre la gallardía de aceptar la responsabilidad de los actos. Yo no la rehuí nunca. Desde el primer día de nuestra convivencia desconté la posibilidad de que esto sucediese, sabía desde luego a lo que me exponía y, sin embargo, lo acepté y lo sigo aceptando. Te repito que no creo que suceda nada; pero si sucede...

AMALIA. ¿Qué?

ANTONIO. El tendrá la culpa.

AMALIA. ¿Qué quieres decir?

ANTONIO. Nada, sosiégate; no pasará nada.

AMALIA. Me das miedo.

ANTONIO. ¿Miedo? ¿Por qué? Ya ves que estoy tranquilo.

AMALIA. Pues por eso. Precisamente por eso. Es tu tranquilidad la que me asusta.

ANTONIO. Yo te prometo que por mí no sucederá nada.

AMALIA. Pero por él...

ANTONIO. Ah, no sé... Eso ya no lo sé.

AMALIA. Antonio, Antonio, dime que no hablarás con él, que no intentarás verle. Seré yo quien le hable. Soy yo quien debe recibirle y saber a qué viene, qué pretende de mí. Tú no debes intervenir en nada.

ANTONIO. Perdona; precisamente soy yo quien debe intervenir. Yo soy quien tiene la responsabilidad de este asunto y, por lo tanto, quien debe resolverlo. Estas cuestiones se zanjan entre hombres.

AMALIA. No, no, de ninguna manera. Tú menos que nadie. ¡Con qué título ni con qué derecho! ¿No comprendes que esto no puede ser? ¿Qué podrías decirle?

ANTONIO. Eso es cuenta mía.

AMALIA. No, Antonio, no; estás equivocado. Soy yo, únicamente yo la que debe hablar. Tú no eres quién para mezclarte en esto. ¿No ves que la situación es muy vidriosa, muy falsa, muy difícil..., que una palabra, la menor frase mortificadora puede provocar un insulto y el insulto llevar a la violencia, y entonces... ¡no lo quiero pensar! Mientras que siendo yo no puede ocurrir nada.

ANTONIO. ¿Tú lo crees?

AMALIA. Nada, ¡nada! Yo te lo garantizo. Si tú no intervienes no sucederá nada. Por cruda, por dolorosa que sea la entrevista, al fin y al cabo entre nosotros todo puede decirse... sin peligro. Déjame que sea yo.

ANTONIO. ¿Y si te insulta?... ¿Si intenta atropellarte?

AMALIA. No me atropellará.

ANTONIO. Pero ¿y si lo intentara?

AMALIA. Yo me defendería. ¿Crees que no sé lo que debo decirle? No te preocupes. Yo te prometo que me tendrá que oír.

ANTONIO. Precisamente eso es lo que temo.

AMALIA. Qué...

ANTONIO. Que te dejes llevar por la violencia.

AMALIA. No.

ANTONIO. ¿Estás segura de que tendrás la serenidad suficiente?

AMALIA. Sí, sí; ya verás cómo sí.

ANTONIO. Sea yo, seas tú, hay que proceder con mucha calma, sin exaltarse, serenamente, sin ira, sin rencor. Piensa que en estos trances no hay nada más funesto que la revulsión del amor propio y de la dignidad mal entendida. Eso no se perdona. Y vosotros tenéis que perdonaros mucho. Si él ha obrado mal, tú tampoco te has conducido bien. Todos somos igualmente culpables. Todos nos hemos salido del camino derecho para lanzarnos por los senderos tortuosos, y por este terreno es peligroso andar.

AMALIA. No pretenderás que he de aguantarme todo lo que me diga.

ANTONIO. No.

AMALIA. Ni tampoco a suplicarle nada, a humillarme ante él. Yo no me humillo.

ANTONIO. Ni lo uno ni lo otro. Ni altiveces, ni cobardías, ni provocación, ni humillaciones. Es necesario mantenerse firme, pero sin gritos, sin agravios, sin imprecaciones, sin reproches violentos.

Suena un timbre y pasa Felipa por el forillo.

AMALIA. Felipa.

FELIPA. Señora...

AMALIA. Si es el señor que vino esta mañana páselo usted aquí.

FELIPA. Muy bien.

Vase Felipa.

AMALIA. Déjame, Antonio.

ANTONIO. No.

AMALIA. Te lo ruego. Por lo que más quieras. Vete. Déjame a mí con él. Y oigas lo que oigas, ocurra lo que ocurra, por Dios y por la Virgen, no salgas.

ANTONIO. Calma, calma..., serenidad..., serenidad.

Vase por izquierda.

ESCENA III

Amalia y Eugenio.

EUGENIO. *(Por foro.)* Señora...

AMALIA. ¡Eugenio! *(Gran sorpresa en él.)* ¿Tan cambiada estoy que no me reconoces?

EUGENIO. ¡Amalia!

AMALIA. Amalia soy.

EUGENIO. ¿Tú?... ¿Tú aquí? ¿Qué haces tú aquí?... ¡Qué significa esto!...

Muy emocionado se apoya en el respaldo de una butaca y se lleva la mano al corazón como si le costase respirar.

AMALIA. Creí que sería yo la primera que podría

formular la pregunta. Soy yo quien lo pregunto: ¿A qué vienes aquí?

EUGENIO. Dime primero qué es lo que aquí haces tú.

AMALIA. Yo estoy en mi casa.

EUGENIO. ¡En tu casa!... ¿Esta casa es tuya?...

AMALIA. Sí.

EUGENIO. Entonces es que... Déjame, déjame que me sosiegue un poco. *(Sentándose.)* Ahora hablaremos. Hablaremos con calma y hablaremos de todo, porque sospecho que tenemos muchas cosas que hablar. Siéntate.

AMALIA. Gracias, estoy bien así.

EUGENIO. Siéntate, te lo ruego, sería para mí muy violento hablar en esta forma, y yo no puedo, al menos por ahora, hacerlo de otro modo. Estoy muy malo, Amalia, estoy muy malo. No te lo digo para que me compadezcas sino para que comprendas muchas cosas que quizá de otro modo no te explicaras bien.

AMALIA. No necesito explicaciones. Si te violentan puedes suprimirlas. No quiero saber nada. Yo lo único que quiero...

EUGENIO. ¿Qué quieres?... ¿Qué deseas de mí? *(Amalia va a hablar, pero no se decide.)* Dime qué es lo que quieres.

AMALIA. Quiero sencillamente que respetes mi situación.

EUGENIO. Dime ante todo cuál es tu situación.

AMALIA. ¡Eugenio!

EUGENIO. Te escucho. Dilo. No te dé reparo. Dilo con lealtad. Vives con un hombre, ¿no es eso?

AMALIA. Sí.

EUGENIO. ¿Desde cuándo?

AMALIA. Desde que tú me abandonaste.

EUGENIO. Y pretendes que yo...

AMALIA. Pretendo lo que es justo. Nadie mejor que tú sabe en qué condiciones me dejaste..., desamparada..., sola...

EUGENIO. No hablemos de eso.

AMALIA. ¡Cómo no hablemos de eso! Si precisamente todo arranca de ahí. ¡Cómo no hemos de hablar! ¡Naturalmente!

EUGENIO. Yo te agradecería que no habláramos de eso.

AMALIA. Te hace daño, ¿verdad? ¿Te mortifica?... Encuentras doloroso que te lo recuerde y no me concedes el derecho de que me duela a mí.

EUGENIO. No es por eso.

AMALIA. Pues ¿por qué?

EUGENIO. Porque en estos momentos no resolvería nada, no serviría absolutamente para nada, ni siquiera para satisfacer la crueldad de avivar el dolor de la llaga que el recuerdo abriría. ¡Qué importa un dolor más para quien tantos ha sufrido, para quien como yo tan hecho está a sufrir!

AMALIA. ¿Y yo? ¿Es que crees que no he sufrido yo?

EUGENIO. Razón demás para que no insistamos. ¡A qué mortificarnos con recriminaciones! ¡Qué me podrías decir que yo no me haya dicho!

AMALIA. Reconoces al menos que te has portado mal.

EUGENIO. ¿Te sirve de algo que lo reconozca? ¿Para qué te hace falta? ¿Para perdonarme? ¿Para compadecerme? ¿Para gozarte en mi expiación y en mi remordimiento? O es que quieres hallar en la

conducta mía razones que te valgan para justificación de la tuya.

AMALIA. Yo lo único que quiero es que te acuerdes bien de cómo me dejaste, de por qué me dejaste... que me digas de frente, cara a cara, si yo te di motivo para aquella determinación.

EUGENIO. No.

AMALIA. Yo fuí contigo buena, cariñosa, leal... te acepté ilusionada y me doblegué a ti inocente y contenta llena de buena fe. Fuiste tú desde el primer día quien procedió mal. ¡Desde el primer día! Te casaste conmigo a sabiendas de que no podías quererme porque estabas ciegamente apasionado de otra. Si querías a otra, si a mí no me querías ¡para qué te casaste!

EUGENIO. Aunque lo dijese no lo querrías creer.

AMALIA. Dilo, dilo... ¡Qué importa lo que digas! ¡Qué podrás decir que justifique aquella infamia!

EUGENIO. Infamia, no. Yo he obrado mal, pero a sabiendas, no. Yo también como tú iba de buena fe. Yo también te quería, por lo menos me hacía la ilusión de quererte. Si me casé contigo fué porque creí que era el único medio de librarme de una mala pasión que era mi ruina y mi vergüenza.

AMALIA. Pero no pudiste....

EUGENIO. Fué más fuerte que yo.

AMALIA. ¡Es esa toda la justificación que has encontrado! Pero aunque así fuese, aunque fuera verdad, ¿es que se puede hacer lo que hiciste conmigo?... Dejarme sola, sin amparo de nadie, con una hija pequeña...

EUGENIO. ¿Vive?... ¿Vive... mi hija?

AMALIA. ¡Tuya!... No, mía. Es mía nada más. ¿Qué tienes tú que ver con ella?... ¿Te has ocupado de ella

para nada? ¿Has tenido en veintidós años ni siquiera una vez la preocupación de que existía?

EUGENIO. Aunque tú no lo creas la he tenido siempre.

AMALIA. Poco se ha conocido.

EUGENIO. Pues aunque no lo creas. Yo me he acordado siempre de vosotras..., siempre. Siempre mi pensamiento ha estado aquí. Te asombra, ¿verdad?

AMALIA. Me asombra... tu cinismo.

EUGENIO. No es cinismo; es lealtad. Te juro que nunca he sido más sincero que hoy. Vas a saberlo todo.

AMALIA. No quiero saber nada. No me cuentes nada. ¡Para qué!... ¡Para qué!

EUGENIO. Es preciso, es necesario que lo sepas. No califiquemos la manera que tuve de dejaros. En este punto concreto toda, absolutamente toda la razón es vuestra. No hay disculpa para mí. Estaba ciego, desatinado, loco..., no supe lo que hacía. Cuando lo quise ver ya el mal estaba hecho, no había arreglo posible..., no me quedaba ni la esperanza de la enmienda, ni el recurso de liberarme, no podía romper porque romper aquello habría sido cometer otra infamia, hacer la desgracia de otros inocentes que tampoco podían tener la culpa. Y con qué usura, con qué implacable crueldad la vida me hizo pagar la deuda. Todo se paga aquí. Tarde o temprano todo aquel que obra mal halla su merecido. Uno tras otro vi morir a todos los que amaba, vi cómo se tronchaba la juventud lozana de mis hijos. Me encontré solo, completamente solo, enfermo, viejo, triste... ¡Cuántas veces me acordé de vosotras! Pero ¡qué podía hacer! ¡Qué iba a hacer ya! ¡De qué manera me hubiera pre-

sentado! ¡Qué os hubiera podido decir! Ni vosotras me habríais comprendido ni yo tenía valor para pediros que me perdonarais. Además había algo dentro de mí que me decía que no debía venir.

AMALIA. No debiste venir.

EUGENIO. No lo he buscado. Bien sabe Dios que yo no sabía nada. Llevo dos meses escasos en España, en Madrid. No he visto a nadie, no he preguntado a nadie, no he querido saber... Me daba miedo.

AMALIA. Miedo, ¿de qué?

EUGENIO. De todo: del pasado, del presente, de mí...

AMALIA. ¿Y quién tiene la culpa?

EUGENIO. Yo, yo, únicamente yo. No discutamos más. ¿En dónde está mi hija? Quiero verla.

AMALIA. Ahora no puede ser.

EUGENIO. ¿Por qué?

AMALIA. Porque no está.

EUGENIO. No me mientas, Amalia.

AMALIA. No te miento.

EUGENIO. ¿En dónde está mi hija?

AMALIA. Trabajando.

EUGENIO. ¡Trabajando!... ¡Mi hija tiene necesidad de trabajar!

AMALIA. ¿Qué fortuna la dejaste tú para que no trabajase? ¿Qué me dejaste a mí para que la sacara adelante?

EUGENIO. Desde hoy no trabajará más. Ahora mismo lo arreglaré yo todo.

AMALIA. ¿Arreglar?, ¿el qué? No hay nada que arreglar. Llegaste para eso demasiado tarde. Ni ella ni yo queremos nada tuyo. No te necesitamos para nada.

EUGENIO. ¡Amalia!

AMALIA. Para nada, ¿lo oyes? Para nada. No tenemos para nada necesidad de ti.

EUGENIO. Bueno, pero..., perdona. Vamos a ver..., vamos con calma. ¿Qué es lo que pretendes?

AMALIA. Pretendo lo que es justo. Nada más. Yo no te exijo nada. Te ruego solamente, te suplico que ya que en veintidós años no has querido ocuparte de nosotras, continúes haciendo lo mismo de hoy en adelante. No quiero nada más. Ya ves si es poco.

EUGENIO. Comprenderás, Amalia, que eso no puede ser.

AMALIA. Pues entonces, ¿qué quieres? ¿Qué es lo que te propones? ¿Es que después de haberme destrozado la vida quieres venir ahora a deshacérmela por segunda vez? ¿Es eso lo que quieres? ¿Es que eso puede ser en buena ley de Dios? ¿Es que no te basta haberme hecho una vez desgraciada, sino que quieres que de nuevo lo sea ahora ya definitivamente? Pero, ¡tú qué has creído! ¡Qué concepto tienes de lo que ha pasado! ¡Quién piensas que soy yo! ¡Cómo supones que entre nosotros puede existir ya nada, nada, ni coincidencias, ni perdón, ni olvido!... Todo eso se acabó. No hay nada de común entre nosotros.

EUGENIO. Aunque no lo quieras, lo hay. Por encima de todo hay algo consustancial en nuestra vida que aunque queramos no se puede romper. Yo no te he buscado. Bien sabe Dios que nada hice para provocar esta situación, pero ya que ha venido no tengo más remedio que aceptarla. Comprenderás que decorosamente no puedo consentir...

AMALIA. ¡Decorosamente! ¿Qué decoro te detuvo cuando me abandonaste?

EUGENIO. ¡A qué mortificarnos con reproches! Escúchame con calma. No quiero hacerte daño; no trato de imponerme ni pretendo tampoco tu perdón ni tu olvido. Tienes mucha razón: entre nosotros ya no puede haber nada; pero al mismo tiempo reconocerás, si eres justa, que esta situación vuestra no debe subsistir, no puede subsistir. Si hasta ahora teníais una excusa, ya no la tenéis. Desde el momento en que yo estoy aquí, ni mi hija ni tú podéis dignamente, decorosamente, depender de nadie.

AMALIA. ¡Pero es que crees que no hay mas que intereses, conveniencias, materialidades!... ¿Es que no concibes que en todo este tiempo se ha podido crear algo más hondo que ni tú ni nadie puede ya desligar? ¡Pero tú no sabes que yo quiero a ese hombre, que le quiero con toda mi alma, como no te he querido a ti nunca, porque nunca me diste motivo para quererte así!

EUGENIO. ¡Amalia!

AMALIA. Nunca, ¡nunca! ¡Qué hiciste tú para que te quisiera! ¡Dejarme abandonada!

EUGENIO. Convengamos en que te desquitaste bien pronto.

AMALIA. ¡Qué iba a hacer!

EUGENIO. Lo que hace toda mujer honrada cuando quiere ser digna; buscar en la energía de sus propias fuerzas la honorabilidad de su conducta. Para ti fué más fácil venderte al primero que te salió al camino. Era mucho más cómodo.

AMALIA. Injúriame encima.

EUGENIO. Bien, basta. ¡A qué seguir! Ya sabes mi propósito.

AMALIA. Nunca, no lo intentes. Eso nunca, jamás.

EUGENIO. Olvidas que por encima de todo, quieras o no quieras, soy tu marido.

ESCENA IV

Dichos y Antonio.

ANTONIO. *(Por izquierda.)* No, perdone usted: el marido soy yo. Usted lo ha sido, pero ya no lo es. Usted, con su conducta, ha hecho dejación voluntaria de esa condición, y no puede usted venir a reclamarla, porque para reclamar un derecho no basta que la ley lo conceda, es necesario mirarse hacia adentro y tener la conciencia segura de que uno es digno de él, de que uno tiene capacidad moral para ejercerlo. Si usted no ha querido cumplir con su deber, ¡con qué autoridad puede venir ahora a exigir un derecho!

EUGENIO. ¿Y usted quién es para pedirme explicaciones?

ANTONIO. ¿Que quién soy yo? Lo que usted no ha sido, lo que usted deliberadamente ha renunciado a ser. Usted ¿qué ha hecho? Tirar a una mujer en medio del arroyo, dejarla expuesta a todas las asechanzas de la vida, ponerla en la pendiente para que resbalase entre el dilema espantoso del hambre y la vergüenza... Si esta pobre mujer hubiera caído, si usted ahora, al llegar a Madrid, se la hubiera encontrado cotizándose por las esquinas, ¿qué habría usted hecho con ella? ¿Qué habría usted hecho para reparar ese decoro que tanto le preocupa?

AMALIA. ¡Antonio!

ANTONIO. Yo la recogí, la uní a mi suerte, la llevé

a mi casa, la hice mi compañera, y si no ante la ley, porque ante la ley no era posible, para todo el mundo fué siempre mi mujer. Usted la tiró y yo la levanté; usted la afrentó y yo la enaltecí; usted la hizo sufrir y yo la he hecho dichosa. ¡Y todavía quiere usted pretender que usted es el marido!... Usted no es nada. Aquí no hay más marido que yo. El marido soy yo..., y usted se va a la calle.

Eugenio quiere hablar y no puede; le da un síncope y cae en la butaca. Sobrecogidos por la sorpresa Antonio y Amalia no saben qué hacer. El se repone, se levanta y con un gran esfuerzo consigue al fin hablar.

EUGENIO. Comprenderán ustedes que esto no queda así..., esto no puede solucionarse así... Ya..., ya lo resolveremos más despacio... No es culpa mía si no es posible ahora..., pero ya llegará..., ya llegará... *(A Amalia que va a cogerle porque vacila.)* No, no me toques... No me toquen ustedes... No necesito a nadie...

Vase por derecha.

ESCENA V

Amalia, Antonio y Conchita.

CONCHA. *(Por foro.)* ¿Qué pasa?... ¿Qué os sucede?... ¿Por qué estáis así?... ¿Qué os ha ocurrido?... ¿Habéis tenido algún disgusto?... Pero hablad, respondad..., ha sido eso, ¿no?... *(A Amalia.)* Siempre habrás tenido tú la culpa. *(Abrazando a Antonio.)* No hagas caso, papá; ya la conoces. Ya sabes cómo es. No la hagas caso.

TELÓN.

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

Amalia *sentada en una butaca, muy abatida.* **Antonio** *y* **Concha** *de pie. Luego,* **Felipa.**

AMALIA. Ya lo sabes todo. Esto es lo que ha pasado. Esta es la situación.

CONCHA. Bien, y después de esa entrevista tan violenta ¿qué creéis ahora que sucederá?

ANTONIO. ¡Quién puede preverlo! Desde luego nada bueno para ninguno. En la actitud en que se ha colocado, en que todos nos hemos colocado, difícilmente puede haber esperanza de arreglo; no cabe ya ninguna solución razonable.

CONCHA. Bueno, pero él ¿qué puede hacer?

ANTONIO. Ay, hija mía; desgraciadamente puede hacerlo todo. Estamos por completo entregados al arbitrio de su decisión.

CONCHA. De modo que si él quiere... *(Antonio baja la cabeza.)* Pero eso sería inicuo... Y absurdo... No, no, esto no puede ser. No debe ser.

AMALIA. Aquí lo lamentable es cómo viene. Tú

no le has visto, Concha, y por lo tanto, no puedes darte idea del estado en que está.

CONCHA. ¿Crees verdaderamente que está malo?

AMALIA. Muy malo, hija, muy malo. Tu padre está muy mal.

CONCHA. Bueno, pero nosotros ¡qué le vamos a hacer!

AMALIA. Lo que tú ahora deberías hacer, puesto que sabes todo lo ocurrido...

CONCHA. ¿Qué debería hacer?

AMALIA. Entrar a verle.

CONCHA. ¿Yo? ¿Para qué?

AMALIA. Para preguntarle si necesita algo...

CONCHA. Yo no entro, porque si entrara, ten la seguridad de que sería peor.

AMALIA. Si en efecto es así, tienes razón: vale más que no entres. Si es por otro motivo, te advierto que no consigues nada porque tarde o temprano le has de ver. Comprenderás que vuestra entrevista es inevitable.

CONCHA. Sí, pero será cuando deba ser.

AMALIA. ¿Qué quieres decir?

CONCHA. Yo me entiendo y basta.

AMALIA. De manera que no quieres entrar...

CONCHA. Ahora, no.

AMALIA. Pues yo no estoy tranquila.

CONCHA. ¿Qué temes que le pueda ocurrir?

AMALIA. No sé, no sé... Yo no estoy tranquila. *(Se acerca a la pared y toca el timbre.)*

FELIPA. *(Por foro.)* ¿Llamaban los señores?

AMALIA. Oigame, Felipa: entre en el cuarto del señor y pregúntele si necesita algo.

FELIPA. Muy bien. *(Medio mutis por derecha.)*

AMALIA. *(Atajándola.)* No, no, por aquí no... por allí.

FELIPA. Muy bien, señora. *(Vase por foro y vuelve al poco rato por derecha.)* Dice el señor que no necesita nada.

AMALIA. ¿Qué hace?

FELIPA. Nada, señora; no hace nada. Está muy tranquilo sentado en un sillón.

CONCHA. Ya lo ves.

Suena un timbre.

AMALIA. Han llamado. Es en la puerta, ¿verdad?

FELIPA. Sí, señora, en la puerta. Voy a abrir.

Vase por foro.

ESCENA II

Dichos y Gaspar.

GASPAR. *(Por foro.)* ¿Se puede?

AMALIA. Adelante. Ah, ¿es usted, don Gaspar? ¿Venía usted por Pepita?

GASPAR. No, no..., ya sé que Pepita no está. Bajo yo ahora de casa. La he dejado en casa. Me ha ido a buscar a la oficina y hemos venido juntos.

ANTONIO. Ya.

GASPAR. Pepita me lo ha contado todo. Y yo venía a decirles a ustedes que la perdonasen si no puede bajar.

AMALIA. Por Dios, don Gaspar, no valía la pena.

GASPAR. Sí, sí, valía la pena porque... Además yo quería hablar con usted.

ANTONIO. ¿Conmigo?

GASPAR. Si usted no tiene inconveniente.

ANTONIO. Ninguno. Estoy a su disposición.

GASPAR. El caso es...

ANTONIO. Ah, ¿tiene que ser a solas?

GASPAR. Si a usted no le molesta, yo lo preferiría.

ANTONIO. *(A Concha y a Amalia.)* ¿Queréis dejarnos un momento? *(Concha y Amalia salen por izquierda.)* Bueno, pues... usted dirá.

GASPAR. Antonio, usted no se ha portado lealmente conmigo. Usted no ha correspondido a la sincera confianza que desde el primer día de conocernos tuve con usted. Usted me ha engañado.

ANTONIO. ¡Don Gaspar!

GASPAR. Me ha engañado usted. Usted ha debido decirme la verdad. Entre hombres todo puede decirse, porque los hombres todo lo comprendemos, y comprender es más que perdonar. Por haberlo sabido yo no le habría estimado a usted menos, y en cambio tendría que agradecerle que no me hubiese puesto en la situación en que estoy. Porque yo, mi querido amigo, tengo una hija de veinte años, un ángel de candor y de inocencia que he dejado confiadamente alternar con ustedes, que he permitido a todas horas entrar en esta casa.

ANTONIO. ¿Y qué hay en esta casa que su hija no haya podido ver?

GASPAR. ¡Y usted me lo pregunta!

ANTONIO. Le pregunto qué ha visto.

GASPAR. Hombre... ver... tanto como ver... supongo que no habrá visto nada. ¡No faltaría más! Pero mi hija ha salido con Amalia, las dos han ido juntas por la calle, de compras, a teatros..., ¿usted cree que una niña soltera, una hija de familia de conducta intachable, puede exhibirse en público con una mujer...

yo no quiero ofenderla; yo sé mejor que nadie lo que vale Amalia; pero, al fin, una mujer casada, que vive íntimamente con su amante?... ¿Cree usted que eso está bien? ¿Es que, por ventura, mi hija, con todo esto, sale ganando nada?

ANTONIO. Bueno, pero vamos a ver, don Gaspar...» vamos a ver... ¿Usted procede en la vida por lo que piensan las gentes o por lo que le dicta su conciencia?

GASPAR. Por las dos cosas.

ANTONIO. No, por las dos cosas, no. Porque si la gente, por torpeza, por ignorancia o por malicia, comete una arbitrariedad, y a usted le consta que es una arbitrariedad, ¿va usted a torcer la rectitud de su conciencia sólo por seguir la opinión de la gente?

GASPAR Según, según; dependerá del caso.

ANTONIO. En este caso.

GASPAR. En este caso, sí. Es decir, en este caso no tendré siquiera necesidad de torcer nada, porque mi conciencia está toda conforme con el modo de pensar de la gente.

ANTONIO. ¡Don Gaspar!

GASPAR. Perdone usted; pero yo soy muy franco.

ANTONIO. Hace dos horas, en este mismo sitio, decía usted llenándose la boca que Amalia era la mujer más buena que conoció en su vida.

GASPAR. Sí, señor.

ANTONIO. Pedía usted a Dios que su hija se le pareciese y añadía usted que para guardarla ninguna le ofrecía más confianza que ella.

GASPAR. Sí, señor, sí, señor... es verdad.

ANTONIO. Y ha bastado dos horas, el efímero espacio de dos horas, para que todo ese alto concepto de bondad, de seriedad, de rectitud que usted tenía

formado de nosotros se haya desvanecido. No ha servido de nada que usted nos conociera, que nos haya tratado íntimamente, que haya tenido ocasión de apreciar por sí mismo nuestras buenas y malas cualidades... Ha sido suficiente...

GASPAR. Sí, sí, no siga usted. Todo eso es verdad; pero es que yo creía...

ANTONIO. ¿Qué creía usted?

GASPAR. Yo creía que Amalia era...

ANTONIO. ¿Qué era? Continúe usted. Complete usted la frase. Una mujer honrada. ¿No es eso? Y resulta que ahora ya no lo es. Ni ella es honrada ni yo soy para usted un caballero. Ninguno de los dos somos ya dignos de que nos den la mano las personas decentes.

GASPAR. No, no, por Dios, no es eso; no se exalte usted. Amalia a mí... y usted también, lo mismo, me merecen individualmente los mayores respetos. Ya se lo dije antes: yo lo comprendo todo. Pero, mi querido amigo, hay que hacerse cargo de lo que es el mundo. Usted es muy bueno, Amalia es muy buena, pero ustedes no viven como manda Dios. Esto es incuestionable, y esto es lo que motiva la dificilísima situación en que ustedes están. Porque... vamos a ver: usted me va a permitir que le haga una pregunta: Tal como se han puesto las cosas, ¿qué va usted a hacer para salir de este conflicto?

ANTONIO. No lo sé.

GASPAR. ¡Ve usted! Ni usted mismo lo sabe. ¡Claro, como que no es posible! Cuando surge un problema porque en la vida se ha procedido mal, nunca hay manera de arreglarlo bien. Si usted no se enfadara yo me atrevería a darle a usted un consejo: elimínese usted.

ANTONIO. ¡Don Gaspar!

GASPAR. Es un consejo leal, de buen amigo. Hágame usted caso. Márchese antes de que le echen.

ANTONIO. ¡Pero cómo me voy a marchar!

GASPAR. Siempre hay una fórmula decorosa para salir airoso. Búsquela usted y aprovéchese de ella. No hay otra solución. Porque, piénselo usted bien: ni social, ni moral ni legalmente usted está en condiciones de contender con el marido. Diga lo que diga, haga lo que haga, a usted no le cabe más recurso que bajar la cabeza y someterse. Pero es que además, y quizá para usted sea lo más amargo, se va a encontrar sin el apoyo de los otros. Cuando Conchita sepa...

ANTONIO. Lo sabe ya.

GASPAR. ¿Y qué ha dicho?

ANTONIO. No ha dicho nada.

GASPAR. ¿Ve usted? No ha tenido delante de usted el valor de decirlo. Pero ya lo dirá... ya lo dirá. Ya la verá usted abrir los brazos y arrojarse en los de él. Si es natural, señor, si esta es la vida... ¡Cómo una hija no va a querer a su padre! ¡En qué cabeza cabe que púede preferir un extraño a quien le ha dado el ser! No se haga usted ilusiones. Por mucho que le quiera, por muchas cosas que esa muchacha tenga que agradecerle, en cuanto vea a su padre se olvidará de todo y le dejará a usted. No le quepa duda, le dejará por él. Es lo humano, lo lógico, lo que debe ser. Los hijos son para los padres y los padres para los hijos... Y la misma Amalia, ¿cree usted que a estas horas no está ya pesarosa y medio arrepentida?.. ¿Que no se da cuenta, mucho mejor que usted, de la trascendencia de la situación, que no está deseando, preparando quizá una fórmula de concordia que de-

corosamente lo compagine todo?... Al fin y al cabo ese hombre es su marido, el padre de su hija... es el concepto fundamental de la familia lo que hay que defender... Todo esto es muy sagrado, todo esto pesa mucho... Sí, amigo mío, esta es la realidad; ellos se entenderán, se arreglarán, se lo perdonarán todo mutuamente y usted resultará la única víctima. Yo se lo advierto con toda lealtad. Hágame usted caso. Anticípese usted. Márchese usted antes de que le echen.

ANTONIO. Bien, don Gaspar, pues yo lo pensaré.

GASPAR. Sí, sí, piénselo usted porque vale la pena. Y ya que sabe cuáles son los motivos perdonará que no baje Pepita.

ANTONIO. Perdonada.

GASPAR. Usted me hará el favor de explicárselo a Amalia y a Conchita en la forma que mejor le parezca para que no se lastimen... ¿verdad?

ANTONIO. Descuide usted.

GASPAR. Bueno, pues entonces yo me voy a almorzar, que con todas estas cosas no lo he hecho todavía. Adiós, querido Antonio.

ANTONIO. Vaya usted con Dios.

Gaspar vase por el foro.

ESCENA III

Antonio y Amalia.

AMALIA. *(Por izquierda.)* ¿Qué te quería don Gaspar?

ANTONIO. Nada, tonterías.

AMALIA. Pero en resumen, ¿qué?

ANTONIO. Nada, no te preocupes.

AMALIA. De algo habréis hablado.

ANTONIO. ¿No te lo estoy diciendo? Tonterías. ¿Tú concibes que a don Gaspar pueda ocurrírsele nada interesante? Don Gaspar es la majadería personificada, la vulgaridad andante, el lugar común hecho persona, el compendio de todos los tópicos, de todos los prejuicios, de todas las rutinas, el representante perfecto de la honorabilísima clase media española.

AMALIA. Y concretamente en este asunto nuestro ¿qué piensa don Gaspar?

ANTONIO. Don Gaspar piensa que yo debo marcharme.

AMALIA. ¿Eso te ha dicho?

ANTONIO. Sí. Don Gaspar cree que marchándome yo todo se arreglaría.

AMALIA. No se arreglaría nada. Y sin embargo...

ANTONIO. ¿Qué?... Habla. ¿Qué ibas a decir? No te detengas. ¿Es que tú crees también que esa es la solución?

AMALIA. Solución, no.

ANTONIO. Entonces...

AMALIA. Oyeme, Antonio: escúchame con calma.

Tú me conoces bien. Tú sabes quién soy yo. Tú no puedes tener la menor duda de la nobleza de mi proceder, de lo que he sido para ti, de lo que soy, de lo que seré siempre..., ¡siempre!, ocurra lo que ocurra, ¿no es verdad?... ¿No es verdad que tú sabes que para mí no hay nadie más que tú?... Si ese hombre se hubiera presentado en otra situación, sano, fuerte, animoso, nada absolutamente tendríamos que hablar. Nada tendrías que decirme porque yo sabría perfectamente lo que tenía que hacer. Nada me importaría: ni amenazas, ni escándalos, ni gritos, ni violencias. Para sacarme de aquí tendrían que arrancarme a la fuerza, arrastras por los suelos..., y ni así..., ni aun así... Puesta en la pendiente yo me lo juego todo. Pero tú has visto cómo viene ese hombre, acabado, agotado, hecho una ruina. Eso no es un hombre, es un muerto que anda... Y en este trance yo te pregunto, Antonio, qué es lo que debo hacer; yo quiero que me digas noblemente, con franqueza, puesto en mi caso qué es lo que harías tú.

ANTONIO. No se trata de lo que haría yo, sino de lo que quieres tú hacer.

AMALIA. Lo que quiero, no; lo que debo.

ANTONIO. ¿Y cuál es tu deber?

AMALIA. Mi deber es cuidarle.

ANTONIO. ¿Por... lástima?

AMALIA. Sí; también por lástima.

ANTONIO. Vas a tener piedad de quien no la tuvo contigo.

AMALIA. Eso a mí no me importa.

ANTONIO. Y en cambio no la tienes de mí.

AMALIA. Tú no me necesitas.

ANTONIO. ¡Lo crees sinceramente!

AMALIA. Antonio, Antonio, no me martirices..., no añadas al sufrimiento que ya tengo el tormento mayor de tus reproches. ¿Es que a estas alturas vas a dudar de mí?... Tú que lees en el fondo de mi alma, ¡qué intención vas a dar a lo que digo!

ANTONIO. Nunca dudé de ti.

AMALIA. Entonces, ¿por qué ese tono despectivo de recriminación?

ANTONIO. No es recriminación. Quiero advertirte sólo de lo injusto de tu proceder.

AMALIA. ¿Crees que procedo mal?

ANTONIO. Por lo menos equivocadamente. Tú eres muy buena, Amalia, y por ser muy buena te dejas llevar demasiado por los impulsos de tu corazón. Bien están los buenos sentimientos, pero no hay que confundir el sentimentalismo con la sensiblería. Tú no tienes obligación ninguna de cuidar a ese hombre.

AMALIA. ¡Antonio!

ANTONIO. Además tu excelente intención no serviría de nada. Sería inútil.

AMALIA. ¿Inútil?

ANTONIO. Inútil, completamente inútil. ¿Tú crees que tu marido puede avenirse a que le cuides? ¿Crees que decorosamente puede aceptar la conmiseración que quieres ofrecerle a cambio de olvidarse de todo, de perdonarlo todo, de transigir con todo?... ¡Cómo lo va a aceptar! Y si lo aceptase, si a pesar de todo en un instante de sordidez y de egoísmo transigiera con... eso, ¿merecería entonces la conmiseración?

AMALIA. Yo no sé, no sé, no entiendo de estas cosas..., no las quiero pensar. Yo lo único que sé es que ese hombre está enfermo, que es mi marido y que yo tengo el deber de cuidarle.

ANTONIO. El deber, no.

AMALIA. El deber. Yo no quiero que el día de mañana mi hija pueda echarme en cara que yo abandoné a su padre cuando se estaba muriendo.

ANTONIO. ¿Te ha dicho algo tu hija?

AMALIA. No, no, nada..., al contrario. Se sostiene cada vez más entera y más firme. Pero es que no le ha visto, y como no le ha visto no sabe cómo está. Cuando le vea se le partirá el alma.

ANTONIO. De modo que don Gaspar tenía razón. Resulta que soy yo el que debe marcharse. Debo marcharme antes de que me echéis.

AMALIA. ¡Antonio!

ANTONIO. Eso me dijo don Gaspar, y yo, necio de mí, le juzgué un majadero.

AMALIA. Que don Gaspar te dijo...

ANTONIO. Aquí mismo, hace cinco minutos. No se haga usted ilusiones. Ellos se entenderán, se arreglarán, se lo perdonarán todo mutuamente y usted resultará la única víctima.

AMALIA. No, no, Antonio, eso, no. Tú sabes que no es eso.

ANTONIO. Yo no sé más que lo que tú me dices.

AMALIA. ¡Pero vas a dudar de lo que yo te quiero!

ANTONIO. Me haces dudar de todo.

AMALIA. Pero ¡también de mí!

ANTONIO. Sí, hasta de ti también. Te oigo hablar y me estoy preguntando si todas estas cosas que me dices, lástima, compasión, deber, obligaciones, no serán mas que excusas que te das a ti misma para ocultar tus verdaderos sentimientos, la suprema razón que te lleva a ese hombre.

AMALIA. ¡Jesús, Jesús!... Pero ¿has pensado eso?

ANTONIO. Eres tú quien me lo hace pensar.

AMALIA. ¡Pero tú crees que yo lo hago por gusto! ¿Es que por ventura puedo hacer otra cosa?... ¡Qué quieres que haga! ¡Qué es lo que puedo hacer, pobre de mí, más que sacrificarme!

ANTONIO. A ti y a los demás.

AMALIA. No, yo sola. Únicamente yo. Yo soy la única que lo debo sufrir. Es un castigo que me cae del cielo y lo soportaré.

ANTONIO. ¡Pero qué necesidad tienes de soportar tú nada!

AMALIA. Es mi marido, Antonio, el padre de mi hija... es una desgracia para mí que lo sea, es una crueldad horrible de la vida, pero lo es... ¡Yo qué le voy a hacer!

ANTONIO. Pero no te he dicho que aunque tú...

AMALIA. No me digas nada, Antonio de mi vida, no me atormentes más. Yo te adoro con toda mi alma, yo no he querido en el mundo a nadie más que a ti, a nadie... ¡a nadie! Cerca, lejos, aquí, en donde sea, para mí no habrá nunca en el mundo otro hombre más que tú. Pero es preciso, absolutamente preciso que nos separemos.

ANTONIO. ¡Separarnos! ¿Sabes lo que dices?

AMALIA. Sí, lo sé; por desdicha lo sé.

ANTONIO. ¡Pero qué idea loca ha trastornado tu imaginación! ¡Qué ha pasado por ti para cambiar radicalmente de este modo! Hace una hora no pensabas así... Precisamente has sido tú con tu nerviosismo, con tus intemperancias la que ha precipitado todo esto... Y ahora sin más ni más, sin otra excusa que un arrebato de sentimentalismo pretendes nada menos que tú y yo concluyamos. ¡Pero no ves que esto

es absurdo!... ¿No comprendes que no tiene sentido común? ¿Pero tú crees que una vida como la nuestra, que veinte años de vida se pueden destrozar en una hora porque a ti se te antoje?

AMALIA. Antonio mío, ¡pero si no soy yo la que lo quiero!

ANTONIO. ¿Pues quién es?

AMALIA. No sé, no sé... yo no me sé explicar. Lo siento dentro, pero me faltan palabras para convencerte. Yo estoy segura de que tengo razón. Si tú fueras mujer y te encontraras en mi caso procederías exactamente igual.

ANTONIO. No se me alcanza la razón.

AMALIA. ¡Pero tú no has visto cómo viene ese hombre!

ANTONIO. ¡Pero a ti te importa algo ese hombre!

AMALIA. A mí, nada. Me tiene sin cuidado.

ANTONIO. Entonces...

AMALIA. Me importa mi conciencia.

ANTONIO. ¿Tu conciencia?

AMALIA. Sí, mi conciencia. Contra todo lo que tú supongas nuestra vida está rota. No es él, ni tú ni yo quien la rompemos, es ella sola la que se deshace. Porque una vida para que sea tal vida necesita apoyarse en la fuerza moral que da la convicción de proceder bien. Sólo teniendo la conciencia tranquila se puede ser dichoso. ¡Y cómo habría de serlo ya contigo teniendo a todas horas el remordimiento de que obraba mal!... Sí, mal, muy mal... Ante Dios, ante el mundo, ante mí misma yo sería una mala mujer si desamparara a ese hombre.

ANTONIO. Prejuicios.

AMALIA. Serán prejuicios, será lo que tú quieras, pero lo siento así... me han educado así.

ANTONIO. Amalia... desde el día en que la suerte o la desgracia te pusieron en mi camino me formé el propósito de no ser un obstáculo en tu vida. No tuve más afán que el de hacerte dichosa. No te he dado un disgusto. No creo nunca haberte contrariado en nada; no me opuse jamás a tus deseos. Hoy te digo lo mismo, lo de siempre: haré lo que quieras. Pero piénsalo bien. Creo sinceramente que estás equivocada. Vas a hacer un sacrificio superior a tus fuerzas y, lo que es más triste, que nadie te ha exigido y que nadie te sabrá agradecer. Estoy seguro de que tú misma te arrepentirás. Y entonces... No lo digo por mí. Ocurra lo que ocurra a mí me encontrarás siempre. Pero ¿y tú? ¡Quién te compensará de la amargura de haber provocado un dolor que pudiste evitar!

AMALIA. No hay más remedio, Antonio. Yo lo siento por ti.

ANTONIO. No hablemos para nada de mí. Yo afronto siempre las cosas cara a cara. Si tú lo exiges, si verdaderamente crees que es necesario yo haré lo que tú digas.

AMALIA. Me perdonas, ¿verdad?

ANTONIO. Piénsalo antes. Yo haré lo que quieras; pero piénsalo bien, serenamente, reflexivamente, no por el impulso de un momento, no en un ataque de nerviosidad... No te dejes llevar por un arrebato de sentimentalismo. No tengas compasión de quien no la tuvo de ti.

AMALIA. Dios mío, Dios mío, ¡tan feliz como yo era!... ¡Tan dichosa como yo vivía!

ANTONIO. Como aún puedes vivir.

AMALIA. No, ya no.

ANTONIO. Sí, todavía..., piénsalo bien, Amalia.

AMALIA. No, no... ya no es posible.

Se va llorando.

ESCENA IV

Antonio y Concha

CONCHA. *(Por izquierda.)* ¿Qué le has dicho a mamá que entró llorando?

ANTONIO. Nada, hija mía; no le he dicho nada. Es ella quien me ha dicho, la que me ha propuesto...

CONCHA. ¿Qué?

ANTONIO. Separarse de mí.

CONCHA. ¡Separarse de ti!... ¿Reñir vosotros? ¿Pero por qué? ¿por qué?

ANTONIO. Porque entiende que su obligación es cuidar a tu padre.

CONCHA. ¡Qué locura! ¡De ninguna manera! ¡Cómo vais vosotros a truncar vuestra vida! ¡Es que no hay más que romper un afecto porque lo quiera nadie!... ¡Eso no puede ser!

ANTONIO. Tú lo entiendes así...

CONCHA. ¡Naturalmente! Y tú. Y ella misma, diga lo que quiera. ¡Cómo es posible que eso lo piense en serio, que un desatino de esa naturaleza le pueda a ella ni a nadie salir del corazón!... No te asustes, papá, no la hagas caso. Está excitada, preocupada, nerviosa..., no sabe lo que dice. Entra y convéncela.

ANTONIO. No hay quien la convenza.

CONCHA. Sí, sí, tú sí... ya verás cómo sí. Ahora

está llorando. Aprovecha el momento. A una mujer que llora se la convence siempre.

ANTONIO. ¿Por qué no entras tú?

CONCHA. No, no, yo no; tú solo. Estas cosas se dicen de corazón a corazón. Se arreglan entre dos o no se arreglan.

Antonio vase por izquierda.

ESCENA V

Concha *va a hacer mutis por el foro, pero al llegar al centro de la escena se abren las cortinas de la puerta derecha y aparece* **Eugenio.**

CONCHA. Buenos días, señor.

EUGENIO. Buenos días.

CONCHA. ¿Deseaba usted algo?

EUGENIO. Deseaba... usted perdone. Usted es quizá...

CONCHA. Soy la hija de la señora de esta casa.

EUGENIO. *(Sin poderse dominar.)* ¡Conchita!

CONCHA. ¿Sabía usted mi nombre?

EUGENIO. ¡Conchita!

CONCHA. Qué...

EUGENIO. Pero usted...; pero tú ¿no sabes quién soy yo?

CONCHA. No tengo ese gusto.

EUGENIO. ¡No te ha dicho tu madre quién soy yo!

CONCHA. No le extrañe a usted. Acabo de llegar de la calle ahora mismo. No la he visto aún.

EUGENIO. ¡Ah!

CONCHA. No sé dónde estará. ¿Quiere usted que la llame?

EUGENIO. No, no, todavía no. Vamos a hablar nosotros.

CONCHA. Muy bien; lo que usted quiera. Usted dirá.

EUGENIO. De manera que usted es la hija de los señores de esta casa...

CONCHA. No, no, de mamá; sólo de mamá. Yo no tengo padre.

EUGENIO. ¿Está usted segura de que no tiene padre?

CONCHA. Como si no lo tuviera. Mi padre, caballero, fué un desdichado; por ser mi padre no le puedo calificar de otro modo, un desdichado, que al año y medio de haber yo nacido cometió la infamia de abandonarnos a mi madre y a mí marchándose no se sabe dónde con una mala mujer. Ya ve cómo es verdad cuando le digo que es lo mismo que si no le tuviera.

EUGENIO. ¿Quién le ha contado a usted eso?

CONCHA. Todo el mundo. Todo el mundo lo sabe. Además él no ha hecho nada por que no se supiera. Desde que se marchó, y hace de esto más de veinte años, no se ha vuelto a ocupar de nosotras. Ya ve cómo no le importa lo que nosotras pensemos.

EUGENIO. No juzgue usted por apariencias.

CONCHA. Juzgo por lo que veo..., nada más.

EUGENIO. Quién sabe si su padre de usted, más que culpable, no será como usted misma ha dicho, un desgraciado.

CONCHA. Justicia de Dios.

EUGENIO. ¡Conchita!

CONCHA. ¿Usted no lo cree así? Yo sí lo creo. Yo creo que el infierno está aquí, en el mundo. Todo aquel que obra mal, tarde o temprano, aquí, en el mundo, encuentra su castigo:

EUGENIO. Es posible que tenga usted razón.

CONCHA. Yo lo creo así.

EUGENIO. Pero también hay el perdón y la misericordia.

CONCHA. Esas son virtudes excelsas, no de nosotras las pobres criaturas que sólo sabemos del dolor de la vida.

EUGENIO. Habla usted como si hubiera sufrido mucho.

CONCHA. ¡Mucho! No lo sabe usted bien.

EUGENIO. Y ese dolor, todo ese sufrimiento ¿no le han hecho ser compasiva?

CONCHA. Me han hecho ser justiciera, que vale mucho más.

EUGENIO. ¿Usted no sabe si su padre vive?

CONCHA. No lo sé... ni me importa.

EUGENIO. ¡Cómo! ¿Usted no tiene deseos de conocer a su padre?

CONCHA. ¡Cómo voy a tenerlos, señor, si no le he visto jamás!

EUGENIO. Pero si usted le viera...

CONCHA. Si le viera sería para mí tan indiferente como cualquier desconocido.

EUGENIO. No diga usted eso.

CONCHA. ¿Por qué no he de decirlo si es verdad?

EUGENIO. Una hija no debe hablar así. Una hija no tiene nunca derecho para juzgar a su padre.

CONCHA. Tendría usted que demostrarme antes si un padre tiene derecho a abandonar a su hija.

EUGENIO. Un padre siempre es un padre.

CONCHA. Cuando obra como tal, sí. Cuando no, ¿por qué? ¿Qué ha hecho mi padre por mí? Darme la vida..., nada más. No hizo otra cosa. ¿Y cree usted que eso es un beneficio? ¿Cree usted que lanzar al mundo a un desgraciado más es un acto tan meritorio que deba agradecerse? El hecho solo de engendrar un ser es un crimen tan grande que para expiarlo no bastan todos los sacrificios de una vida. Es un error pretender que los padres tienen derechos sobre los hijos; no tienen mas que obligaciones y deberes; el deber de criarlos, el deber de educarlos, la obligación de mantenerlos. Sólo así pueden salvarse de la enorme responsabilidad de haberlos hecho nacer. Si mi padre ha evadido conmigo sus deberes y sus obligaciones, ¿qué derechos puede ahora alegar sobre mí? ¿Cómo ha de pretender que yo le estime?

EUGENIO. Sin embargo, el instinto, la naturaleza...

CONCHA. Ríase usted de todo eso. El cariño, sea como sea y de la índole que sea, lo crean el trato, la costumbre, el roce, la simpatía, el agradecimiento... Se quiere a las personas con quienes se convive, a las que nos demuestran su interés por nosotros, a los que con nosotros se comportan bien. Si mi padre no ha hecho nada por mí, ¿por qué voy a quererlo? Y si, en cambio, a otra persona le debo todo el bien que disfruté en mi vida, ¿cómo no voy a quererle más que si fuese mi padre?

EUGENIO. ¡Tanto le quiere usted!

CONCHA. ¡Con toda mi alma! ¡Cómo no he de quererle! ¿Usted sabe lo que ese hombre ha hecho por mi madre y por mí..., más que nada por mí?... Me recogió de chiquitita, me ha criado con un cariño y

una ternura de la que no puede usted tener idea, me ha educado, y, sobre todo, me ha hecho una mujer. Porque esto es lo importante. Gracias a él, únicamente a él, hoy soy una mujer. Porque usted no sabe... ¡Si usted supiera!... ¿Ve usted este traje? Pues este traje me lo he comprado yo. ¿Ve usted estos pendientes? Estos pendientes me los he comprado yo, y este reloj y estas sortijas y todo lo que tengo, todo, lo he adquirido con mi dinero y mi trabajo. Porque yo trabajo, señor; yo me gano la vida honradamente. Y esto es lo que he de agradecer a ese hombre. Si los padres de mi madre la hubieran enseñado a trabajar como ese hombre me ha enseñado a mí, mi pobre madre no hubiera tenido necesidad de aceptar ninguna protección para sacar adelante a su hijita. Si el día de mañana yo llegara a casarme y mi marido me abandonara como mi padre la abandonó a ella, yo no tendría que bajar la cabeza avergonzada ante nadie, porque yo sé ganarme honradamente la vida. Esto es lo que ese hombre ha hecho por mí. Compare usted lo que él ha hecho y lo que el otro hizo, y dígame usted ahora a quién debo querer. *(Pausa.)* ¿No me dice usted nada?

EUGENIO. ¿Quiere usted hacer el favor de llamar a su madre?

CONCHA. ¿Desea usted hablar con ella?

EUGENIO. Sí.

CONCHA. Pero con ella ¿nada más?

EUGENIO. Nada más.

CONCHA. Voy a decírselo.

Sale por izquierda.

ESCENA VI

Eugenio y Amalia.

AMALIA. *(Por izquierda.)* ¿Me llamabas?

EUGENIO. Sí; te llamaba. Acabo en este instante de hablar con nuestra hija.

AMALIA. Me lo ha dicho.

EUGENIO. Bien cruelmente, Amalia, te has vengado de mí. Bien has sabido en estos años aprovechar la ausencia para endurecer contra mí el corazón de mi hija. Si el propósito ha sido tuyo puedes estar satisfecha de haberlo conseguido. Mi hija me aborrece.

AMALIA. No, aborrecerte, no. No te quiere, eso es todo; no te puede querer..., es natural.

EUGENIO. No, no es natural. Las cosas que me ha dicho no se le dicen a un padre. Esa criatura no tiene corazón. Habrás hecho de ella una mujer inteligente, pero no te vanaglories de haber creado una muchacha buena.

AMALIA. También en eso estás equivocado. Es muy buena y muy agradecida. Precisamente por ser agradecida quizá te ha hablado así.

EUGENIO. Bien, no discutamos. No te he llamado para eso.

AMALIA. ¿Pues para qué?

EUGENIO. Para decirte que me voy.

AMALIA. Te advierto que el único obstáculo que entre nosotros había no existe, porque lo he roto ya. Si me perdonas como yo te perdono...

EUGENIO. ¿Tú crees sinceramente que puedes perdonarme?

AMALIA. Por mi parte, sí.

EUGENIO. Ni por tu parte ni por la mía puede haber perdón. No te hagas ilusiones, Amalia, esto no tiene arreglo. No hay fuerza humana que lo pueda enmendar. Yo te agradezco el sacrificio que me ofreces; te lo agradezco y te ruego que persistas en ese rompimiento por lo que afecta a mi decoro... y al tuyo; pero nada más. Lo demás no es posible. Nosotros no podemos convivir.

AMALIA. ¿Y adónde vas a ir solo y enfermo? *(Eugenio se encoge de hombros.)* No, Eugenio, no; eso no puede ser. En el estado en que te encuentras no puedes vivir solo. Tú necesitas una persona que te cuide, que por ti se interese.

EUGENIO. Yo lo que necesito es tranquilidad. Yo estoy, Amalia, en efecto, muy malo; mucho peor de lo que tú sospechas. Viviré muy poco. Mentiría si te dijera que no me importa; me importa y me duele, pero me doblego ante el mandato con la conformidad que impone la convicción dolorosa de lo inevitable. Sé que estoy condenado a morir, pero, ya que lo sé, déjame, al menos, que los escasos días que me restan los viva con un poco de tranquilidad. Nuestra convivencia sería un infierno horrible. Ni yo, por esfuerzos que hiciera, podría perdonarte que hayas estado veinte años seguidos viviendo con un hombre, ni tú, aunque quisieras, me perdonarías mucho menos a mí que hubiera venido a deshacer tu vida, a destrozar una felicidad que bien o mal habías ya formado. Yo sería tu enemigo, tu implacable enemigo..., siempre hosco, siempre duro... Tú odiándome, deseando a todas horas que yo me muriera para liberarte de mí, y yo leyendo en tus ojos el deseo de mi

muerte...; no, no, no..., me moriré solo, pero sin odios, sin rencores, en un rincón..., donde nadie me vea.

AMALIA. ¡Eugenio!

EUGENIO. ¿Sabes cuál sería la mejor solución?..., Una solución magnífica, teatral, de final de comedia, que lo arreglaría todo satisfactoriamente, que a todos os dejaría satisfechos...

AMALIA. ¡Calla!

EUGENIO. Sería la mejor, pero no tengas miedo. Soy tan miserable, tan cobarde, que ni siquiera de eso soy capaz. Yo tengo el valor frío de esperar la muerte, pero me falta la decisión de ir a buscarla.

AMALIA. Por Dios, no hables así... Yo no quiero que te marches así.

EUGENIO. Quieras o no quieras, no me queda más remedio que irme.

ESCENA VII

Dichos y **Concha.** *(Por foro.)*

CONCHA. Tiene mucha razón; se debe ir. *(A Amalia.)* Pero como tú también tienes razón al decir que no se puede ir solo, yo me iré con él.

AMALIA. ¡Concha!

CONCHA. Soy yo la que se irá con él. Entre nosotros no hay odios ni rencores ni agravios. A mí no puede rechazarme. *(A Eugenio.)* ¿No es verdad que a mí no me rechazas?

EUGENIO. ¡Hija mía!

AMALIA. ¿Pero me vas a dejar tú?

CONCHA. ¿Dejarte?... No, mamá. Estaré allí y aquí. Le cuidaré, trabajaré, vendré a veros... Cuando se

quiere hay tiempo para todo. Vendré a veros todos los días, a los dos..., a los dos. *(A Eugenio.)* Porque tú tampoco tienes derecho a perturbar la vida de estos seres. Tú eso no lo puedes hacer. Yo me iré contigo, pero no pidas más. Esto tiene que seguir subsistiendo... No, no me digáis nada. Ya sé que me vais a decir: que esto no es moral. Yo no sé si es moral, pero es humano.

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

* EL DEBER.—Comedia en dos actos.
* LA OTRA.—Comedia en un acto.
EN LA BOCA DEL LOBO.—Drama en un acto.
LA GOYA.—Drama en tres actos.
* LA SOMBRA.—Comedia en tres actos.
UNO MENOS.—Drama en un acto.

* En colaboración con RICARDO J. CATARINEU.

PRECIO 2, [illegible] PESETAS

PRINTED IN SPAIN

UNO MENOS

PERSONAJES

MARÍA LUISA (treinta y cinco años).
EMILIA (veintiocho años).
PACA, doncella de María Luisa (veinte años).
FILIBERTO (cincuenta años).
FEDERICO (treinta y dos años).
MANOLO (treinta años).

La acción en Madrid. Época actual.

Filiberto es un hombre muy ridículo y muy feo, sin llegar a ser repugnante.

A mi hermano Juan.

Don Armando Palacio Valdés, una tarde que charlábamos juntos asomados al balcón de su casa, me dijo, entre otras muchas cosas que no olvidaré nunca:

«El artista honrado corre casi siempre la suerte de todos los honrados: vive pobre y recibe la gloria, si la recibe, después de muerto. Sin embargo, el artista debe ser honrado; debe contentarse con poca gloria y con poco dinero; debe vivir con austeridad y sacar de sí mismo, de la conciencia de su fuerza, el más puro de los goces.»

Al escribir este drama seguí el consejo de Palacio Valdés. No busqué con él gloria ni dinero; me bastó la satisfacción íntima de saber que hacía una obra sincera y humana. De todas las que llevo escritas, acaso no sea la mejor, pero es la más honrada. Yo te lo garantizo. Y por lo mismo que tengo la convicción de ello, quiero que sea para ti.

Pedro.

ACTO ÚNICO

Un gabinete. Puerta a foro y dos a derecha. En el ángulo de la izquierda un biombo abierto. Delante del biombo un sofá. Sobre el sofá y algunas sillas trajes y sombreros de señora dejados al descuido. La habitación en completo desorden. Son las cinco de la tarde de un día de invierno. Al levantarse el telón la escena está sola.

ESCENA PRIMERA

PACA, EMILIA, FEDERICO, MANOLO. Todos por foro. Paca, que los precede, se detiene para dejarlos pasar. Emilia con traje descotado y salida de teatro. Federico y Manolo visten de frac.

PACA

Pasen ustedes. Voy a avisar a la señorita. Y eso que la señorita debe figurarse ya que son ustedes... Los estaba aguardando... *(Vase.)*

ESCENA II

EMILIA, FEDERICO, MANOLO; después MARÍA LUISA con traje de casa. Cuando se indique, PACA.

MANOLO

(A Emilia.) ¿Te has manchado?

EMILIA

No ha sido nada. Afortunadamente la pintura estaba casi seca.

MARIA LUISA

(Por foro.) ¡Pero les han pasado a ustedes aquí...! Realmente creo que no hay otra habitación disponible... ¡Cómo está todo, Dios mío...! Digo, ustedes lo habrán visto.

EMILIA

Imponente.

MARIA LUISA

Calla, mujer. A cualquier hora, si lo llego a saber, me meto en tales jaleos. ¡Qué diítas estoy pasando! ¡A quien se le diga que no he tenido tiempo de vestirme! *(Mostrando la bata.)*

MANOLO

Usted está siempre elegantísima.

FEDERICO

Y encantadora.

MARIA LUISA

Sí, con esta bata debo de estar muy hermosa.

MANOLO

Acaso estaría usted mejor sin ella, no lo discuto.

MARIA LUISA

(A Emilia, que se está quitando el boa y el abrigo.) Déjalo donde quieras..., ahí mismo... *(Señalando una de las butaquitas.)* Espera... ¡Paca! ¡Paca!

PACA

(Por foro.) Señorita...

MARIA LUISA

Llévese estos abrigos y estos sombreros. *(Por los de los visitantes.)* Y aquellos otros. Quítelo usted todo de aquí... ¡Jesús, Jesús, cómo está esto!

(Paca recoge los abrigos y se los lleva. Se sientan todos.)

EMILIA

Pero mujer, ¿a quién se le ocurre hacer una obra así, en este tiempo...?

MARIA LUISA

No había más remedio. Estaba la casa hecha un asco. Como que desde la muerte del pobre Pepe no había hecho la más pequeña mejora..., ni arreglar un tabique, ni pegar un papel, ni comprar un mueble..., lo que se dice nada.

EMILIA

¿Y te lo dejan bien?

MARIA LUISA

Ah, muy bien... Algunas habitaciones quedarán preciosas.

EMILIA

Del mal el menos.

MARIA LUISA

Sí, eso sí. Filiberto tiene para estas cosas un gusto exquisito.

EMILIA

Ah, pero...

MARIA LUISA

Naturalmente. ¡Cómo me iba yo a atrever! ¿Ustedes saben qué trastorno es este? ¿El ejército que se ha metido aquí? Albañiles, papelistas, pintores, tapiceros..., ¡qué sé yo! Esto no podía dirigirlo más que un hombre.

EMILIA

Verdaderamente, hija, has tenido una suerte loca con conocer a Filiberto.

MARIA LUISA

No lo sabes tú bien. Es el hombre más bueno que existe.

MANOLO

Y más feo.

FEDERICO

Ah, ¿sí?

EMILIA

Horrible.

MANOLO

Un sapo.

MARIA LUISA

Sí, el pobrecito como feo es feo.

FEDERICO

¿Y en dónde ha conocido usted a ese tipo?

MARIA LUISA

De una manera muy sencilla. Le presentó un jueves no sé quién en casa con la santa intención de ponerle en ridículo. Yo lo comprendí, y por lo mismo estuve con él verdaderamente afectuosa. Él, por su parte, se mostró digno de tales atenciones. ¡Qué hombre más simpático! Se nos llevó a todos de calle. Mi hermana estaba encantada. Ya saben ustedes lo que es Concha. En cuanto ve un hombre correcto..., correcto en sus maneras, claro está, porque en su figura es el pobrecillo la incorrección andando.

MANOLO

Un sapo.

MARIA LUISA

Toma, como que cuando Ricardito coge una rabieta no tengo más que decirle: que llamo a Filiberto..., que viene Filiberto...

EMILIA

Lo creo.

FEDERICO

Siga usted.

MARIA LUISA

Nada, que le presentaron en casa y que nos resultó a todos muy simpático. También yo debí resultarle simpática a él porque volvió el jueves siguiente y el otro y el otro... Después le pareció poco los jueves y vino también los domingos y luego los martes y luego día sí y día no, y luego...

EMILIA

Todos los días.

MARIA LUISA

Todos los días. Al principio, francamente, aquella familiaridad me molestó bastante; pero poco a poco me fuí acostumbrando, y concluí por considerarle una cosa necesaria, algo así como la peinadora y las zapatillas y el gato. Bien es verdad que él hizo todo lo posible por aparecer cada día más simpático. Yo no sé cómo se las compuso, pero es lo cierto que a los seis meses era el verdadero dueño de mi casa.

EMILIA

Y tú contentísima.

MARIA LUISA

Como que nunca ha estado la casa tan bien como ahora. Los criados andan más derechos que un huso; todos los inquilinos pagan puntualmente; en fin; hasta los caballos están cada día más gordos, y eso que cada día comen menos cebada.

EMILIA

Sin embargo, no me digas, es muy molesto eso de tener un hombre siempre metido en casa.

MARIA LUISA

No, si no me estorba absolutamente para nada. Yo entro y salgo y sigo haciendo lo que quiero. «Filiberto, que me voy.» «Vaya usted con Dios, señora.» «Filiberto, que esta noche no vengo a cenar. Mándeme a última hora el *landeau* a la Comedia.» «No, señora, le mandaré a usted la berlina, porque la noche está muy fría y puede estropearse el tronco.» «Bueno, Filiberto.»

FEDERICO

Es curioso.

MARIA LUISA

Pues no crea usted que paran aquí sus habilidades. Filiberto sabe de todo. Él es quien se entiende con

la modista y quien escoge los figurines y elige los sombreros y regatea las cuentas.

FEDERICO

¿También?

MARIA LUISA

Es su especialidad. El otro día sin ir más lejos me encargué unas faldas de barros en casa de Renard. Las he pagado siempre a cien pesetas. Pues bien, va el hombre, me manda la factura y me las pone a ciento veinticinco. Naturalmente, no las quise pagar. Me fuí a verle. «Mi querido Renard, estas faldas las he pagado siempre a veinte duros. —No, no señora, no serían éstas, sería otro género, otra confección, otra clase de seda.» No hubo manera de convencerle. Al hombre se le metió en la cabeza que me tenía que subir las faldas. Se lo dije a Filiberto y... hija, yo no sé lo que diría, pero se las llevó al precio que quiso.

EMILIA

¡Sí que es suerte!

FEDERICO

Pero él está suficientemente recompensado.

MARIA LUISA

¿Por qué?

FEDERICO

Porque según veo usted le quiere mucho.

MARIA LUISA

Sí, mucho, muy sinceramente. Es natural. Filiberto no es sólo mi administrador y mi secretario, es algo más; es el amigo verdadero, noble y desinteresado, con quien puedo libremente hablar y expansionarme sin temor de que mis confidencias y mis expansiones se vuelvan contra mí como arma de dos filos. Un amigo, un verdadero amigo. ¡Es tan difícil encontrar un amigo que no aspire más que a ser amigo cuando una es viuda, libre, joven y no del todo fea!

MANOLO

No del todo.

FEDERICO

¿Y por qué ha de ser difícil?

MARIA LUISA

Porque los hombres son todos ustedes unos necios presuntuosos.

FEDERICO

Gracias.

MARIA LUISA

Ah, sí, sí..., en cuanto una mujer les manifiesta un poquitín de aprecio, nada más que un poquito así..., ya se están figurando...

FEDERICO

¡Por Dios!

MARIA LUISA

Por eso, por eso precisamente quiero yo a Filiberto. Porque a pesar de estar siempre a mi lado jamás me ha importunado con tonterías ni insulseces. Jamás sus galanterías han traspasado los límites de la consideración y del respeto.

MANOLO

Nunca es tarde.

MARIA LUISA

¡Qué locura!

MANOLO

Pues yo no pierdo la esperanza.

MARIA LUISA

¿De qué?

MANOLO

De verla a usted casada.

MARIA LUISA

¿Con Filiberto? ¡Jesús, qué horror!

MANOLO

¡Quién sabe!

MARIA LUISA

No diga usted barbaridades, hombre.

MANOLO

Al tiempo.

MARIA LUISA

Sería preciso estar ciega y loca.

EMILIA

Ni aun así.

FEDERICO

Bueno, ¿y en dónde está ese Filiberto? Preséntemelo usted, que yo no le conozco.

MARIA LUISA

No sé... Se marchó después de comer y no ha vuelto. Por cierto que me está haciendo muchísima falta.

EMILIA

Nada, que no puedes pasarte sin él.

MANOLO

¡Si cuando yo digo!

MARIA LUISA

No sea usted majadero, hombre.

FILIBERTO

(Por derecha.) Buenas tardes.

ESCENA III

DICHOS y FILIBERTO, se acerca y saluda a todos los presentes.

EMILIA

Mi querido Filiberto.

FILIBERTO

Queridísima Emilita... *(A Manolo.)* ¿Qué tal, Manolo?

MANOLO

Muy bien, ¿y usted?

FILIBERTO

Como siempre, admirablemente. *(Saluda a Federico con una inclinación de cabeza.)*

EMILIA

(Presentándolos.) Don Filiberto Martín..., mi hermano Federico...

FILIBERTO

¡Ah...! ¿El señor es...?

MARIA LUISA

Hermano de Emilita y de Manolo. Vicecónsul en Ceylán. Le acaban de conceder una licencia y viene a pasar unos días con nosotros. Hacía dos años que no le veíamos.

FEDERICO

Veintinueve meses y tres días.

MARIA LUISA

Admirable memoria.

FEDERICO

No es memoria, Maria Luisa. Es que los días que se pasan lejos de usted se cuentan por minutos.

MARIA LUISA

¡Qué gracioso! ¿A que me va usted a hacer creer todavía que ha venido a Madrid...?

FEDERICO

Exclusivamente para verla. ¡Eso quién lo duda!

MARIA LUISA

Como usted ve, este señor es amabilísimo. *(A Filiberto.)*

EMILIA

¿Pero qué hace usted de pie, Filiberto? Siéntese usted aquí; aquí, a mi lado. Eso es... Precisamente hablábamos de usted.

FILIBERTO

¿De mí?

MANOLO

En este momento.

FILIBERTO

Bien, seguramente.

EMILIA

¿Cómo no?

FEDERICO

Con envidia.

FILIBERTO

Con... ¿envidia?

FEDERICO

Por lo que le quiere María Luisa.

FILIBERTO

¡Ah!

FEDERICO

Se empeña en hacernos creer que es usted el mejor amigo que tiene.

FILIBERTO

Por lo menos a ello aspiré siempre.

FEDERICO

Pues me parece que está usted en camino de conseguirlo.

MARÍA LUISA

Según y cómo, porque si sigue haciendo lo que hoy...

FILIBERTO

Dios mío, ¿qué he hecho yo?

MARÍA LUISA

Nada, dejarme toda la tarde sola entregada a esa gente. ¿Le parece a usted poco? Me han puesto la cabeza como un bombo. Usted a las dos ha cogido su sombrerito, y ahí queda eso.

FILIBERTO

Injusta, muy injusta. Usted sabe que estamos a primeros de mes. He tenido que cobrar los inquilinatos. He ido al *garage*.

MARÍA LUISA

¿Y mis bombones?

FILIBERTO

Voila. (Entregando un paquete a María Luisa.)

EMILIA

Eso le salva a usted.

FILIBERTO

No, no..., si es que además sabía que venían ustedes, y supuse, por tanto, que María Luisa no estaría sola.

MARÍA LUISA

Pues, sí, señor, he estado sola, completamente sola, porque estos señores no han venido hasta hace diez minutos.

FILIBERTO

¡Pero esto ya no es culpa mía!

FEDERICO

¡Pobre Filiberto!

FILIBERTO

(Secamente.) ¿Por qué dice usted ¡pobre Filiberto!?

FEDERICO

Hombre... por nada...

FILIBERTO

No creo haberle dado a usted ningún pretexto para que me compadezca.

FEDERICO

Caballero, le aseguro a usted que...

PACA

(Por derecha.) Señorita, los pintores han terminado con el gabinete y desean saber antes de marcharse qué deben hacer mañana.

FILIBERTO

Allá voy yo. *(Levantándose.)* No, no se muevan ustedes. Vuelvo en seguida. Con su permiso. *(Vase con Paca.)*

ESCENA IV

EMILIA, MANOLO, FEDERICO, MARÍA LUISA

FEDERICO

Caramba y qué quisquilloso es su amigo de usted.

MANOLO

¡Como que se te venía encima hecho una bala!

FEDERICO

Y bien sabe Dios que lo dije con la mejor intención del mundo.

MANOLO

Hombre, claro está.

MARÍA LUISA

No se preocupe usted.

FEDERICO

¡Quiá, al contrario! Si me ha hecho muchísima gracia. Me ha parecido—ustedes perdonen—, me ha hecho el efecto de esos falderilleros que se meten entre las piernas y a los cuales sin querer se les pisa una pata.

MANOLO

Pues ándate con ojo, porque éste no es de los que ladran.

EMILIA

Sí, este muerde.

FEDERICO

¡Pobrecillo!

MANOLO

No, no tan pobrecillo. Te advierto que tiene muy mal genio.

FEDERICO

Ah, ¿sí?

EMILIA

Está lleno de susceptibilidades.

MANOLO

Tiene la preocupación constante del ridículo

EMILIA

Es un Quijote.

MANOLO

Completo.

MARÍA LUISA

Le juzgan ustedes mal, no le conocen. Es un hombre buenísimo.

EMILIA

Sí, pero con una dignidad exagerada.

MARÍA LUISA

Es natural. Si le quitáramos la dignidad, ¿qué le quedaría? Bueno, yo, con el permiso de ustedes, me voy a vestir. Esto es un escándalo. *(Levantándose.)*

MANOLO

No faltaba más. *(Levántándose también.)*

MARIA LUISA

(A Federico y Manolo.) ¿Quieren ustedes hacerme el favor de aguardarme un momento ahí fuera...? Ustedes perdonen, pero...

MANOLO

¡Por Dios!

MARÍA LUISA

No es más que un momento. Yo me visto en diez minutos. *(Federico y Manolo vanse por foro. María Luisa atraviesa la escena en dirección al biombo; pero antes de entrar en él se acerca a puerta izquierda y llama.)* ¡Paca!

ESCENA V

EMILIA y MARIA LUISA, detrás del biombo. PACA entra por derecha y se mete también detrás del biombo.

MARÍA LUISA

Emilita, ¿estás ahí?

EMILIA

Sí, ¿qué quieres?

MARÍA LUISA

¿A qué teatro te parece que vayamos esta noche?

EMILIA

Ah, ¿pero insistes...?

MARÍA LUISA

Ah, sí, sí..., ya sabes que este fué el pacto. Vosotros me convidáis a cenar y yo os invito al teatro.

EMILIA

Te advierto que Federico se va a enfadar.

MARÍA LUISA

Pues que se enfade. Sin esa condición...

EMILIA

Bien, no hablemos más.

MARÍA LUISA

Conque di, ¿a qué teatro vamos a ir?

EMILIA

Ay, hija, al que tú quieras.

MARÍA LUISA

¿Te parece que vayamos al Real?

EMILIA

¿Qué hacen en el Real?

MARÍA LUISA

Tosca.

EMILIA

Oh, no, ¡qué horror! Prefiero que vayamos a la Comedia.

MARÍA LUISA

Perfectamente; ahora mismo enviaré a Filiberto por el palco.

EMILIA

Oye, supongo que no tendrás la pretensión de que nos acompañe.

MARÍA LUISA

¿Quién? ¿Filiberto? ¿Por qué no?

EMILIA

Ah, ¿pero va a venir con nosotros ese tipo?

MARÍA LUISA

Es claro.

EMILIA

Ay, ay, ay... Pero tú has perdido la cabeza.

MARIA LUISA

¿Pero qué quieres que haga? Voy a cometer la grosería de... ¿qué cosas tienes?

ESCENA VI

DICHAS, FILIBERTO

FILIBERTO

(Por derecha.) Vaya, se acabó todo por hoy. He despedido ya a esa gente y... ¿Dónde está María Luisa?

EMILIA

Vistiéndose. *(Señalando el biombo.)*

FILIBERTO

¡Ah!

MARÍA LUISA

(Desde dentro.) No se vaya usted, Filiberto. Aguarde un instante.

FILIBERTO

Bueno, señora. *(Se sienta en el sofá, saca un cigarro y lo enciende. Luego a Emilia.)* ¿Y esos caballeros?

EMILIA

Están ahí fuera.

MARÍA LUISA

Mujer, ve con ellos; hazlos compañía; ¿qué dirán?

EMILIA

¿No tardarás mucho?

MARÍA LUISA

Un momento. Estoy acabando. *(Vase Emilia.)*

ESCENA VII

FILIBERTO y MARÍA LUISA

MARÍA LUISA

(Desde dentro del biombo.) Filiberto...

FILIBERTO

(Sin moverse.) Señora...

MARÍA LUISA

Emilia y sus hermanos me han invitado esta noche a cenar.

FILIBERTO

Muy bien.

MARÍA LUISA

Después pensamos ir a la Comedia.

FILIBERTO

Perfectamente.

MARÍA LUISA

Y yo deseaba pedirle a usted un favor.

FILIBERTO

Todos los que usted quiera.

MARÍA LUISA

Que fuera usted a comprar un palco.

FILIBERTO

Con alma y vida.

MARÍA LUISA

¿Vendrá usted con nosotros?

FILIBERTO

No, señora.

MARÍA LUISA

¡Cómo!

FILIBERTO

Tengo mucho que hacer esta noche.

MARÍA LUISA

Usted no tiene otra cosa que hacer más que acompañarme a mí.

FILIBERTO

Esa es siempre mi mayor alegría.

MARÍA LUISA

Entonces...

FILIBERTO

Pero esta noche...

MARÍA LUISA

Esta noche ¿qué?

FILIBERTO

Esta noche... va usted bien acompañada.

MARÍA LUISA

¿Esas tenemos? Pero qué chiquillo es usted. ¿Es posible que se haya usted enfadado?

FILIBERTO

¿Por qué había de enfadarme?

MARÍA LUISA

Eso pregunto yo, ¿por qué?

FILIBERTO

No, no es eso; es que esta noche... no me necesita usted.

MARÍA LUISA

Yo le necesito a usted siempre, ¿sabe usted?, siempre. Y por lo tanto esta noche vendrá usted con nosotros.

FILIBERTO

Pero...

MARÍA LUISA

Nada, ni una palabra. Emilita es una muchacha muy simpática que le quiere a usted mucho, y esos señores unos caballeros muy amables, que tomarían seguramente a desaire el que usted no viniera.

FILIBERTO

¿Usted lo cree?

MARÍA LUISA

Y, sobre todo, lo tomaría yo. Y como a mí es a quien tiene usted que complacer...

FILIBERTO

Eso, ¡quién lo duda!

MARÍA LUISA

Entonces...

FILIBERTO

Lo que usted quiera.

MARÍA LUISA

Quedamos, pues...

FILIBERTO

Lo que usted quiera, lo que usted mande. Usted hace de mí lo que le dé la gana.

MARÍA LUISA

Así, así me gusta verle a usted. Ea, ya estoy. *(Saliendo del biombo con traje descotado, muy elegante.)* ¿Qué tal?

FILIBERTO

(Quedándose extasiado.) ¡Divina!

(Paca vase por la derecha llevándose la bata.)

MARÍA LUISA

¿De veras estoy bien? *(Volviéndose para que Filiberto pueda apreciar los detalles del traje.)*

FILIBERTO

Estupenda, señora... ¡Estupenda!

MARÍA LUISA

¿Me hace usted el favor? *(Dándole la mano izquierda para que le abroche el guante, mientras se arregla con la derecha los rizos del peinado. Filiber-*

to coge la mano y abrocha el guante mirándola extasiado, comiéndosela con los ojos. Ella, sin darse cuenta.) ¿Está ya?

FILIBERTO

Sí. *(Sin dejar de mirarla.)*

MARÍA LUISA

Ahí va el otro. *(El mismo juego de antes.)*

FILIBERTO

¡María Luisa!

MARÍA LUISA

¿Qué...?

FILIBERTO

¡María Luisa!

MARÍA LUISA

(Volviendo la cabeza.) ¿Pero qué le pasa a usted, hombre?

FILIBERTO

No, nada..., nada. Es que...

MARÍA LUISA

¿Qué?

FILIBERTO

Que yo no puedo ir con usted al teatro esta noche.

MARÍA LUISA

¡Cómo...! ¡Pues no habíamos quedado...!

FILIBERTO

Sí, sí señora; habíamos quedado, pero...

MARÍA LUISA

De manera que no quiere usted acompañarme. ¿No quiere usted venir conmigo?

FILIBERTO

¡Señora...!

MARÍA LUISA

Está muy bien. No insisto. Puede usted hacer lo que usted quiera. Líbreme Dios de molestarle. Pero conste que es el primer deseo que me ha negado usted.

FILIBERTO

María Luisa, usted sabe que yo soy incapaz de negarle a usted nada. Yo hago todo lo que usted me mande.

MARÍA LUISA

Ya lo veo.

FILIBERTO

Si yo creyera que mi compañía le era necesaria, yo iría de cabeza. ¡Quién lo duda! Pero, ¿para qué? La verdad, no comprendo, no se me alcanza qué interés puede usted tener en martirizarme.

MARÍA LUISA

¿Martirizarle? ¿Qué quiere usted decir con eso?

FILIBERTO

Esta noche la acompañan a usted dos hombres. Uno de ellos la quiere a usted; la adora a usted. Ha venido a Madrid únicamente para verla. Él mismo nos lo ha dicho. Y usted quiere que yo vaya a presenciar cómo ese hombre la asedia, la mima, la halaga; cómo está toda la noche rendido, enamorado y ciego; cómo se la come con los ojos; cómo se la bebe con el alma. Y usted quiere que yo esté allí para presenciarlo, para escuchar sus frases de amor, para ver cómo usted le sonríe. Eso es una crueldad, María Luisa. Usted no tiene derecho a hacer eso conmigo.

MARÍA LUISA

¿Pero qué disparates está usted diciendo?

FILIBERTO

Yo sé lo que soy..., yo sé lo que valgo... Yo nada pretendo, María Luisa..., yo nada pido, usted lo sabe... Yo sufro, yo callo..., yo no digo nada... Pero sea usted también generosa conmigo. No se complazca en martirizarme... No quiera usted que me muera de desesperación y de celos.

MARÍA LUISA

¡Filiberto!

FILIBERTO

Sí, señora; de celos. Ya lo solté y no hay quien lo recoja. Yo no quería hablar, María Luisa..., yo no quería decir nada. Es usted la que me incita..., la que me provoca..., la que... Yo no sé lo que digo..., yo estoy loco... Llevo dos años de martirio, de desesperación...

MARÍA LUISA

¡Por Dios!

FILIBERTO

Es inútil. Ya rompí a hablar y no hay quien me contenga. Tengo que decírselo a usted todo.

MARÍA LUISA

(Retrocediendo con las manos extendidas.) No.

FILIBERTO

Sí, todo. Oigame usted. Es preciso que usted me oiga. Yo la adoro a usted, María Luisa. Yo la quiero a usted como no la ha querido a usted jamás nadie..., ¡nadie! Hace dos años que este amor me mata, que me mata, María Luisa, que no puedo más.

MARÍA LUISA

¡Oh!

FILIBERTO

Esto no es cariño, es ceguedad, es locura..., yo no sé lo que es. Yo lo único que sé es que no vivo, que para mí no hay en el mundo más que mi amor y usted... Usted, María Luisa, mi María Luisa, mi alegría, mi tormento, mi... *(Queriendo cogerle las manos.)*

MARÍA LUISA

(Rechazándole y señalando la puerta.) ¡Salga usted!

FILIBERTO

No, no, perdón; un momento..., nada más que un momento... Yo sé que esto es una locura, un desatino..., lo sé... Pero, ¡qué voy a hacer! No puedo. Este amor es más fuerte que yo... ¡Me va a costar la vida! *(Cae sobre una silla sollozando.)*

(Pausa. María Luisa queda mirándole unos ins-

tantes, dudando si marcharse o no. Por fin se acerca a él.)

MARÍA LUISA

Filiberto... *(El sigue sollozando, sentado de medio lado en la silla con los brazos y la cabeza sobre el respaldo.)* Vamos, no sea usted niño... Tranquilícese usted... Filiberto, por Dios... Filiberto...

FILIBERTO

(Levantando la cabeza.) Debo parecerle a usted muy ridículo, ¿verdad?

MARÍA LUISA

¡Oh!

FILIBERTO

Y, sin embargo... *(Cogiéndole otra vez las manos.)* ¡Qué feliz la haría yo a usted si usted quisiera! Si usted supiera la ternura que tengo en el alma guardada para usted... ¡Si usted me quisiera...!

MARÍA LUISA

Salga usted. *(Señalando la puerta.)*

FILIBERTO

¡María Luisa!

MARÍA LUISA

¡Salga usted!

(Él se detiene un momento indeciso. Ella, sin moverse, con el brazo extendido sigue señalando la puerta. Él baja la cabeza y sale retrocediendo por la puerta derecha. Cuando él ha salido ella se deja caer sobre el sofá. Al propio tiempo suenan carcajadas tras la puerta del foro.)

ESCENA VIII

MARIA LUISA y EMILIA

EMILIA

(Por el foro, entrando muy de prisa y riéndose.) Oye esto, mujer, que tiene muchísima gracia. *(Deteniéndose asombrada.)* ¿Qué tienes?

MARÍA LUISA

¡Ay, qué disgusto..., qué disgusto tan horrible!

EMILIA

¿Qué te pasa?

MARÍA LUISA

¡Quién iba a creer, Dios mío; quién se iba a figurar...!

EMILIA

¿Pero qué es ello?

MARÍA LUISA

Filiberto...

EMILIA

¿Qué?

MARÍA LUISA

Ahora mismo..., aquí...

EMILIA

¿Qué?

MARIA LUISA

Se me acaba de declarar.

EMILIA

¡Graciosísimo! *(Riendo.)* Pero, mujer, ¿por qué no nos has avisado...? ¡Filiberto declarándose...! ¡Delicioso...! Ahora mismo voy a... *(Medio mutis.)*

MARIA LUISA

(Deteniéndola.) Espera.

EMILIA

(Volviendo y sentándose en el sofá.) Anda, cuéntame. Me figuro la escena... ¡Ja..., ja..., ja...!

MARIA LUISA

No te rías; no es para tomarlo a risa.

EMILIA

Ah, ¿pero es que lo vas a tomar en trágico?

MARIA LUISA

Tratárase de otro cualquiera, y te aseguro que me tendría completamenle sin cuidado.

EMILIA

Y él ¿por qué no?

MARIA LUISA

Porque..., tú no le conoces..., tú no sabes lo que ese hombre es. ¡Si le hubieras visto! Si hubieras oído lo

que me decía. ¡Qué entusiasmo, qué verdad, qué intensidad de pasión había en sus frases! ¡Pobrecillo! ¡Cuánto me debe de querer!

EMILIA

Bueno, ¿pero tú?

MARÍA LUISA

Oh, no; ¡qué horror!

EMILIA

Tú ¿qué has hecho?

MARÍA LUISA

¿Yo? Verás. Al principio, desconcertada por la impresión de la sorpresa, no supe qué hacer. Después me indigné.

EMILIA

No faltaba más.

MARÍA LUISA

Y le puse en la puerta.

EMILIA

Claro. Y él ¿qué dijo?

MARIA LUISA

Nada, se marchó como un perro, con las orejas gachas.

EMILIA

Muy bien.

MARIA LUISA

Pero luego me ha dado lástima.

EMILIA

¿Y le has vuelto a llamar?

MARIA LUISA

No, eso no.

EMILIA

Entonces...

MARÍA LUISA

Llamarle no, pero si vieras qué preocupada me tiene.

EMILIA

¿Por qué?

MARÍA LUISA

He estado muy dura con él.

EMILIA

¿Pero qué ibas a hacer?

MARÍA LUISA

Realmente...

EMILIA

Nada, tú no podías dignamente hacer otra cosa.

MARIA LUISA

¡Pero quién iba a pensar...! ¡Quién iba a creer! *(Levantándose.)* Él siempre tan respetuoso, tan correcto...

EMILIA

Pues ahí tienes.

MARIA LUISA

¡Parece mentira!

EMILIA

Todos son iguales.

MARIA LUISA

¿Pero es que la amistad no existe? ¿Es que no se puede ser amiga de un hombre, amiga nada más?

EMILIA

Vamos, cálmate, estás muy nerviosa.

MARIA LUISA

¡Tan feliz como yo era! Tan a gusto como yo vivía... Como que no tenía que ocuparme de nada, ¡de nada! Y ahora otra vez sola, otra vez a luchar con los criados y con las cuentas y con las casas... Oh, es horrible.

EMILIA

Tomas un administrador.

MARIA LUISA

Y se enamora también de mí y se me declara.

EMILIA

Mujer, todos no van a ser...

MARIA LUISA

¡Todos..., todos...! No se puede tratar con hombres. Todos son iguales. Ya ves, hasta Filiberto, ¿quieres más?

EMILIA

Verdaderamente.

MARIA LUISA

¿Y qué va a ser de ese infeliz? ¿Adónde irá? Sin dinero, sin familia, sin amigos...

EMILIA

Déjalo, mujer, no te preocupes.

MARIA LUISA

¡No me ha de preocupar! Tú piensa en la situación de ese hombre.

EMILIA

Sí, realmente es muy triste, pero...

MARÍA LUISA

¡Con tal de que no haga un disparate!

EMILIA

¡Mujer!

MARIA LUISA

Oh, tengo mis motivos para temerlo. Le conozco mucho.

EMILIA

¡Qué tontería!

MARÍA LUISA

Tú no sabes lo desgraciado que es, lo amargado que está. Yo era la única persona en el mundo que le alegraba la vida... Sin mí..., ¡pobre hombre...!, ¡pobre hombre! *(Sentándose.)*

EMILIA

Vamos, mujer.

MARIA LUISA

No estoy tranquila, Emilia, tengo miedo.

EMILIA

¿Pero miedo de qué?

MARIA LUISA

¡Qué sé yo! De que haga una barbaridad.

EMILIA

¡Qué cosas tienes!

MARIA LUISA

Tú no le conoces. Yo sí. Yo le conozco mucho. No en vano se convive con un hombre un día y otro día. Yo sé lo que ese infeliz ha sufrido, todo lo que ha pasado antes de venir a mi casa..., días de miseria, de verdadera miseria, sin dinero, sin trabajo, sin albergue y sin pan... Días negros de desesperación sin encontrar por todas partes más que insultos y desprecios y burlas. Ni una caricia, ni un halago, ni una palabra amiga. Oh, me lo ha dicho muchísimas veces. No sé cómo he tenido fuerzas para resistirlo. Sin usted, María Luisa, hace ya mucho tiempo que yo no viviría. ¡Sin usted, para qué quiero yo vivir!

EMILIA

¡Pobre hombre!

MARÍA LUISA

Pues figúrate, figúrate qué hará ahora al verse en medio de la calle, solo, sin dinero, sin amigos, sin afectos, sin familia, sin mí, que era lo único que le alegraba la vida. ¡Oh, no! ¡Qué horror! *(Bruscamente, levantándose.)* ¡Paca!

EMILIA

¿Qué vas a hacer?

MARÍA LUISA

¡Paca!

ESCENA IX

DICHAS y PACA

PACA

(Por la derecha.) Señorita...

MARÍA LUISA

¿Se ha marchado don Filiberto?

PACA

Creo que no. Me parece que está en su cuarto. ¿Quiere la señorita que le llame?

MARÍA LUISA

No, pero mira; sin que él lo note procura enterarte de lo que hace. *(Paca vase.)*

EMILIA

¡Pero qué cosas tienes! ¡Qué importancia le das a todo! ¡Qué preocupaciones y qué tonterías!

MARÍA LUISA

Te digo que no estoy tranquila.

EMILIA

¿Pero qué crees que va a pasar? Pues absolutamente nada. Ese hombre se dará cuenta de la barbaridad que ha hecho, comprenderá que dignamente no puede continuar, se marchará... y Santas Pascuas.

MARÍA LUISA

Y una vez en la calle, ¿qué hará ese hombre?

EMILIA

¡Qué sé yo! Tocar la flauta en la Puerta del Sol. ¡Pues hija, no te ha preocupado a ti poco!

MARÍA LUISA

¡Pobrecillo!

EMILIA

Vaya, vaya, esto no tiene importancia ninguna. Ya pasó y no hay que hablar más de ello. Vámonos. Esos deben estar aburridísimos.

MARÍA LUISA

(Reteniéndola.) Aguarda un momento. *(Saliendo al encuentro de Paca que acaba de entrar.)* ¿Qué...?

PACA

Don Filiberto está en su cuarto llorando.

MARÍA LUISA

¿Lo ves? *(A Emilia.)*

PACA

Tiene los ojos así. Al verme pasar me llamó y me dió esta carta para usted. La estaba escribiendo.

MARÍA LUISA

Trae. *(Cogiendo apresuradamente la carta, rasgando el sobre y leyendo. Luego dándosela a Emilia.)* ¿Lo ves...? ¿Lo ves...? ¡Si te lo decía yo!

EMILIA

(Después de leerla.) Mujer, yo no veo nada de particular.

MARÍA LUISA

¡Pero si no puede estar más claro! *(Arrebatándola la carta y leyéndola de nuevo.)* ¡Si yo lo sabía! ¡Si me lo estaba figurando...! ¡Dios mío...! ¡Dios mío!

EMILIA

Pero hija...

MARIA LUISA

¡Ay qué disgusto tan horrible!

EMILIA

Vamos, por Dios, no te pongas así.

MARIA LUISA

Este hombre va a hacer una barbaridad. Si este hombre..., ¡oh, no...! ¡Qué horror!

EMILIA

Vamos...

MARIA LUISA

Sería espantoso..., no quiero pensarlo..., qué remordimiento para toda mi vida. *(Súbitamente.)* Yo voy a hablar con él.

EMILIA

¿Estás loca?

MARIA LUISA

Voy a hablar con él.

EMILIA

¿Pero para qué?

MARIA LUISA

Para salir de dudas. Yo necesito saber qué es lo que se propone. Yo no puedo aceptar fríamente la responsabilidad de... ¡Oh, no, no...! ¡Paca!

PACA

Señorita.

MARÍA LUISA

Dígale usted a don Filiberto que venga, que necesito hablarle.

(Paca vase.)

EMILIA

¿Pero qué le vas a decir?

MARIA LUISA

No lo sé. Ya veremos.

EMILIA

Creo que haces mal.

MARIA LUISA

¿Quieres hacer el favor de dejarme un momento sola? *(Emilia medio mutis.)* Oye, discúlpame con esos, diles cualquier cosa..., lo que se te ocurra.

EMILIA

Creo que haces mal. *(Vase foro.)*

ESCENA X

MARÍA LUISA y FILIBERTO

A partir de esta escena empieza a faltar la luz hasta que queda la habitación a obscuras.

FILIBERTO

(Por derecha, con el sombrero en la mano.) Me han dicho que deseaba usted...

MARIA LUISA

Sí, Filiberto; deseaba hablar con usted.

FILIBERTO

Usted dirá.

MARIA LUISA

Siéntese.

FILIBERTO

Gracias; supongo que nuestra conversación será muy corta.

MARÍA LUISA

No importa, yo le ruego...

FILIBERTO

Gracias. *(Se sienta.)*

MARÍA LUISA

Acabo de recibir una carta de usted, una carta tan..., tan... no acierto a calificarla, tan... extraña... Francamente, no sé lo que quiere decir.

FILIBERTO

No quiere decir más que lo que dice.

MARÍA LUISA

¿Pero usted sabe lo que dice?

FILIBERTO

¡Señora!

MARÍA LUISA

Hágame el favor de leerla. *(Dándole la carta. Filiberto hace un gesto de extrañeza. Ella insistiendo.)* Hágame el favor... *(Filiberto coge la carta y la lee rápidamente.)* ¿Está bien?

FILIBERTO

(Confuso.) Está bien.

MARIA LUISA

¿No cree usted que sobra nada?

FILIBERTO

Nada. *(Devolviéndola la carta.)*

MARIA LUISA

Amigo mío..., usted podrá marcharse de mi casa si ese es su deseo; yo no tengo derecho a retenerle.

Usted es libre y dueño de sus actos. ¿Usted quiere dejar de ser amigo mío? Yo lo siento, pero no puedo hacer más que sentirlo; la amistad se obtiene, no se impone. ¿Quiere usted marcharse? Vaya usted con Dios. Pero conste que se va usted por su gusto. Conste que yo no le he dado jamás pretexto para semejante determinación. Era lo único que quería decirle a usted. *(Levantándose.)*

FILIBERTO

(Levantándose también.) ¡María Luisa!

MARÍA LUISA

Las puertas de mi casa están siempre abiertas. Yo no le llamé a usted. Fué usted quien vino. Bien venido. Ha estado usted aquí una temporada a gusto. Yo también. Ahora se ha cansado y quiere irse...

FILIBERTO

(Interrumpiéndola.) Perdone usted, no es eso.

MARÍA LUISA

No voy a sujetarle. Pero eso se dice con franqueza, lealmente, no con una carta. Y menos con una carta como esa. Una carta como esa no se le escribe a nadie. Y menos a mí. Y menos usted. ¿Qué motivos de

queja tiene usted de mí? En todo el tiempo que ha estado en mi casa, ¿qué puede usted reprocharme?

FILIBERTO

No siga usted; no es eso. Usted sabe perfectamente por lo que me voy. Después de lo que ha sucedido...

MARÍA LUISA

No hablemos de ello. *(Filiberto hace un gesto de extrañeza.)* Se lo suplico. Eso no tiene importancia ninguna. Ha sido una ligereza, una chiquillada que usted debe olvidar como he olvidado yo.

FILIBERTO

Sin embargo.

MARÍA LUISA

No hablemos de ello. Reconozco que en el primer momento... la verdad..., me molestó. Yo no podía suponer..., yo le tenía a usted por una persona formal y seria..., tal vez por eso estuve demasiado dura. Lo reconozco y le ruego que me perdone.

FILIBERTO

Yo agradezco a usted mucho esta interpretación que quiere dar a lo sucedido entre nosotros. Pero por lo que a mí se refiere no fué una chiquillada ni una

ligereza. Pudo haber, a lo más, una inoportunidad de momento, pero todo lo que dije tenía que decírselo a usted; si no hubiera sido entonces habría sido ahora, mañana, cualquier día... María Luisa, yo la adoro a usted.

MARÍA LUISA

¿Otra vez?

FILIBERTO

Otra vez y siempre. Siempre que la vea. Hasta ahora he podido contenerme, dominar este cariño mío que me tiene loco con el temor, con la duda, con el respeto que usted me inspiraba; pero rotos estos frenos, ¿quién me sujeta ya? Esta escena, molesta para usted, desagradable para mí, se repetiría a cualquier hora, con cualquier pretexto.

MARIA LUISA

No.

FILIBERTO

Sí, se repetiría, la provocaría yo siempre que estuviéramos juntos, cada vez que la encontrara a solas. Y acabaría como ha acabado hoy: yo, poniéndome en ridículo; usted, echándome a la calle.

MARIA LUISA

¡Filiberto!

FILIBERTO

No es un reproche, señora, es un argumento.

MARIA LUISA

Pero, ¿por qué extremar las cosas? ¿Por qué no concretarnos a ser buenos amigos? ¿Usted no quiere ser amigo mío?

FILIBERTO

No.

MARIA LUISA

¿No?

FILIBERTO

No, no, no. No puedo. Aunque quisiera no podría. María Luisa, yo no voy a abrumarla a usted con un vocabulario de frases bellas, de palabras bonitas que no sé decir y que si dijera resultarían ridículas en mí. Pero yo no puedo vivir sin usted. Yo no puedo prescindir de este amor. Yo no puedo coger este cariño mío que me tiene loco y tirarle a la calle como una caja de fósforos vacía. Yo no puedo con este corazón que se me sube a la garganta. María Luisa, me ha matado usted. Ha destrozado usted mi alma. Ha roto usted mi vida. Yo ya no soy un hombre, no soy nada..., ¡ya no sé lo que soy!

MARIA LUISA

Filiberto...

FILIBERTO

No, si usted no tiene la culpa. Es la vida..., la vida que es así... Siempre fué para mí de la misma manera.

MARÍA LUISA

¡Si usted supiese lo que me duele oirle hablar de este modo!

FILIBERTO

Lo sé, María Luisa. Sé que es usted muy buena. Sé que en este momento siente usted por mí una gran piedad. Pero permítame que por primera vez le hable a usted de este modo. No es piedad lo que yo necesito.

MARÍA LUISA

Si no es piedad, es afecto; es amistad sincera.

FILIBERTO

Tampoco la amistad me sirve de nada.

MARÍA LUISA

¡Filiberto!

FILIBERTO

Perdón, señora, perdón; pero ha llegado la hora de llamar a las cosas por su nombre. Yo soy muy ridículo y muy feo, lo sé; todo lo feo y todo lo ridículo que usted quiera; pero, ¡qué culpa tengo yo de ser así! ¡Qué culpa tengo de que en este cuerpo mezquino y miserable, y ridículo y feo, hayan metido un alma hambrienta de caricias y sedienta de amor! ¡Qué culpa tengo de ser como soy! Pero aun siendo así, soy como los demás hombres; al verla a usted siento lo que todos los hombres sienten cuando ven a una mujer hermosa; estoy hecho de la misma sangre, los mismos nervios, los mismos deseos y las mismas pasiones, quizá más grandes porque están más calladas. La adoro a usted; estoy loco por usted. Esto será absurdo, y ridículo, y grotesco, pero es así; ¡yo qué le voy a hacer! Y usted—sigo dentro de la realidad, de esta realidad, que será muy dura y muy descarnada, pero que también es así—, usted no me puede querer como yo necesito que me quieran, porque aunque usted se lo propusiera, aunque su corazón y su bondad trataran de imponérselo, todos sus esfuerzos se estrellarían ante la visión de este pobre cuerpo mío mezquino y miserable, y ridículo y feo. Esta es la realidad, María Luisa; esta es la realidad, y es en vano que tratemos de luchar contra ella. Aquí no hay más que una solución, y es esta: usted se queda aquí, feliz, dichosa, mimada, halagada, venerada por todos, y yo, yo... me voy.

MARÍA LUISA

¿Y adónde va usted a ir?

FILIBERTO

¿Dónde quiere usted que vaya? Por el mundo.

MARÍA LUISA

No, usted no se va. Por lo menos no se irá usted hoy. Se irá usted mañana, pasado, otro día..., cuando usted quiera, pero hoy no.

FILIBERTO

¿Qué más da hoy que mañana?

MARÍA LUISA

Se lo suplico.

FILIBERTO

Es inútil.

MARÍA LUISA

Está bien. Vaya usted con Dios y que él le proteja. Pero antes óigame un momento. Contésteme a una pregunta. Con sinceridad, con lealtad. Por su honor de caballero. Por la memoria de su madre: ¿Qué se propone usted al salir de esta casa? *(Filiberto baja la cabeza.)* Contésteme usted.

FILIBERTO

María Luisa, es usted muy buena, muy buena. No será usted feliz en este mundo.

MARÍA LUISA

No se trata de mí, sino de usted.

FILIBERTO

¿Yo? ¡Pch! ¿Qué importo yo? ¿Qué le importo yo a nadie? ¿Qué soy en el mundo? Un inútil..., menos aún, un sobrante, un estorbo, un fleco que cuelga de la sociedad. Sólo usted, que es demasiado buena, quiere darle a mi vida una importancia que no tiene. ¿Qué importa que yo viva o no viva? ¿Qué más da que yo sea o deje de ser, que me quede en el mundo o que me vaya? Nada dejo detrás de mí..., ni responsabilidades, ni compromisos, ni obligaciones, ni afectos..., nada. Me puedo ir de este mundo completamente tranquilo.

MARÍA LUISA

No hable usted así, por Dios.

FILIBERTO

¡Pero si es la verdad! ¿Qué encontré yo en el mundo, María Luisa? Burlas, desprecios, humillaciones.

Usted es la única persona que no se ha burlado nunca de mí, y lo que es de agradecer más todavía, la única que no me ha humillado nunca con su compasión. Porque, créame usted, hay algo más triste, más doloroso, más ofensivo que la burla sangrienta y el insulto grosero: la compasión y la piedad. No, no lo digo por usted. Usted no ha sido nunca en este sentido piadosa conmigo. Ahora es cuando lo quiere usted ser. Y ahora es cuando menos que nunca quiero yo que usted lo sea. Adiós, María Luisa. No tenga usted piedad de mí, no la merezco. Los hombres como yo no merecen piedad. Usted me conoce, usted sabe cómo yo soy. No soy de los humildes, de los resignados; soy de los rebeldes, de los que protestan. Yo soy, usted lo sabe, de los que no toleran ni la sospecha del ridículo ni la sospecha de la compasión.

MARÍA LUISA

Es usted un desdichado.

FILIBERTO

Eso sí que es verdad.

MARÍA LUISA

Filiberto, por última vez..., no se vaya usted.

FILIBERTO

¡Señora!

MARÍA LUISA

Quédese, se lo ruego, se lo suplico..., siquiera unos días... Dejemos que pase esta ráfaga de locura..., que vuelva el buen sentido de la vida... Usted sabe que yo le quiero muy sinceramente.

FILIBERTO

¡María Luisa!

MARÍA LUISA

Usted no me puede abandonar en estos momentos..., usted no me puede dejar entregada a esa gente, a esos obreros, a esos criados. Eso no sería ni gallardo ni digno.

FILIBERTO

¡Señora!

MARÍA LUISA

¿Cómo me voy yo a desenvolver sola entre tantos asuntos?

FILIBERTO

Tiene usted amigos.

MARÍA LUISA

Ninguno, ninguno. Yo no tengo confianza en nadie más que en usted. Usted es el único amigo que yo

tengo. Yo también voy a ser leal y sincera. Filiberto, yo no quiero su amor de usted, no lo quiero, pero quiero su amistad, la necesito, me es imprescindible. Y usted no me la puede negar. Porque esa amistad de usted representa mi alegría, mi independencia, mi tranquilidad. *(Filiberto se deja caer en el sofá. María Luisa se sienta a su lado. La escena está a obscuras.)* ¿Me dejará usted sola?

FILIBERTO

Es usted muy buena, María Luisa.

MARÍA LUISA

¿Acaso no lo merece usted?

FILIBERTO

Sí, sí.

MARÍA LUISA

Entonces...

FILIBERTO

¡María Luisa! ¡Mi María Luisa! *(Cae de rodillas ante ella besándole las manos y sollozando.)* ¡Mi María Luisa!

MANOLO

(Por el foro dando luz.) ¿Pero están ustedes a obscuras?

ESCENA FINAL

DICHOS, EMILIA, MANOLO, FEDERICO

MARÍA LUISA

¡Oh!

FEDERICO

(Poniéndose las manos delante de los ojos.) Nada, no hemos visto nada. *(Filiberto y María Luisa se levantan, el primero muy azorado.)*

MANOLO

(Conteniendo la risa.) Sigan..., sigan ustedes...

EMILIA

¡Ja, ja, ja...! ¡Graciosísimo!

MARÍA LUISA

¡Emilia!

MANOLO

Mi querido don Filiberto..., permítame usted que le felicite muy sinceramente. *(Filiberto le mira y sale precipitadamente por la derecha.)*

EMILIA

(Apoyada en el quicio de la puerta, riendo.) ¡Graciosísimo!

MARÍA LUISA

¡Filiberto! ¡Filiberto! *(A Federico, muy nerviosa.)* Federico, deténgale usted..., no le deje usted solo.

FEDERICO

Pero...

MARIA LUISA

Deténgale usted. *(Federico sale por la puerta derecha. Al llegar a ella se oye dentro un tiro.)* ¡Jesús...! *(Tapándose los ojos y dejándose caer en el sofá. Emilia acude en su auxilio.)*

FEDERICO

(Dentro.) Manolo, ven.

PACA

(Dentro.) Señorita..., señorita.

MANOLO

¡Pero hombre, qué barbaridad! ¡Eso no se hace! ¡No hay derecho!

TELON

ÍNDICE

Páginas

En la boca del lobo..... 5
La Goya..... 73
Uno menos..... 189

EXTRACTO DEL CATÁLOGO DE LA MISMA EDITORIAL

Pesetas.

Acosta y Lara (NOVELAS DE MODA).—Soltera... (Los amores de una niña «bien»)..... 5

— La extraña. (Aventuras de una colegiala aristocrática)..... 5

— La gloria de los nuevos. (Crítica amena de los nuevos ricos)..... 5

— Sangre extranjera. (La novela del veraneo elegante)..... 5

— Los amantes de Granada. (Amores de un moro y una cristiana)..... 5

Andrenio.—Soldados y paisajes de Italia..... 3,50

Antón del Olmet (Luis) y **Torres Bernal** (José).—*Los grandes españoles:*

Costa..... 4

Palacio Valdés..... 4

Cajal..... 4

Arán (Santos).—Ganado vacuno. Segunda edición. En tela..... 10

— Ganado lanar y cabrío. Segunda edición. En tela. 10

Pesetas.

Arán (Santos).—Ganado de cerda. Segunda edición. En tela..... 10
— Avicultura. En tela..... 10
— Quesos y manteca. En tela..... 10
— El ganado y sus enfermedades al alcance de todos. En tela..... 12
— Mataderos, carnes y sustancias alimenticias.... 12
— El comprador de animales..... 5
— Zootecnia..... 10
— La crisis agrícola y el remedio cooperativo..... 6
Aranáz Castellanos (Manuel). — Begui-Eder (Nuestra Señora de los ojos hermosos). Novela vasca. Segunda edición..... 4
— Carmenchu. Novela vasca..... 3
Cuadros vascos:
— Primera serie.—Cachaiote. Tercera edición 3
— Segunda serie. — El «Prosedimiento». Tercera edición..... 3
— Tercera serie.—Garrafón en el convento. Tercera edición..... 4
— Cuarta serie.—La vida «se» es sueño. Segunda edición..... 4
— Quinta serie.—El «negosio de doña Fransisca».. 4
Arniches (Carlos).—Del Madrid castizo. Sainetes rápidos. Segunda edición..... 2,50
— La mujer artificial o la receta del doctor Miró. Pasatiempo cómico-lírico en tres actos, con música del maestro Luna, en colaboración con Joaquín Abati..... 3

Pesetas.

Arniches (Carlos). — Las lágrimas de la Trini. Sainete en dos actos y en prosa, en colaboración con Joaquín Abati..... 3

Arnold (Edwin).—La luz de Asia.—La gran abdicación (Mahabhinishkramana). —Vida y doctrina de Guatema, príncipe indio y fundador del budhismo, según el relato de un budhista indio 3

Belda (Joaquín).—Alcibiades club. Novela. Segunda edición..... 4

— La Piara. Novela. Segunda edición 4

Bher (Alejandro).—Panorama errante. (El caso del periodista español). Novela..... 3,50

Biblioteca de divulgación literaria:

Volumen 1.º—Cervantes.—La gitanilla..... ... 1

Volumen 2.º—Quevedo.—Las zahurdas de Plutón 1

Volumen 3.º—Lope de Vega.—El Nuevo Mundo descubierto por Colón..... 1

Volumen 4.º—Luis Vives.—Diálogos..... 1

Volumen 5.º—Juan Montalvo.—Narraciones 1

Volumen 6.º—Eça de Queiroz.—La canción del sufrimiento..... 1

Bobadilla (Emilio), «Fray Candil».—En pos de la paz. Novela..... 3

— En la noche dormida... Novela erótica. Segunda edición..... 4

— Rojeces de Marte. Sonetos. Ilustraciones de Ricardo Marín..... ... 4

Pesetas.

Borrás (Tomás).—El Avapiés. Drama lírico en tres actos, con música de Conrado del Campo y Angel Barrios 3,50

Cantó (Gonzalo).—Benaventianas. (Prólogo de Jacinto Benavente, epílogo de Leopoldo López de Saá) 3

Carrère (Emilio).—La rosa del Albaicín. Novela. 3

Cavestany (Juan Antonio).—Cantos de Otoño. Poesías 4

Ciro Bayo.—Examen de próceres americanos 4

— Lazarillo español. Novela premiada por la Real Academia Española. Segunda edición 4

— El peregrino entretenido. (Viaje romancesco). Segunda edición..... 4

Cleland (John).—La señorita placer. (Confidencias íntimas de la célebre mujer galante inglesa Fanny Hill.) Colección Afrodita. Volumen I.. 3,50

Coppel (Carlos).—Por la patria y por la verdad. Resumen de cinco años de propaganda..... 4

Cotarelo y Valledor (Armando).—Palladis Tyrones. Novela histórica. (Memorias de un escolar de antaño 1808-1809)..... 4

Cuesta (Miguel de la).—Un mundano. (Novela de la vida aristocrática.) Segunda edición..... 4

— El Doctor de moda. (Pasiones del Gran Mundo.) Tercera edición 4

Darío (Rubén).—El mundo de los sueños..... 3,50

— Ramillete de reflexiones 3,50

— Sol de domingo 3,50

Pesetas.

Darío (Rubén).—Antología..... 3
Díaz Caneja (Guillermo).—Escuela de humorismo. Novelas..... 3
— La Pecadora. Novela. Segunda edición..... 5
— La deseada. Novela. Segunda edición..... 5
— El sobre en blanco. Novela premiada por la Real Academia Española. Cuarta edición..... 5
— Pilar Guerra. Novela. Tercera edición..... 5
— La virgen paleta. Novela..... 5
Espina (Concha).—La niña de Luzmela. Novela. Segunda edición..... 5
— Despertar para morir. Novela. Segunda edición. 5
— Agua de nieve. Novela. Segunda edición..... 5
— La esfinge maragata. Novela premiada por la Real Academia Española. Segunda edición... 5
— La rosa de los vientos. Novela. Segunda edición..... 5
— Al amor de las estrellas. (Mujeres del Quijote), con ilustraciones..... 5
— Ruecas de marfil. Novelas. Segunda edición.... 5
— El Jayón. Comedia en tres actos..... 3,50
— Pastorela. Novelas..... 5
— El metal de los muertos. Novela..... 6
Esteso (Luis).—La lujuria. Novela..... 3
— Bacará y Treinta y cuarenta. Novela..... 3
Fernández Ardavín (Luis). — Meditaciones y otros poemas..... .. 3,50
— La campana. Drama en un acto escrito en prosa. 2
— Láminas de folletín y de misal. Poesías 4

Pesetas.

Fernández Flórez (Wenceslao). — Volvoreta. Novela premiada por el Círculo de Bellas Artes. Cuarta edición 4

— Silencio. Novelas. Segunda edición..... 4

— Acotaciones de un oyente. Primera serie..... 4

— Las gafas del diablo. Obra premiada por la Real Academia Española. Tercera edición..... 4

— Ha entrado un ladrón. Novela. Tercera edición..... 5

— El espejo irónico..... 5

Francos Rodríguez (José).—La mujer y la política española 4

Fuentes Jorge (M.).—El soneto de las catorce rosas. (Florilegio de amor)..... 3,50

— Oro de la amanecida. Poesías..... 3,50

Gallego y Burin (Antonio).—El poema del convento..... 2,50

Ghiraldo (Alberto).—Antología americana (volumen 1.º). Precursores (Mariano Moreno, Simón Bolívar, J. de la Luz y Caballero, José de San Martín, J. J. Fernández de Lizardi, Dámaso A. Larrañaga, Camilo Henríquez, José Camilo Torres, José Mejía Lequerica). Selección y prólogo de Ghiraldo..... 4

Gómez Carrillo (Enrique).—Crónica de la guerra. 3,50

— Campos de batalla. Campos de ruinas..... 3,50

— En las trincheras..... 3,50

— La gesta de la legión 3,50

— Reflejos de la tragedia.... 3,50

Pesetas.

Gómez Carrillo (Enrique).—Las sibilas de París. (Pequeñas cuestiones palpitantes)..... 3

— El encanto de Buenos Aires..... 3,50

— En el corazón de la tragedia.. 3,50

Gorostiza (Alfredo G.).—Venus Citerea. Novela satírica..... 3

Hernández Mir (Guillermo).—El patio de los naranjos. (Novela de costumbres andaluzas). PREMIO GREGORIO PUEYO..... 4

Icaza (Francisco A. de).—Correspondiente de las Reales Academia Española, de la Historia y Bellas Artes. — Antología crítica de poetas extranjeros:

Hebbel, poeta. (Ilustraciones de Marco, Marín, etcétera)..... 2,50

Hebbel, prosista. (Autobiografía.—Ideario.—Del drama)..... 2,50

Liliencron y Dehmel. (Ilustráciones de Marín) .. 2,50

La danza de la muerte. (Códice del Escorial.—Grabados de Holbein.—Edición y prólogo de Francisco A. de Icaza)..... 2,50

León (Ricardo).—De la Real Academia Española.—Obras completas. (Edición publicada a expensas del Banco de España, con un magnífico retrato grabado en acero por Vaquer y varios bajorrelieves del notable escultor Lorenzo Coullant Valera. — Ocho volúmenes lujosamente encuadernados en tela).

Tomo 1.º—Alivio de caminantes. Poesías 6,25

Pesetas.

Tomo 2.º—Casta de hidalgos. Novela..... 6,25
Tomo 3.º—La escuela de los sofistas..... 6,25
Tomo 4.º Comedia sentimental. Novela..... 6,25
Tomo 5.º—Alcalá de los Zegríes. Novela..... 6,25
Tomo 6.º—El amor de los amores. Novela premiada por la Real Academia Española..... 6,25
Tomo 7.º—Los Centauros. Novela..... 6,25
Tomo 8.º—Los caballeros de la cruz..... 6,25

Colección de obras completas:

Tomo 1.º—Casta de hidalgos. Novela. Sexta edición..... 5
Tomo 2.º—La escuela de los sofistas. Diálogos. Cuarta edición..... 5
Tomo 3.º—Comedia sentimental. Novela. Sexta edición..... 5
Tomo 4.º—Alcalá de los Zegríes. Novela. Quinta edición..... 5
Tomo 5.º—El amor de los amores. Novela premiada por la Real Academia Española. Octava edición..... 5
Tomo 6.º—Alivio de caminantes. Poesías. Cuarta edición..... 5
Tomo 7.º—Los Centauros. Novela. Tercera edición..... 5
Tomo 8.º—Los caballeros de la cruz. Tercera edición..... 5
Tomos 9.º, 10.º y 11.º—Europa trágica. Tercera edición..... 15

López Aydillo (Eugenio).—En la masa de la

Pesetas.

sangre. Novela gallega ilustrada por Castelao..... 2

López Pinillos (José).—La sangre de Cristo. Novela..... 3

— Doña Mesalina. Novela. Segunda edición..... 5

— Las águilas. Novela. Segunda edición..... 4

— Lo que confiesan los toreros. (Pesetas, palmadas, cogidas y palos)..... 4

— El luchador. Novela. Segunda edición..... 4

— A tiro limpio. Comedia..... 3,50

— Los senderos del mal. Comedia..... 3,50

— Esclavitud. Drama premiado por la Real Academia Española..... 3,50

— Los favoritos de la multitud. (Cómo se conquista la notoriedad)..... 5

— La red. Drama..... 3,50

Lorenzo (José).—Por qué mató Naná... Novelas..... 3

Madrid (Alfonso).—Soluciones prácticas al problema social..... 2

Maestre (Estanislao).—El mantón de Manila. Novela..... 2

— Los vividores. Novela..... 3

— Nobleza obliga. Novela..... 4

— Santillán el cínico. Novela..... 4

— Sin el amor que encanta... Novela..... 5

Martínez Amador (Emilio M.).—La sombra trágica. Novela..... 4,50

Martínez de la Riva (Ramón).—El libro de la

Pesetas.

vida nacional. (Conversaciones con grandes españoles)..... 5

Minguet (M.).—Franklin. (Traducción de D. Mario García Kohly)..... 4

Millán Astray (Pilar).—Todo amor. Cuentos.... 4

Montepulciano (Francisco de).—...Y los nabos en adviento. (Refranero erótico, vol. 1.º).... 2

Morales (Gustavo).—La Montaña. (Añoranzas.)—Un volumen con numerosos fotograbados de los rincones más interesantes de la provincia de Santander. En rústica..... 8

En tela..... 10

— Narraciones..... 2

Morales (Tomás).—Las rosas de Hércules. Poemas. Ilustraciones de Nestor y Hurtado de Mendoza..... 6

Morante (Pedro).—Perico. (Novela de un niño ególatra en cien capítulos)..... 4

— Perico en Madrid 5

— Perico en París..... 5

— La vampiresa. (Novela de amor y de tortura)... 5

Muñoz Seca (Pedro).—La venganza de Don Mendo. (Caricatura de tragedia en cuatro jornadas), ilustraciones de Dhoy. Segunda edición..... 4

— Cuentos y cosas..... 4

Muñoz Seca (Pedro) y **Pérez Fernández** (Pedro).—Trianerías. (Sainete en dos actos, con ilustraciones musicales del maestro Vives)... 3

Pesetas.

Muñoz Seca (Pedro) y **Pérez Fernández** (Pedro).—Un drama de Calderón. (Juguete cómico en dos actos). 3

— Las Verónicas. (Juguete cómico-lírico en tres actos, con música del maestro Vives)..... 3,50

Ortega Munilla (José).—De la Real Academia Española.—Salmos españoles..... 4

— El paño pardo. Novela. Segunda edición..... 5

Oteyza (Luis de).—En tal día...—Primera serie.... 3,50

— En tal día...—Segunda serie..... 4

— Galería de obras famosas.—Primera serie..... 3,50

— Las mujeres de la Literatura..... 3,50

— Frases históricas..... 3,50

— Animales célebres..... 3,50

Palacio Valdés (Armando).—Años de juventud del doctor Angélico. Novela..... 4

— La alegría del Capitán Ribot. Novela..... 4

— La aldea perdida. Novela..... 4

— La hermana San Sulpicio. Novela..... 4

— Marta y María. Novela..... 4

— La fe. Novela..... 4

— El cuarto poder. Novela..... 4

— El origen del pensamiento. Novela..... 4

Pamplona Escudero (Rafael).—Don Martín el humano. Novela..... 3,50

Páramos (José G.).—Estudio bibliográfico-crítico acerca de la Prensa periódica tudense..... 5

Pardo Bazán (Emilia).—Condesa de Pardo Bazán. Tomo 1.—La cuestión palpitante..... 3

Pesetas.

Tomo 2.—La piedra angular..... 3
Tomo 3.—Los Pazos de Ulloa..... 4,50
Tomo 4.—La Madre Naturaleza..... 3,50
Tomo 5.—Cuentos de Marineda..... 3,50
Tomo 6.—Polémicas y estudios literarios..... 3,50
Tomo 7.—Insolación y Morriña. 3,50
Tomo 8.—La Tribuna. 3
Tomo 9.—De mi tierra..... 3
Tomo 10.—Cuentos nuevos..... 3
Tomo 11.—Adán y Eva (ciclo). Doña Milagros..... 3,50
Tomo 12.—Los poetas épicos y cristianos: Dante, Tasso y Milton..... 3,50
Tomo 13.—Novelas ejemplares..... 3,50
Tomo 14.—Adán y Eva (ciclo). Memorias de un solterón 3,50
Tomo 15.—El saludo de las brujas..... 4
Tomo 16.—Cuentos de amor..... 3,50
Tomo 17.—Cuentos sacro-profanos..... 4,50
Tomo 18.—El niño de Guzmán. Agotada.
Tomo 19.—Al pie de la torre Eiffel y por Francia y por Alemania..... 3
Tomo 20.—Un destripador de antaño. Historias y cuentos regionales..... 3,50
Tomo 21.—Cuarenta días en la Exposición..... 3,50
Tomo 22.—Una cristiana y La prueba. En dos volúmenes..... 10
Tomo 23.—En tranvía..... 3,50
Tomo 24.—De siglo a siglo. (1896-1901)..... 3,50

Pesetas.

Tomo 25.—Cuentos de Navidad y Reyes.—Cuentos de la Patria.—Cuentos antiguos..... 3,50

Tomo 26.—Por la Europa católica..... 3,50

Tomos 27 y 28.—Estos dos tomos comprenden la obra universalmente célebre San Francisco de Asís. Precio de cada tomo..... 4,50

Tomo 29.—La Quimera. Novela..... .. 5

Tomo 30.—Un viaje de novios. Novela.... 5

Tomo 31.—El fondo del alma..... 3,50

Tomo 32.—Retratos y apuntes literarios. Primera serie.—Contiene magníficos y definitivos estudios críticos y biográficos de las siguientes personalidades: Campoamor, Núñez de Arce, Gabriel y Galán, Alarcón, Valera, el Padre Luis Coloma, Miguel de los Santos Alvarez. Un volumen de unas 400 páginas..... 4

Tomo 33.—La Revolución y la novela en Rusia.. 1,50

Tomo 34.—Mi romería..... 1

Tomo 35.—Teatro.—Verdad, Cuesta abajo, Juventud, Las raíces, El vestido de boda (monólogo), El becerro de metal, La suerte (diálogo dramático)..... 4,50

Tomo 36.—Sud-exprés. Cuentos actuales..... 3,50

Tomo 37.—La literatura francesa moderna.—I. El romanticismo..... 4

Tomo 38.—Dulce dueño. Novela mística..... 3,50

Tomo 39.—La literatura francesa moderna.—II. La transición..... 4

Tomo 40.—Belcebú. Novelas cortas..... 3,50

Pesetas.

Tomo 41.—La literatura francesa moderna.—III. El naturalismo..... 4

Tomo 42.—La sirena negra. Novela. Segunda edición..... 3,50

Próximo a publicarse:

Tomo 43.—La literatura francesa moderna.—IV. La decadencia.

BIBLIOTECA DE LA MUJER

1.—Vida de la Virgen María, según la Venerable de Agreda. Agotada.

2.—La esclavitud femenina, por John Stuart Mill. Un tomo..... 3

3.—Novelas escogidas, de doña María de Zayas. Un tomo..... 3

4.—Reinar en secreto, por el jesuíta P. Mercier. Un tomo..... 3

5.—Historia de Isabel la Católica, por el barón de Nervo, y Elogio de la misma Reina, por don Diego Clemencín. Un tomo..... 3

6.—La instrucción de la mujer cristiana. Tratado de las vírgenes, por el gran polígrafo valenciano Juan Luis Vives. Un tomo..... 3

7.—La Revolución y la novela en Rusia, por Emilia Pardo Bazán. Se ha traducido al inglés, al ruso y al alemán. Un grueso tomo..... 3

8.—Mi romería, por Emilia Pardo Bazán. Un tomo. 2

Pesetas.

9.—La mujer ante el socialismo, por Augusto Bebel. Un tomo..... 3

10.—La cocina española antigua. Más de quinientas recetas castizas, interesantísimas. Un tomo.. 3,50

11.—La cocina española moderna.—Más de seiscientas recetas elegantes. En estos dos libros se contienen las mejores fórmulas de la cocina española. Un tomo..... 3,50

Pérez (Dionisio).—España ante la guerra..... 2,50

— Por esas tierras. (Andanzas, viajes y meditaciones de Mínimo Español, con antecedentes de la vida de este disminuído compatriota)..... 3

Pérez Capo (Felipe).—Astrakán puro (primera serie)..... 2

— Astraskán puro (segunda serie)..... 2

Plá Mompó (V.).—Amor domado. Novelas..... 3,50

— El diablo enamorado. Cuentos e historias..... 3,50

— Noche de novios. Novelas..... 3,50

— Por Pascua Florida. Novela de costumbres valencianas..... 4

— Diva augusta. Novela..... 5

Pujol (Juan).—La guerra. (Los últimos días de Stambul. La vida en Constantinopla en 1915). 3

Quijano (José de D.).—Caminos de la Montaña. Novela..... 2

Rey Soto (Antonio).—Nido de Aspides. Poesías..... 3

— Remansos de paz. Campos de guerra. (Recuerdos de un viaje realizado antes de la guerra

Pesetas.

por las regiones de Francia y Bélgica, que fueron invadidas por los alemanes)..... 3,50

Rey Soto (Antonio).—Amor que vence al amor. Poesía dramática en tres actos y un prólogo. Segunda edición..... 3,50

— La loba. Novela gallega..... 2

— Cuento del lar. Drama rústico en cuatro actos, en prosa y verso..... 3,50

Rincón Lazcano (José).—La alcaldesa de Hontanares. Comedia en tres actos, en prosa, premiada por la Real Academia Española y por el Círculo de Bellas Artes, en colaboración con Montesinos..... 3,50

— Espigas de un haz. Comedia en tres actos y un epílogo..... 4

Rochelt (Oscar).—El alcalde de Tangora. Novela de costumbles vascongadas. Tercera edición..... 4

Rodríguez Avecilla (Ceferino) y **Merino** (Manuel).—La máscara de Don Juan. Comedia en tres actos..... 3,50

Román Cortés (Emilio). - Carne y espíritu. Novela..... 3,50

Siles (José de). - El asesino de Lazara. Cuentos... 1,50

— El paraíso de los pobres. Idem..... 1,50

— Cielos y abismos. Cuadros de la Naturaleza.... 1,50

— Boda buena y boda mala. Cuentos..... 1,50

— Memorias de un patriota. Relatos de guerra..... 1,50

Sokoloff (Boris).—Los bolcheviques juzgados por

Pesetas.

ellos mismos. (Documentos de los soviets de 1919)..... 2

Taxonera (Luciano de).—Lo que nos dicen las ruinas. (Después de la guerra: Hombres, hechos, intereses, ideas)..... 3

Torres Roldán (Miguel).—La nueva era. Novela..... 3,50

Turgueneff (Iván).—Senilia. (Realidades, alucinaciones y fantasías.) Versión de Francisco A. de Icaza..... 4

Usabiaga (Juan). Ingeniero industrial y Profesor de la Escuela de Ingenieros Industriales.—Fenómenos eléctricos variables con el tiempo y el espacio..... 3

— Los transportes. La hulla blanca..... 2

— Técnica barata. (Bases de la Telegrafía sin hilos)..... 3

Vales Failde (Javier).—La Emperatriz Isabel. Un volumen en 4.° con un magnífico retrato en fototipia, encuadernado en tela..... 10

Velasco Zazo (Antonio).—Anales y rutinas de Madrid. (Artículos de otro tiempo)..... 3

— A tontas y a locas. Novela..... 2

Vidal (Manuel).—Contos gallegos d'antano e d'hogano..... 2,50

Vidal y Planas (Alfonso).—Memorias de un hampón..... 2

— La tragedia del loco que quiso ser bueno..... 2,50

— Santa Isabel de Ceres. Novela..... 3,50

Pesetas.

Villalba (L.).—Los últimos músicos españoles del siglo XIX.—Enrique Granados..... 1

— José María Usandizaga...../..... 1

Zozaya (Antonio).—Cuentos y escenas que no son de amores..... 4

— Almas de mujeres. Novelas..... 5

BIBLIOTECA PUEYO DE NOVELAS ESCOGIDAS

TOMOS PUBLICADOS

EN PRECIOSO FORMATO Y 300 A 450 PÁGINAS DE TEXTO

	Pesetas.
Esclava... o Reina, por M. Delly	4
La rosa asul, por M. Maryan	4
Las rosas reflorecen, por Matilde Alanic	4
El final de una Walkyria, por M. Delly	4
Voluntad de rey, por Jeanne de Coulomb	4
Magali, por M. Delly	4
Isabel, la de los cabellos de oro, por E. Marlitt	5
La expatriada, por M. Delly	4
La casa de los buhos, por E. Marlitt	4
Entre dos almas, por M. Delly	4

En preparación otros interesantes volúmenes.

OBRAS DE MARIO ROSO DE LUNA

Kinethórizon, instrumento de Astronomía Popular para conocer, sin profesor, las constelaciones.—2 pesetas.

Preparación al estudio de la Fantasía Humana, bajo el doble aspecto de la vigilia y del ensueño.—(Agotada.)

Proyecto de una Escuela-modelo para la educación y enseñanza de jóvenes anormales (agotada).

Hacia la Gnosis.—Ciencia y Teosofía.—En el Umbral del Misterio (continuación de Hacia la Gnosis).—(Volúmenes I y II de las *Obras completas* del autor.)—12 pesetas cada tomo.

Conferencias teosóficas en América del Sur.—Dos tomos.—10 pesetas.

La Ciencia Hierática de los Mayas.—Estudio de los códices mexicanos del Anahuac.—3 pesetas.

Evolution solaire, et séries astro-chimiques (traducida al francés por Toro y Gisbert).—4 pesetas.

Por el campo de la electricidad (traducción de la obra Dary. A travers L'éléctricité).

Diccionario enciclopédico de la lengua castellana (en colaboración).

Beethoven, teósofo. Edición privada.—(Agotada e incluída en el tomo III de la *Biblioteca de las Maravillas*.)

La Humanidad y los Césares (suscitaciones teosóficas acerca de la guerra).—4 pesetas.

La Dama del Ensueño (páginas de psicología masculina tomadas del natural).—3,50 pesetas.

BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS

Tomo I.—Por la Asturias tenebrosa.—El Tesoro de los Lagos de Somiedo, narración ocultista.—10 pesetas.

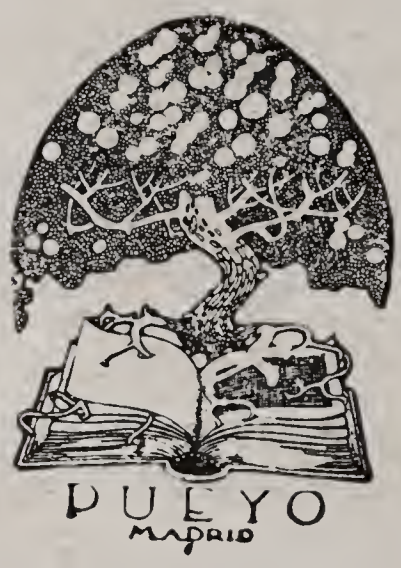
Tomo II.—De Gentes del otro mundo.—10 pesetas.

Tomo III.—Wagner, mitólogo y ocultista.—El Drama musical de Wagner y los Misterios de la antigüedad.—10 pesetas.

Tomo IV.—Por las grutas y selvas del Indostán, de H. P. Blavatsky, comentadas por Mario Roso de Luna.—10 pesetas.

Tomo V.—Páginas ocultistas y cuentos macabros, de H. P. Blavatsky, comentados por Mario Roso de Luna.—10 pesetas.

Tomo VI.—De Sevilla al Yucatán, viaje ocultista a través de la Atlántida de Platón.—10 pesetas.

Tomo VII.—El libro que mata a la muerte o libro de los jinas.—15 pesetas.

3 0112 117490026